

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



FILOSOFIA

"ESCRITORES MEXICANOS DE
LEYENDAS"

*Tesis que para obtener el grado de Maestra
en Letras Españolas presenta la alumna:*

Elsa Anaya Juárez.

MEXICO,
1 9 5 3



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TESIS CON FALLA DE ORIGEN

*A mis padres, con toda la gratitud, el amor
y la veneración que puedo brindarles.*

A mis hermanos con inmenso cariño.

*Al Sr. Lic. José Rojas Garcidueñas, mi
maestro, con gratitud.*

ESCRITORES MEXICANOS DE LEYENDAS
(Segunda mitad del siglo XIX y principios del XX)

I N D I C E

Cap. I.—Introducción . .	7
Cap. II.—Generalidades sobre la leyenda . .	11
Cap. III.—Autores de que se va a tratar . .	25
Cap. VI.—Contenido y tema . .	37
a): Lo religioso cristiano . .	37
b): Lo sentimental-amoroso .	54
c): La muerte y la nota de terror . .	60
d): Lo maravilloso . .	69
e): Lo histórico . .	81
f): Costumbrismo . .	90
Cap. V.—Forma de las leyendas . .	97
Cap. VI.—Puntos de contacto entre las leyendas mexicanas y las españolas . .	110
Cap. VII.—Conclusiones . .	117
Cap. VIII.—Bibliografía . .	118

INTRODUCCION

Objeto de la tesis.—La finalidad que nos ha guiado a realizar el presente trabajo, ha sido la de rescatar un poco del olvido y quizá de la indiferencia, una parte de nuestra literatura muy interesante y que daría material no para una, sino para varias tesis; esta parte de la literatura a que aludimos nos parece digna de ser estudiada no sólo por principiantes en esta clase de estudios, sino por personas más diestras y capacitadas que indudablemente lograrían una obra erudita e importante. Nuestro deseo es darles un poco de actualidad y de invitar a mejores estudios. Nos venimos refiriendo a esas composiciones literarias que casi siempre colocamos en el terreno de lo fantástico y que sin embargo tienen un gran valor real: las leyendas.

Es esta clase de composiciones tan digna de ser estudiada como lo puede ser cualquier otra obra de carácter literario, la novela pongamos por caso, y quizá podamos encontrar en las leyendas una cualidad que no posee la novela o cuando menos que no es indispensable que posea; esta cualidad es la de reflejar claramente las reacciones más íntimas de un pueblo, sus costumbres, su esencia misma, su espíritu. Esto no lo hallaremos sino en un determinado tipo de novela, la costumbrista, que tiene como personajes a tipos más o menos reales, a los cuales podemos identificar y en la que conocemos más o menos a fondo el genio, la índole del pueblo a que hace referencia; pero esto, ya decimos, sólo en una cierta clase de novela, pues generalmente ésta se define como la narración basada en hechos ficticios, imaginados.

Hemos de confesar que nos ha seducido para el estudio de las leyendas no solamente el valor costumbrista que poseen sino también su parte fantástica, y por ende ficticia. Las leyendas son narraciones que encierran en sí mismas una sugestiva fantasía y una evocación de épocas pasadas que convidan a conocerlas. Esta fantasía es producto de la imaginación, bien del anónimo autor del pueblo o bien de un determinado escritor; es entonces, cuando se presenta la mano de su creador, que principia el interés literario de las leyendas y cuando adquieren mayor importancia dentro de la literatura. Hemos de estudiar tanto el contenido de las leyendas, como la participación que en ellas ha tenido el escritor.

PLAN DE LA TESIS.—A continuación expondremos la forma en que realizaremos el presente trabajo, así como los límites a que indudablemente estará sujeto, tanto en razón de la imperfección de nues-

tros conocimientos, como a que toda obra necesita fijar sus alcances, para no pecar de vaga e imprecisa.

El título habla por sí solo de los límites cronológicos; en efecto, trataremos aquí de las leyendas publicadas entre la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. Esta limitación obedece a que es precisamente en esta época en la que podemos encontrar un material más abundante, pues siendo las leyendas composiciones románticas —como demostraremos en el curso del trabajo— necesariamente en el apogeo del romanticismo debían de cultivarse; esto no significa que sólo los románticos escribiesen leyendas, puesto que como cualquier otro género literario, como la novela o el drama, han seguido teniendo sus adeptos y precisamente dentro de nuestro estudio tenemos autores que no pertenecen a este movimiento literario, pero desde luego que sus mejores ejemplos salieron de plumas románticas: Bécquer, Zorilla, Mateos, Peza, etc. Queda así explicado el límite cronológico.

Se nos puede interrogar sobre el criterio seguido para la selección de los autores estudiados y a ello diremos que principalmente nos guió a elegirlos la representación que indudablemente tienen estas figuras dentro de las letras hispanomexicanas; nadie podrá dudar del valor literario de un Bécquer o de un Altamirano o de un López Portillo, por ejemplo. Es indiscutible que en esta selección habrá autores de mayor relieve que otros, pues los mejores no forman nunca la mayoría.

Solamente hemos tomado en cuenta la obra de aquellos autores que ya la han concluido, es decir de aquéllos que, unos prematuramente, otros después de larga vida, han desaparecido del mundo material para vivir una vida distinta e inmortal en el mundo de las letras. Esta aclaración se hace pertinente debido a que queda un grupo de escritores de leyendas que no se estudia aquí porque su pluma todavía puede aportar mayor contribución a la literatura; tal es el caso de don Artemio del Valle Arizpe, de don Manuel Romero de Terreros, de don Antonio Mediz Bolio y otros más.

METODO.—Respecto a la forma como vamos a realizar este trabajo, diremos que no es la única y por lo tanto no tratamos de hacer un estudio exhaustivo. El tema puede ser estudiado bajo diferentes aspectos; puede, por ejemplo, hacerse el estudio de una sola leyenda a través del tiempo, es decir, el estudio de su origen, su versión original, y todas las transformaciones que pudo sufrir, debidas no únicamente a la acción del tiempo sino a la diferente interpretación que le dieron sus propagadores. Otro estudio, aunque nos parece menos literario, sería el de consignar las versiones populares tanto antiguas como contemporáneas, es decir las que viven aun en el pueblo; esto se lograría acercándose a los principales guardianes y conservadores de tales narraciones, como son los ancianos, y muy particularmente, los ancianos del pueblo.

Nuestro estudio tiende a analizar conjuntamente las leyendas y a aquéllos que las consignan. No decimos las leyendas y sus autores, por-

que si bien en ocasiones las leyendas son narraciones de creación personal de los escritores, otras veces estos se limitan a recogerlas de la tradición de los pueblos, dándoles indudablemente algo de su propia inspiración. Así pues, nos proponemos analizar las leyendas, su contenido literario, y analizar también la labor personal de cada escritor. Esto no se hará de una manera independiente, sino que al ir analizando el contenido de las narraciones, se irá poniendo de manifiesto cómo la trata tal o cual autor, pues indiscutiblemente no se puede excluir de la obra al autor, ni se puede estudiar a éste sin referirse a su obra.

CAPITULO II

GENERALIDADES SOBRE LA LEYENDA

En la presente tesis hemos tomado como objeto de nuestro estudio las leyendas tratadas por los escritores en el período que va de la segunda mitad del siglo XIX a principios del que corre; esto no significa que esas leyendas pertenezcan a esa época, es decir, no son contemporáneas de los autores que las mencionan en su obra, pues muchas de ellas arrancan de relatos tradicionales del siglo XVII y aún del XVI; es peculiar a las leyendas el evocar tiempos pasados; si algún carácter bien definido poseen las leyendas es precisamente el de su antigüedad, de su sabor a épocas pretéritas.

¿Existe una fecha determinada para la aparición de las leyendas? Esta pregunta puede contestarse tomando la leyenda en dos sentidos: como creación espontánea del pueblo y como género literario, no perdiendo en este último su carácter popular.

Como creación popular sin mayores notas literarias, nos atreveremos a decir que es tan antigua la leyenda como la historia. No sería quizá exagerar mucho si dijésemos que cada hecho histórico posee su versión legendaria; la fundación de una ciudad, las diversas acciones guerreras que han sostenido los pueblos, los actos heroicos de cualquier persona y aun los crímenes y acciones indignas, dan material suficiente a la mente popular para narrar esos hechos ya un tanto deformados, prestándoles algunas veces mayor magnitud, rodeándolos casi siempre de detalles fantásticos e inverosímiles. Así tenemos que sobre la fundación de Roma se teje la leyenda de que su fundador Rómulo, hijo de Marte y de Rea Silvia, fué abandonado en una cesta a las aguas del Tíber logrando sobrevivir gracias a que lo había alimentado una loba; no puede menos de decirse que esto no es estrictamente histórico, puesto que aun los mismos personajes, —Marte por ejemplo,— no existieron.

Aun en la remota historia de la Grecia antigua podemos encontrar ejemplos claros de leyendas; la misma mitología, que si bien superaba a otras creencias paganas, no deja de ser una gran leyenda; Zeus, Pallas Atenea, Apolo, Poseidón y tantos otros, no son sino personajes de un mundo fantástico que ha desaparecido ya. Las relaciones de estos dioses, su origen misterioso y sobrenatural, sus querellas entre sí, dan material suficiente para componer encantadoras leyendas.

Un suceso histórico o un simple hecho, si no de importancia his-

tórica, sí capaz de llamar la atención, tendrá siempre su interpretación legendaria, que es anónima, porque no es creación personal, sino colectiva, del pueblo. Así, las leyendas han existido desde épocas remotas, desde que el hombre ha querido dar rienda suelta a su imaginación y a su fantasía; las leyendas de cada país han aparecido al propio tiempo que éste, conservándose primeramente en forma oral y consignándose más tarde por escrito, pasando entonces a ser objeto de estudio literario. No pretendemos en este trabajo hacer un estudio pormenorizado de los orígenes de la leyenda sino simplemente especificar lo remoto de sus principios.

En su forma escrita, y ya en España y en México que es adonde enfocaremos particularmente nuestro estudio, tenemos que don Marcelino Menéndez y Pelayo la sitúa en el siglo XVI y la hace derivar de la novela:

“Verdaderas leyendas o novelas en verso se componían ya en el siglo XVI sobre episodios históricos nacionales ora de tradición piadosa como el Monserrate del capitán Virués, ora de antigüedades romanas, como El león de España de Pedro de la Vecilla Castellanos”.¹

En México desde antes de la conquista existieron leyendas de carácter religioso, mitos, que trataban de explicar los misterios de la naturaleza, o bien narraciones en que se habla de la fundación de las ciudades o del nacimiento de un dios; estas leyendas se encuentran referidas en los códices y manuscritos de los primeros misioneros: la leyenda de la fundación de Tenochtitlán o la del nacimiento del dios Huitzilopochtli.

De este modo, nos damos cuenta que las leyendas en su forma oral han existido desde siempre y en su forma escrita aparecen más o menos desde el siglo XVI; la materia había existido desde tiempo remoto, pero faltaban los artistas que le dieran un lugar dentro del mundo de la literatura y esto estaba destinado a realizarse de una manera definitiva en la época romántica. No implica esto que antes del romanticismo hayan carecido tales narraciones de valor literario; eso no, pues siempre han poseído el encanto de la fantasía, de una belleza imaginaria y un tanto idealizada; pero sí queremos decir que hasta esta época se le dió un sello más definitivo de composición literaria, y así lo han considerado algunos autores, entre ellos Cejador y Frauca:

“Cuatro géneros literarios señalaronse muy desigualmente en la época romántica. El épico fué de todos ellos el que dió más sazonados frutos, por haber tomado la forma de leyendas y romances...” “Los dos elementos, el folklórico y el maravilloso propios del romanticismo, tenían que despertar en los poetas de esta época la afición por la leyenda”.²

¹ Menéndez y Pelayo, Marcelino.—Orígenes de la Novela. Novela Histórica, Cap. VII, pág. 398. Madrid, 1905.

² Cejador y Frauca, Julio.—Historia de la lengua y literatura castellana. Tomo VII. 1917.

Fué en efecto en esa época cuando se despertó el interés por esta clase de composiciones literarias y las plumas más destacadas de España y México se dieron a la tarea de revivir el pasado tradicional; vemos así que Bécquer, Zorilla y el Duque de Rivas, españoles, y Roa Bárcena, Altamirano, Riva Palacio y otros, mexicanos, nos dejaron entre sus obras varias composiciones de carácter legendario.

CAUSAS DE FORMACION DE LAS LEYENDAS

Desde los comienzos de la civilización el hombre ha mostrado interés en explicarse la razón de ser de todas las cosas que lo rodean; ante la imposibilidad de explicarse todos y cada uno de los fenómenos de la naturaleza de una manera racional y exacta, el hombre recurre a su fantasía y da causas imaginarias y poéticas como origen de las cosas. Un motivo de aparición de las leyendas, será entonces, la imposibilidad de explicarse la razón de ser de las cosas o simplemente el deseo de hacerlas aparecer más bellas; este tipo de leyendas es característico de las civilizaciones primitivas. En el México prehispánico tenemos varias leyendas de este tipo, como necesariamente habrá en todas las civilizaciones que nacen a la vida y se encuentran con un mundo perfectamente ordenado, armonizado y bello. Sobre el origen del hombre, que siempre ha sido motivo de meditación, nos encontramos en la civilización de los tarascos una explicación que tiene bastante de legendario por la fantasía contenida en ella; es en relación con la aparición del hombre sobre la tierra y en la que se nos presenta a Tucup-Achá formando:

“...de barro al primer hombre y a la primera mujer quienes habiéndose bañado en un río se deshicieron; los hizo entonces de cenizas, y no contento aún de su solidez, fabricólos de metal. Entraron entonces al baño y lejos de deshacerse se reprodujeron multitud de seres”.³

De este tipo de leyendas habrá gran riqueza en la tradición de nuestra primitiva civilización y en la de todos los pueblos, de igual modo que diversas interpretaciones de los fenómenos de la naturaleza.

Fernández y González ha dicho: “...los árabes siempre buscan a las cosas que les impresionan por bellas o por terribles, un origen maravilloso”.⁴ Agregaremos nosotros que algo muy común de observar en todos los pueblos, no sólo en el pueblo árabe, es esta inclinación a dar a los acontecimientos y a las cosas un mayor interés y atractivo, revisitiéndolos con el velo de lo maravilloso y de lo fantástico, dando así origen a las leyendas. En efecto, una característica particular de la le-

³ Ruiz, Eduardo.—Michoacán, Paisajes, Tradiciones y Leyendas. México 1891. Cap. I, pág. 53.

⁴ Fernández y González, Manuel.—El alma de la cisterna, en La Alhambra, leyendas árabes. Madrid, 1856.

yenda es la participación en ella de lo maravilloso, como opina también Juan de Dios Peza al definir la leyenda: "Es una relación de sucesos que tienen más de tradicionales o maravillosos que de históricos o verdaderos".⁵

Como ejemplo de narraciones legendarias en que se establece un origen maravilloso, en este caso de un sitio pintoresco y florido, podemos citar el siguiente párrafo que nos pone de manifiesto el espíritu poético e ingenuo de los tarascos al describirnos la belleza de una comarca situada a orillas del lago de Pátzcuaro:

"Es fama que los primitivos habitantes de aquellos pueblos se reunían en asamblea al toque de una colosal campana de granito que estaba suspendida a la orilla del lago, en un punto que por lo mismo se llamó Tzintzinguaro, y que venía a sonar con un martillo de oro el genio de un lucero de singular belleza, protector de aquel pueblo..."
"...un día falta de fuerza o perdiendo el equilibrio, cayó en el sitio en que hoy se halla Güecario, cubriéndolo de flores y perfumes".⁶

Otro proceso de formación de las leyendas es el siguiente: tiene lugar un suceso y el pueblo lo conoce de un modo vago, incompleto, sin detalles que le hablen con verdad de tal suceso; entonces él mismo, el pueblo, se encarga de suplir ese desconocimiento echando mano de su imaginación y de su muy particular psicología que depende de muchos factores, entre otros, de la época. Al entrar en juego la inventiva popular, los sucesos toman matices prodigiosos y sobre naturales. Esta clase de leyendas surgidas en torno a un suceso relativamente desconocido, lleva al pueblo a entregarse a la superstición; esto lo vemos confirmado por Lanuza cuando dice:

*"La superstición es hija
de la ignorancia, y no en balde
ha sido origen de muchas
consejas extravagantes".⁷*

Esta ignorancia de los hechos es la que lleva al vulgo a suposiciones fantásticas y supersticiosas; de este tipo de leyendas existe un gran número, como veremos en capítulos posteriores.

Don Eduardo Ruíz en el prólogo a su obra citada en nota anterior nos dice, después de mencionar algunas obras de carácter histórico consultadas por él: "Este es el material que para formarla (la obra) he acopiado. ¿Son bastantes estos elementos para escribir una historia? No lo creo así y por lo tanto he adoptado el estilo legendario".⁸

5 Peza, Juan de Dios.—Prólogo a Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses, escrita por Agustín Lanuza.

6 Ruíz, Eduardo.—Opus. cit. Cap. V, pág. 113.

7 Lanuza, Agustín.—Opus. cit. Las velas del padre, 2a. Ed.

8 Ruíz, Eduardo.—Opus. cit. Prólogo.

Es decir, que conocía los hechos de una manera imprecisa, siendo insuficiente tal conocimiento para formar una obra de carácter histórico, la cual exige veracidad y exactitud; es entonces cuando interviene la leyenda para suplir esa relativa ignorancia por medio de la imaginación; y no debiendo la leyenda llenar requisitos de estricta veracidad, es aceptada aún con su parte fantástica. (Es así que algunas veces la leyenda crea los pormenores desconocidos de un hecho determinado, y otras, cuando se conoce un suceso en su totalidad, lo transforma, lo embellece con los recursos de la fantasía; de modo que siempre habrá diferencia entre un hecho histórico y un suceso legendario, por más que este último tenga alguna base histórica.)

CARACTER EPICO EN LA LEYENDA

Aún cuando algunas composiciones literarias no admiten definiciones estrictas y absolutas, sin embargo, daremos aquí algunas deficiones que han formulado determinados autores sobre la materia sometida a estudio.

¿Qué es la leyenda? Algunos escritores han querido ver en este género de composiciones una derivación de la epopeya:

“Son poemas esencialmente narrativos, que indistintamente entran lo mismo en el campo épico que en el lírico, y así participan de ambos géneros en mayor o menor escala, según que estén más o menos cargados de elementos épicos o líricos. Tomada la leyenda como una composición épica, es una narración poética basada en hechos relacionados con la tradición o la historia; pero desfigurados con el tiempo por mil digresiones, descripciones e incidentes fantásticos, que contribuyen a que la narración sea, siquiera en parte, ficticia o apócrifa y de ningún valor histórico”.⁹

Veamos otra definición en la cual se insiste sobre el elemento épico en la leyenda y después pasaremos a analizarlo:

“La leyenda es una epopeya corta con asunto folklórico y tradicional, arrimada a un lugar, edificio, ruina o personaje y que el pueblo ha forjado tomando por fundamento algún hecho histórico”.¹⁰

Vemos que las dos definiciones anteriores coinciden desde luego en derivar la leyenda de la epopeya, así como en prestarle un carácter tradicional y basarla en hechos históricos; analizaremos el carácter épico que pueda o no tener la leyenda y para ello tendremos que entrar necesariamente en el terreno de la epopeya.

¿En qué coincide la leyenda con la epopeya?, ¿en el asunto? ¿en la forma?

⁹ Bernaola de San Martín, Pedro.—Curso Superior de Literatura Preceptiva. Madrid 1927. Tomo III, pág. 414.

¹⁰ Cejador y Frauca, Julio.—Opus, cit.

La epopeya desde luego es un género de mayor importancia que la leyenda; es más, la epopeya forma por sí sola uno de los tres géneros poéticos, en tanto que la leyenda es solamente una composición del género literario. Cuando se piensa en la epopeya se piensa en una composición de estilo grandilocuente y de grandiosidad en el asunto; por el contrario la leyenda no nos sugiere esta grandiosidad, sino más bien la narración de un hecho que si bien algunas veces sale de lo común, no alcanza a llegar a lo grandioso. Sobre la importancia del asunto, nos dice Bernaola de San Martín:

“Pero lo más esencial de los poemas épicos, sobre todo de las epopeyas, es la grandeza del asunto que en ellas debe desarrollarse. Consiste esta grandeza en que el tema sea por su importancia poderosamente llamativo y capaz de producir el mayor asombro y admiración. Su magnitud debe salir de las esferas ordinarias para colocarse en una región enteramente nueva y sublime”. Continúa más adelante: “Por eso, las acciones llevadas a cabo por individuos particulares, por más heroicas que hayan sido, no prestan suficientes elementos para la formación de una verdadera epopeya”.¹¹

Respecto a las leyendas diremos que su tema en algunas ocasiones sí es capaz de producir admiración, como se quiere ver en el tema tratado por los poemas épicos; muy frecuentemente encontramos en aquellas hechos que asombran y salen de las esferas ordinarias para invadir las sobrenaturales; ¿quién no se admirará en efecto, al leer las leyendas que nos hablan de alguien que puede fugarse de una prisión con sólo pintar un navío en la pared, o de un aparecido que regresa del otro mundo a devolver tesoros robados, como acontece en diferentes leyendas referidas por Peza y Lanuza? El hecho no es ordinario y su veracidad puede ser discutible, pero ha producido ciertamente un sentimiento de “asombro y admiración”; este doble sentimiento despertado por la leyenda ha sido debido a un hecho fantástico, irreal, en tanto que la epopeya casi siempre lo produce por la relación de grandes acciones, de hechos históricos de elevado valor, llevados a cabo por verdaderos héroes; por otra parte, en las narraciones de tipo legendario no es difícil encontrar personajes que poseen características de héroes, así como también el relato de acciones nobles y grandiosas. Resumiendo, el doble carácter épico de lo extraordinario y asombroso lo encontramos en menor grado en algunas leyendas, por lo que puede aceptarse que sean éstas poemas épicos menores, y más que eso, narraciones con determinadas características épicas que no forman por sí un poema épico menor y mucho menos una epopeya.

Muy frecuentemente las acciones heroicas llevadas a cabo por individuos particulares son tema suficiente para crear una leyenda, lo cual no basta, según la cita anterior, para formar una epopeya.

Algo que es particular a todas las epopeyas es su carácter eminente-

¹¹ Bernaola de San Martín, Pedro.—Opus cit.

tamente objetivo y esto no podemos darlo como una característica general a todas las leyendas.

“El género épico tiene por tema de sus composiciones la belleza real y *objetiva* que en el mundo exterior se contempla...” “La poesía épica es, pues, la narración de una belleza real que se encuentra en un hecho grandioso e insólito, atribuido a un ser racional, y de interés general para un pueblo o nación”.¹²

En muchas leyendas encontramos efectivamente la narración de un hecho insólito, cierto o nó, o de un hecho grandioso, pongamos por caso, apariciones sobrenaturales, que hallaremos en la mayoría de las leyendas, o bien hechos grandiosos, como algunos de carácter guerrero consignados por Fernández y González; pero esto no es común a todas las leyendas, pues nada menos tenemos que en uno de sus mejores representantes, y más que representante creador, como lo es indudablemente Bécquer, hallamos mucho elemento subjetivo, bastante reflejo personal del alma del poeta que necesariamente le resta a la leyenda la nota objetiva. En el poema épico por regla general el poeta desaparece para relatar objetivamente los hechos de su obra, en tanto que en las leyendas no sucede siempre así; *El Rayo de Luna*, del lírico sevillano, es un ejemplo claro y contundente del subjetivismo en algunas leyendas. Es cierto que Bécquer, como otros escritores de leyendas, narra en sus composiciones de carácter legendario sucesos que se desarrollan fuera de su alma, pues si otra cosa hubiera hecho no habría escrito leyendas, sino poemas líricos en prosa; cabe añadir que estos mismos sucesos no son de interés histórico nacional, como lo serán en una epopeya; narra, pues, sucesos del mundo exterior pero con una nota de su propio yo, el poeta no desaparece en la narración, sino que pinta los hechos con un matiz personal, subjetivo, producto de su condición de poeta lírico; las emociones experimentadas por sus personajes, sus impresiones, su índole, es en muchas ocasiones la suya propia; nada más personal que estas sugestivas impresiones producidas por la corriente de un río:

“Creía que en el fondo de las ondas del río, entre los musgos de la fuente y sobre los vapores del lago, vivían unas mujeres misteriosas, hadas, sílfides u ondinas, que exhalaban lamentos y suspiros, o cantaban y se reían en el monótono rumor del agua, rumor que oía en silencio intentando traducirlo”.¹³

Igualmente el final nos parece que es una manifestación del espíritu romántico del poeta, de su rebeldía, de su idealidad soñadora, de su inconformidad y desengaño al enfrentarse con la realidad:

“Cantigas..., mujeres. glorias..., felicidad..., mentiras todo, fantasmas vanos que formamos en nuestra imaginación y vestimos a nuestro antojo, y los amamos y corremos tras ellos, ¿para qué?, ¿para qué?: para encontrar un rayo de luna”.¹⁴

12 Bernaola de San Martín, Pedro.—Opus. cit. Cap. XVII, pág. 293.

13 Bécquer, Gustavo Adolfo.—Obras. Madrid, 1885. Tomo I.

14 Idem.

Creemos dejar establecido que las leyendas no son siempre narraciones totalmente objetivas, algunas veces pueden serlo, otras no, y esto depende en muchos casos no de la leyenda en sí, sino del autor que la trata. Hemos tratado de demostrar la participación personal en las leyendas de Bécquer es decir el subjetivismo en ellas; por el contrario en otros autores, don Luis González Obregón por ejemplo, encontraremos la consignación de los hechos de una manera objetiva, impersonal.

El estilo que requiere la epopeya debe estar de acuerdo con la naturaleza de su tema, de ahí que deba ser un estilo grandioso, sublime, lleno de metáforas e imágenes poéticas.) Del estilo propio de las epopeyas se nos dice lo siguiente: "Tan impropios del estilo épico serán los juguetones movimientos y los raptos de entusiasmo de la poesía lírica, como la animada rapidez del drama".¹⁵

En esto si difiere totalmente la leyenda de la epopeya, pues aquélla la encontramos frecuentemente narrada en forma de drama, esto es, haciendo intervenir el diálogo en gran escala, y muy particularmente las leyendas escritas en verso; baste citar como ejemplo las de don José Zorilla, que si algo peculiar tienen es esa animada rapidez y ligereza en la expresión que no es aceptada en la epopeya; y en efecto, los diálogos que necesariamente existen en los poemas épicos, en la *Odisea* por ejemplo, son verdaderos discursos, largos, elegantes y llenos de adjetivos.

Resumiendo, diremos que si bien la leyenda tiene algunas características propias de los poemas épicos, no es una epopeya. Se asemeja a los poemas épicos en cuanto a los temas que trata —un tanto fuera de lo común y de carácter objetivo— pero aún esa semejanza es relativa y no conviene a todas las leyendas. Queda pues, la leyenda, como una narración tradicional inspirada en un hecho histórico, y con matices épicos; de este modo, consideramos como más acertada la definición de Bernaola de San Martín, ya incluida en páginas anteriores, que hace participar a la leyenda del género épico pero no llega a llamarla, como Cejador, epopeya corta.

TRADICION Y LEYENDA

Es muy frecuente encontrar estos dos términos confundidos y por ello vamos a tratar de esclarecer esta confusión hasta donde nos sea posible; igualmente se equivocan los términos de anécdota, conseja, romance y cuento con el de leyenda. La diferencia entre ellos no es radical, sino por el contrario muy ligera, lo que da margen a que constantemente se identifiquen en un solo concepto.

¹⁵ Bernaola de San Martín, Pedro.—Opus. cit. Cap. XVII.

En el título de las obras de algunos autores leemos: Tradiciones y leyendas, y cabe preguntar: ¿pertenece a un mismo género una y otra, son dos cosas diferentes la leyenda y la tradición?

Sabemos que la leyenda es una composición literaria; una narración de un suceso histórico o fabuloso en la que ha intervenido la imaginación popular. La tradición es también una composición literaria. Nos permitiremos afirmar que no lo es. Algunos autores, sin poderse definir la leyenda y la tradición nos ayudarán a marcar la diferencia entre una y otra:

«La leyenda conservada por la tradición fue adulterándose cada vez más.»

«La fantástica leyenda de la Mulata de Córdoba ha vivido en la tradición del pueblo y ha sido transmitida hasta nosotros.»

«Nos hemos propuesto relatar a nuestros lectores todas las maravillosas leyendas de las tradiciones árabes de la Alhambra.»

Nos parece que son las citas anteriores, podemos establecer lo que es la tradición. En las tres tenemos empleados los dos términos de que venimos hablando, pero haciendo participar a la leyenda de la tradición, y nos parece que con toda propiedad está dicho: (La leyenda es la narración de un hecho histórico o fabuloso, una narración en la que intervienen diversos elementos tales como la fantasía popular, la imaginación y espíritu del pueblo; puede haber verdad histórica en las leyendas pero pueden también, aun basándose éstas en un hecho histórico, estar de tal modo modificadas y alteradas por diversas causas que es imposible o cuando menos atrevido, dar como rigurosamente cierto el hecho relatado; esto no es un defecto de las leyendas, puesto que no perteneciendo al género histórico sino siendo composiciones del género literario, la ficción les está permitida.)

(En cuanto a la tradición, no creemos que forme una composición del género literario, ni tampoco que sea un género literario; la definición que de esta palabra da el diccionario no nos dice que pertenezca siquiera a lo literario. Lo tradicional puede ser un elemento, una cualidad, una característica de lo literario y así oiremos hablar de romances tradicionales, leyendas tradicionales, y ya fuera de lo literario, de costumbres tradicionales, bailes y cantos tradicionales de esta o de aquella región, lo tradicional, lo perteneciente a la tradición, puede ser un elemento, un recurso literario, pero nunca un género o composición literaria.)

La tradición habremos de definirla como la riqueza espiritual, cultural y folclórica de un pueblo; sus costumbres, sus cantos, sus danzas, sus creencias, su espíritu, su manera de sentir y de pensar propia y diferente, es lo que constituye la tradición; es el acervo espiritual del pasado que cada pueblo ha ido formando y que se conserva a través del

González Obregón, Luis.—Las calles de México, México, 1936. 2a Ed. pag. 145.

Idem.—México Viejo, París-México, C. Bourne, 1900. Cap. XXXIII. pag. 326.

18 Fernández y González, Manuel.—México, México, 1936. pag. 145.

tiempo, siendo transmitido de generación en generación, y del cual algunos pueblos se muestran más celosos que otros, de suerte que habrá países con más contenido tradicional que otros. El campo abarcado por la tradición es, como puede comprenderse, más amplio del que puede encerrar una composición literaria; las leyendas quedan comprendidas dentro de la tradición, son una parte de ese tesoro que todo pueblo posee.

En las ^{citas} ~~ciudades~~ anotadas en página anterior, se conviene, aunque indirectamente, con la definición propuesta por nosotros; en efecto, al decir que: "la leyenda es conservada por la tradición"; o que "la leyenda ha vivido en la tradición" o bien se habla de "las leyendas pertenecientes a las tradiciones" se afirma que la leyenda es una parte de la tradición, que la tradición es un todo más más amplio, y que no es una simple composición; si esto último se hubiera querido expresar, es decir, si se hubiese deseado dar a la tradición un valor igual al de la leyenda, se hubiera dicho: "las leyendas y tradiciones han ido adulterándose..." o bien "narraremos las leyendas y tradiciones..."

Queda establecido que la leyenda forma parte de la tradición, aunque esto no implique que todas las leyendas deban ser tradicionales; puede haberlas y de hecho son las que mayor encanto tienen, pero pueden existir leyendas de inventiva personal, sin hacer referencia a la tradición de un pueblo. Algo digno de llamar la atención es que las leyendas forman parte de la tradición y también en las leyendas puede estar contenida una parte de la tradición; son conceptos que en cierta forma se complementan.

ANECDOTA Y LEYENDA

Pasaremos ahora a establecer la diferencia entre leyenda y anécdota, aclarando de antemano que esta diferencia no es radical y definitiva, pues una y otra tienen semejanzas y diferencias.

(La leyenda ha quedado ya definida; con ella tiene de común la anécdota que es también una narración de un hecho real y algunas veces histórico, pero no interviniendo en ésta el elemento maravilloso o fantástico que generalmente encontramos en la leyenda. Por otra parte una anécdota puede ocurrirle a cualquier persona, sea ésta importante o no; es un suceso momentáneo, sin nada de extraordinario o fuera de lo común y en el que frecuentemente hallaremos un matiz humorístico; en la anécdota no existe importancia histórica.)

(Otra posible diferencia sería tal vez, que la leyenda en su relato entra más en detalles, en descripciones de época, de costumbres, de calidad humana de los personajes, en tanto que la anécdota se concreta a referir la acción momentánea que le ha dado origen; naturalmente que nos hablará de los personajes que intervienen en ella, y de la época en que tuvo lugar, pero de una manera concisa y breve.)

Es frecuente encontrar en la obra de los autores estudiados, clasificadas como leyendas, narraciones que son propiamente anécdotas; un ejemplo claro de esta confusión lo tenemos en la "leyenda" *Elixir contra el suicidio* de Valentín Frías, que como se verá es solamente una anécdota.

Se nos habla en el relato de un intrépido joven que conociendo la proverbial caridad de un obispo de Querétaro, trata de sorprender su benevolencia presentándose ante él desesperado por la miseria en que estaba y solicitando su ayuda:

"Sólo dos caminos tengo
que tomar en este trance
para dar cima a la empresa
y la situación se salve.
O su señoría se apronta
tal cantidad a prestarme
o aquí mismo en su presencia
pronto voy a suicidarme".¹⁹

Adivinando el obispo las pocas intenciones que tenía el farsante de suicidarse, ingeniosamente se desembaraza de él:

"El espíritu engañoso
del suicida penetrando,
hacia una mesa cercana
alargó su diestra mano
y su cajonera abriendo
tomó un revólver de antaño
y con voz serena y grave
sin hacer por ello alarma
se le acerca y dice:
"Vamos
hacedlo, tomad el arma".

.....
El valentón sorprendióse
con tal chasco inesperado,
volteó grupas y escurrióse
corrido y avergonzado".²⁰

Entre paréntesis, la expresión de "voltear grupas" no yendo el personaje jinete en un caballo, no es de lo más acertado.

Como se verá a primera vista, esta narración es una anécdota, sin importancia histórica, sin notas fabulosas o tradicionales; es un suceso momentáneo con ese sello humorístico que hemos querido ver como distintivo de las anécdotas.

¹⁹ Frías, Valentín.—Leyendas y tradiciones queretanas. Querétaro, 1900. Leyenda XLVII, pág. 222-223.

²⁰ Idem.

CONSEJA Y LEYENDA

Con respecto a la conseja y a la leyenda creemos que no hay razón para confundirse, cuando menos en el campo de la literatura; la leyenda tiene un valor literario y ello lo prueba el hecho de que algunos de los mejores escritores no rehúsen ocuparse de ella, formando parte muy importante de su obra; en cambio, hasta hoy no se ha dado el caso de que alguien escriba consejas. Queda la conseja relegada a ser una narración de trama fantástica y prodigiosa, y es en esto en lo que se aproxima a la leyenda; pero se queda en una creación del pueblo que no revela lo mejor de su espíritu. Cuando se trata de hacer resaltar la poca validez y seriedad de algo se dice que es "conseja que corre en boca del vulgo"; en el Diccionario se da como sinónimo de conseja el de patraña, lo cual pondrá de relieve la escasez de su valor.

La leyenda que en general se forma en el corazón del pueblo, lleva por esta razón el peligro de caer en la vulgaridad como consecuencia de su origen, lleva el riesgo de degenerar en "cuentos de viejas" como muy frecuentemente se les tacha. No sería muy aventurado si dijésemos que las leyendas tienen una doble existencia, la una más culta que la otra; es un caso análogo al del idioma, el cual siempre ha subsistido bajo dos formas: la literaria y la popular. En las leyendas sucede algo semejante, tienen dos formas distintas: la literaria que es la consignada por los escritores, la versión que conservando su sabor popular pero dejando a un lado lo que de demasiado vulgar o grotesco pueda tener, ha sido embellecida con todas las galas que le proporciona al escritor su inspiración; puede haber leyendas que aun sin hallarse en la obra de algún escritor, sin haber sido pulidas, tengan valor y belleza porque no han llegado a corromperse.

La otra versión de las leyendas, la totalmente popular que corre en boca de la gente del pueblo, se halla metamorfoseada y exagerada con detalles demasiado inverosímiles, a las veces de mal gusto. Podríamos decir que esta segunda forma de la leyenda se identifica con la conseja.

ROMANCE Y LEYENDA

Entre estos dos términos es un poco más difícil establecer la diferencia ya que ambos tienen un lugar en el género literario; esto daría materia amplia para un estudio detallado, por lo que los romances incluidos por los autores en la parte de su obra estudiada, los pasaremos por alto, por constituir, como expresamos antes, un tema propio para ser estudiado separadamente.

Habremos de mencionar las posibles diferencias entre leyenda y romance; una de ellas podría fundarse en la forma métrica de una y otro. Resulta inútil hablar de la versificación en los romances, pues es precisamente ésta la que les da nombre; la leyenda por el contrario

es susceptible de variedad métrica, aun dentro de una misma; es decir que en una misma leyenda podremos encontrar diferentes metros y no sólo eso sino que muchas de las leyendas están escritas en prosa. Esto que a primera vista parece un punto de divergencia entre la leyenda y el romance, no lo es, pues por esa misma variedad de metros permitida en las leyendas, muy frecuentemente las encontramos escritas en el metro privativo de los romances, esto es, en romance. Vuelve así a surgir la confusión.

Respecto al contenido de los romances, tenemos que puede ser el mismo que el de las leyendas y así veremos que existen romances tradicionales, históricos, amorosos, novelescos, etc., todo lo cual puede ser tema de leyendas... Pero en general el romance tiende a ser histórico, a revivir el pasado nacional de cada pueblo.

En la definición que se da de romance, tenemos una analogía más con la leyenda: "Los romances son poemas épico líricos breves que se cantan al son de un instrumento..."²¹

Cuando hablamos del carácter épico de la leyenda en páginas anteriores, dijimos que a la leyenda se la hacía participar de dos géneros: del épico y del lírico; en la definición del romance asentada aquí, vemos que de igual modo participa éste de lo épico y de lo lírico; pero el romance es una composición que fué escrita con el fin de ser cantada al son de un instrumento, en tanto que la leyenda sólo fué hecha para ser narrada; existe pues, una semejanza y una diferencia; la primera en cuanto a su procedencia, la segunda en cuanto a su forma de darse a conocer.

En la leyenda un elemento casi indispensable es el fantástico o maravilloso, no siéndolo del romance como ha manifestado el erudito en la materia, don Ramón Menéndez Pidal: "...los romances se distinguen por una extrema sencillez de recursos, que se manifiesta ora en la ABSTENCION Y ELIMINACION DE ELEMENTOS MARAVILLOSOS o extraordinarios..."²² lo cual es parte muy importante de la leyenda.

CUENTO Y LEYENDA

A este respecto tenemos la opinión de un "erudito" escritor citado por Peza, pero cuyo nombre no nos es descubierto: "Tiene la leyenda no relata hechos fraguados en la imaginación del poeta o del escritor, gran semejanza con el cuento, estribando la diferencia en que aquél (?) sino que se inspira en sucesos reales de carácter popular, por lo cual

²¹ Menéndez Pidal, Ramón.—Proemio a Flor Nueva de Romances Viejos. 5a. Ed. E. C. A. 1944. pág. 9.

²² Menéndez Pidal, Ramón.—Opus. cit. pág. 26-27.

toma a veces de la historia, además del hecho vistosamente fantaseado, los nombres de los personajes que en ellos intervinieron".²³

Parece un poco confuso lo anterior porque al decir "aquél" debería referirse necesariamente al término colocado en primer lugar, en este caso el de leyenda, por lo que lo correcto debía ser "aquélla"; ciertamente se refiere a la leyenda, puesto que al leer la explicación de las características del concepto a que se está refiriendo, lo identificamos con la leyenda y no con el cuento; (es decir, que al hablar de "narraciones inspiradas en sucesos reales" y basadas en la historia, se refiere claramente a la leyenda; quedando el cuento definido como la narración que relata hechos fraguados en la imaginación del poeta o del escritor, sin ninguna base histórica; el cuento es una ficción literaria, producto de la inventiva personal del escritor y esto se dice para todos los cuentos; en cambio la leyenda rara vez deja de basarse en un hecho real, aun cuando tenga su parte fantástica o imaginada.)

(A las leyendas hay que reconocerles un carácter popular y aún diríamos familiar) y así constantemente leemos expresiones sobre estos relatos que ponen de manifiesto esta particularidad: "Nada más hermoso que estos cuentos nacidos al calor del hogar, narrados con elocuente sencillez por nuestros antecesores a nuestros padres, por nuestros padres a nosotros..."²⁴ y también "Desde muchachos oíamos a nuestra santa abuela la leyenda de..."²⁵ y "...ha sido transmitida hasta nosotros en miles de ediciones, hechas ya al calor del hogar por la abuelita para entretener a los nietos, o por la pilmama para dormir a los niños; ya por el cansado caminante para acortar las noches o por el soldado para amenizar las veladas del campamento".²⁶

23 Peza, Juan de Dios.—Prólogo a la obra de Agustín Lanuza, *Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*. pág. 9-10.

24 González Obregón, Luis.—*Las calles de México*, pág. 22.

25 Idem.

26 González Obregón, Luis.—*Opus. cit.*

CAPÍTULO III

AUTORES DE QUE SE VA A TRATAR

El estudio que hemos hecho de los autores que aquí se mencionarán no ha sido un estudio total de su obra, sino simplemente de las leyendas que tales autores han escrito. Al hablar en el presente capítulo de cada uno de ellos, no vamos a hacer sendas biografías, puesto que eso convendría a un estudio separado de cada autor, y en el presente caso sería un tanto tedioso leer una tras otras hasta ocho biografías; por lo tanto, nos limitaremos a dar algunos datos de cada autor, tendiendo siempre a referirnos a la parte de su obra estudiada en el presente trabajo.

Altamirano, Ignacio Manuel.—(Tixtla, Gro., 1834, Italia 1893).

Nadie podrá dudar de la importancia que este autor ha tenido en la historia de las letras mexicanas; en una época violenta y agitada como la que le tocó vivir, supo dar incremento a la creación artística, haciendo a un lado egoísmos políticos. El era liberal decidido, pero no lo llevaban sus ideas políticas hasta el odio por sus enemigos, cuando de la cultura se trataba; esta tolerancia le permitió lograr que las más destacadas plumas de la época colaboraran en una misma publicación, sin importar sus convicciones políticas.

No quedó ahí su labor en pro de las letras; de espíritu activo y emprendedor, funda revistas literarias, sociedades literarias y sobre todo lucha porque las letras mexicanas, dejando extrañas inspiraciones, fueran el reflejo de nuestro país y nuestra cultura; es decir que se preocupa, en medio de un ambiente/luchas internas violentas, de constante inquietud, por dar incremento a la cultura, y no sólo eso, sino dar a las letras un sello propio, un fuerte carácter nacionalista. Personalmente él realizó ese ideal que se había trazado y logró además que contemporáneos suyos le siguieran en este sentido de inspirarse para sus obras en lo mexicano, reflejando la época, la sociedad, las costumbres; tal es el caso de Guillermo Prieto en su *Musa Callejera* y de otros autores.

Paisajes y Leyendas es la obra que hemos estudiado; la primera edición data de 1884; es una obra corta en su extensión pero de grandes alcances; en ella nos habla el autor de las costumbres de un pueblo, su vida, su espíritu y por ello ha de ser apreciado no únicamente en nuestra patria sino en el extranjero también, en donde algún otro libro de este autor (*La Navidad en las Montañas*) ha tenido tanto éxito, pre-

cisamente por el contenido costumbrista y por la prosa galana y plástica del Maestro.

En el primero de los libros mencionados, la nota costumbrista es desde luego la sobresaliente; sus narraciones son esencialmente artículos costumbristas; sólo dos leyendas, de carácter religioso, encontramos en total, las tituladas *El Señor del Sacro Monte* y *Nuestra Señora de los Angeles*. Las demás narraciones son como ya decimos artículos costumbristas en que se habla de las fiestas religiosas, tales como las procesiones de Semana Santa en su pueblo natal, Tixtla, en las cuales se mezcla —como sigue aconteciendo— lo religioso y lo pagano; nos habla también de la celebración del día de muertos que en nuestra patria reviste un carácter particular, así como también de las fiestas del 12 de diciembre; todos cuadros costumbristas sin nada de leyenda, aunque no por ello sin importancia y gran valor literario.

No queremos decir con esto que las leyendas no tengan contenido costumbrista, sí lo tienen, pero no es esencialmente esto lo que las caracteriza; deben tener además alguna trama, como derivaciones que son del género novelesco, y deben ser fantásticas, o cuando menos poseer algunas notas extraordinarias y fuera de lo común; por el contrario, en las narraciones de Altamirano, con excepción de las dos mencionadas, éste trasladada al papel los modelos que tiene delante, sin modificaciones, sin invenciones; es la vida real la que encontramos en ellas, y esto naturalmente también tiene un mérito considerable.

Las cualidades que como paisajista se le han reconocido a Altamirano las pone de manifiesto una vez más en la obra aludida; con ese sentimiento que lo distingue, logra reproducir fielmente los más bellos paisajes, tropicales en muchas ocasiones, no de una manera fría y esqueta, sino viviendo y sintiendo ese paisaje; en *Las Palmas* logra uno de sus mejores paisajes, acentuando siempre ese carácter nacionalista que persigue en toda su obra.

El materialismo que había de apoderarse de los espíritus de la época, había conseguido adueñarse ya del de Altamirano; tal influencia la podemos ver claramente en la siguiente declaración: "En efecto, hay épocas en el año en que al sentir la influencia de las poderosas corrientes que agitan la atmósfera, la humanidad, lo mismo que los brutos, se siente extrañamente espoleada por irresistibles deseos y propensiones que la obligan a salir en busca de solaz, de comunicación, de ruido..."¹

Paisajes y Leyendas formaba parte de una serie de obras de tipo costumbrista que proyectaba el autor reunir en tres volúmenes; sólo apareció uno, que es esta edición de 1884 a que hicimos referencia. En 1949 apareció una edición de esta misma obra que en su contenido tiene narraciones diferentes a las que aparecen en la primera edición; es una edición de Robredo y ha sido recopilado el material por el norteameri-

¹ Altamirano, Ignacio M.—*Paisajes y Leyendas*. Habana, 1893, pág. 66.

cano Ralph E. Warner; consiste este trabajo en una recopilación de artículos de Altamirano publicados en diversos periódicos y revistas, diferentes, como ya decimos, de los publicados en la primera edición. En la segunda edición hay artículos costumbristas, como en la primera, así como impresiones de viajes, y relatos de viejas tradiciones mexicanas.

González Obregón, Luis.—(Guanajuato 1865, México 1938).

En este autor sí podremos encontrar un material abundante en lo que a leyendas se refiere; escribió varios libros reproduciendo las leyendas que se relacionan especialmente con la ciudad de México a la que llegó desde muy niño. Fué discípulo de Altamirano y de él probablemente tomó la inclinación por lo costumbrista que lo lleva a reproducir las costumbres de las épocas pasadas; González Obregón es el cronista de la época colonial de México.

El caso de este escritor es el de un autor que logra combinar acertadamente lo histórico con lo novelesco, aunque siempre da a la historia un lugar preferente, como consecuencia de su personalidad de erudito historiador y celoso cronista. En algunas de sus leyendas, en las que tienen base histórica, nos da a conocer la versión popular y fantástica de un hecho y separadamente nos aporta lo que de verdadero hubo en tales casos; es historiador celoso y no vacila en echar por tierra falsas consejas, aunque él mismo reconoce que en su misma falsedad tienen encanto y revelan la cándida imaginación del pueblo: "Es triste —dice— despojar a la tradición de sus encantos, como es doloroso deshojar las frescas flores de un jardín; pero la historia es, si se quiere inhumana, la crítica implacable y la verdad se impone porque siempre es más hermosa, aún desnuda de poéticos adornos".²

Sobre la forma de evocar el pasado, de este autor y de otros de los estudiados, citaremos el prólogo de don Nemesio García Naranjo al libro *México, leyendas y costumbres*, en el que dice lo siguiente: "Mientras don José María Marroquí, don Genaro García y don Luis González Obregón no penetran en las sombras del pasado, sino por las veredas de una documentación comprobada, don Manuel Payno, don Vicente Riva Palacio y hasta don Ignacio Manuel Altamirano, se remontan a las épocas que fueron, con las alas potentes de la imaginación".³

Ya el mismo González Obregón al referirse a la leyenda de la Mulata de Córdoba, nos explica cómo le interesa a él recoger las leyendas, no de boca del pueblo, sino basándose en documentos de valor: "Antes que nosotros, ya otros escritores la han referido, ya algunos poetas la han cantado; pero ni los primeros ni los segundos han tomado sus noticias de polvorientos códices, ni de arrugados pergaminos".⁴

La obra de este autor es digna de todo respeto no solamente desde

² González Obregón, Luis.—Las calles de México. Tomo I.

³ García Naranjo, Nemesio.—Prólogo a México, leyendas y costumbres, trajes y danzas. Selección de L. Álvarez de la Cadena, 1945, pág. 17.

⁴ González Obregón, Luis.—Las calles de México, Tomo I, pág. 63.

el punto de vista de la valiosa aportación que ha significado para las letras mexicanas, sino también tomando en cuenta la participación del historiador. Desde el punto de vista literario, él ha recogido viejas leyendas, narraciones de creación popular, y las ha relatado en un estilo sobrio, sin rebuscamientos, familiar, y si se nos permite la expresión, en ocasiones sabroso, como cuando leemos o creemos escuchar los diálogos entre personajes de pasadas épocas. Como historiador, más que hablarnos de la historia política del país, que podemos encontrar en cualquier manual de Historia, nos habla de la sociedad, de sus costumbres, de las instituciones públicas, etc., de la época colonial, lo cual por no ser un aspecto muy prodigado por los historiadores, es por lo que tiene mayor mérito.

Sobre la manera como trata este autor la historia, tenemos el siguiente juicio: "...se creó una manera muy personal y muy suya de tratar la historia. Es ésta en sus manos algo que sale de la frialdad y monotonía de los relatos eruditos, para convertirse en materia plácida y familiar a todos asequible. El dato escueto, la gélida fecha o el nombre grisáceo, cobran en su pluma vibración y calor".⁵

La producción de González Obregón es extensa y en ella descuella no sólo el historiador sino el investigador y el crítico literario. Las obras de este autor analizadas en el presente trabajo son tres: *México Viejo* que primeramente fué publicada en forma de artículos periodísticos de 1890 a 1891; después, ya reunidos en un sólo volumen se publicaron en 1900 en la editorial de la viuda de C. Bouret; en esta publicación se dice que es una "nueva edición" por lo que suponemos una de años anteriores. En esta obra, la labor del cronista es importantísima; en ella nos habla de los conventos existentes en la ciudad en los primeros tiempos de la colonia, de los primeros teatros, como el Coliseo y el Principal, de las diferentes compañías teatrales que se presentaban, los precios que se cobraban, los programas, los salarios, etc., así como nos describe también los procesos de la Inquisición y nos habla de los principales mercados, todo lo cual, como se supondrá, tiene gran valor histórico.

Las calles de México dos tomos que fueron publicados en 1922 y 1927 y en los cuales reproduce varias de las leyendas contenidas en *México Viejo*.

México viejo y anecdótico publicada en 1909 en una edición Bouret y en la cual sólo tenemos una o dos leyendas históricas; el resto del libro es muy importante desde el punto de vista histórico pero no del literario, y efectivamente, no fué el propósito del autor crear una obra literaria; es una reseña de varios sucesos históricos, algunos de gran interés, otros únicamente anecdóticos; se incluye un apéndice en el que se reproducen documentos históricos que hablan de los diversos lugares

⁵ González Peña, Carlos.—Historia de la literatura mexicana. México 1946, pág. 376.

en que estuvo sepultado Hernán Cortés, así como de lo triste de sus últimos días, todo esto con una infinidad de detalles.

López Portillo y Rojas, José.—(Guadalajara 1850, México 1923).

Creemos ver en este autor al representante o quizá a uno de los representantes del movimiento de transición que llevó del romanticismo al realismo. En general, López Portillo está considerado como autor realista, pero vemos en él todavía algunos recuerdos románticos que nos hablan elocuentemente de la forma progresiva en que se pasó del romanticismo al realismo. En sus novelas, el autor muéstrase realista al crear novelas de tipo regional y costumbrista, características que no son sino una variante del realismo; pero en sus leyendas todavía quedan recuerdos románticos; en sus novelas seguramente se manifestará el realismo que le ha valido ser colocado como uno de sus representantes, pero en sus leyendas que es la parte de su obra estudiada, no encontramos este aspecto de su personalidad y sí en cambio mucho elemento romántico y fantástico que se opone al realismo de sus novelas.

En el tomo de sus *Novelas Cortas* hemos estudiado cuatro narraciones que el autor clasifica como leyendas; en la Introducción, el autor nos habla sobre la influencia ejercida en este género de narraciones por el español Bécquer, lo cual nos demuestra así mismo la huella romántica existente en esas narraciones; dice el autor: "Las leyendas Adalinda y El Espejo datan de una época ya lejana, en que Antonio Zaragoza, Mariano Coronado, el malogrado Pablo Ochoa y el que esto escribe, se reunían semanalmente en una casa de la villa de San Pedro, en sociedad afectuosa y familiar, a charlar de arte y a leerse sus producciones literarias. Todos ellos en aquel tiempo se habían dado a la lectura de Bécquer a quien admiraban y seguían, y con tal motivo escribieron cuentos del género de los del ilustre sevillano... Los otros individuos del grupo produjeron también algunas obritas de no escaso mérito y de muy hermosa forma; y el autor de este tomito varias leyendas al estilo de las ya mencionadas".⁶

Las otras leyendas, además de las que menciona el autor, son *Un pacto con el diablo* y *El Arpa*; las leyendas y novelas cortas contenidas en el tomo 27 de la Biblioteca de Autores Mexicanos, fueron publicadas originalmente en un periódico bisemanal de Guadalajara llamado La República Literaria de 1886 a 1890.

Mateos, Juan A.—(México 1831 - México 1913).

Autor romántico, "entra a saco en la historia para convertirla en novela"; fué novelista y cultivó la novela histórica que pusiera de moda el romanticismo; fué también autor teatral y aun en esta fase de su personalidad vemos reflejado su gusto por lo legendario al poner en escena La monja alférez, que como se sabe es una leyenda sobre una mujer misteriosa, amante de la aventura.

Nace Mateos en pleno auge del romanticismo y romántico es no só-

⁶ López Portillo y Rojas, José.—*Novelas Cortas*, Biblioteca Agüeros, 1900. Introducción pág. 8.

lo en su obra sino en su vida, pues fué en efecto un liberal, rebelde y apasionado. Como tuvo una larga vida pudo alcanzar varias evoluciones de las letras; nace en 1831, precisamente cuando el romanticismo era la llama que devoraba a todos los escritores, muere en 1913, cuando el modernismo había hecho variar un tanto las inclinaciones románticas.

En Mateos podemos observar algo que llama la atención y que viene a reforzar la tesis que asienta que los movimientos literarios no se originan de una manera intempestiva y rápida, sino que se vienen elaborando pausadamente. Del romanticismo se pasa al modernismo, pero este tránsito no fué de un día para otro; la aparición del modernismo no fué, como lo había sido antes el romanticismo, revolucionaria y por lo mismo rebelde; pero aún dentro de la rebeldía del romanticismo que pudo dar origen a una aparición intempestiva, tenemos que tal rebeldía fué formándose poco a poco; Díaz Plaja afirma que tal movimiento se vino elaborando durante todo el siglo XVIII. Decimos que el modernismo no fué revolucionario sino innovador; quedan en él reminiscencias de otras corrientes literarias, muy particularmente de la romántica, como son la libertad de creación sin sujeción a normas y modelos establecidos, así como el predominio del sentimiento; a su vez, introduce como novedades, entre otras, la del cosmopolitismo que contrasta con el nacionalismo proclamado por los románticos; es aquí donde debemos volver a Mateos. Hemos dicho que es un autor romántico; en 1875, época romántica, publica sus *Romances y Leyendas* en las que hallamos muchas características románticas y una marcada influencia de Zorilla, pero nos sorprende encontrar, no el sentimiento nacionalista que como romántica debía observar su obra, sino por el contrario, un cosmopolitismo bastante amplio; con lo que podemos ver que en plena época romántica y en un autor romántico, existen ya antecedentes del modernismo que vendría más tarde. En sus leyendas trata temas que tienen como escenario la Alemania feudal, la España mora o bien la antigua Irlanda; queda sin embargo una nota romántica: la evocación de épocas pasadas. Paz, Ireneo.—(Guadalajara 1836 - México 1924).

“Autor de novelas históricas” ha dicho el maestro Jiménez Rueda, haciendo referencia probablemente a lo que Paz ~~que~~ designa como leyendas y que no son sino novelas efectivamente.

A este autor lo estudiaremos únicamente en una leyenda, que es la que cumple con lo exigido por este género de composiciones; nos estamos refiriendo a la titulada *El Asesino* incluida en su obra poética *Cardos y Violetas* (1875); en esta obra publica Paz una serie de poesías que nos hablan con elocuencia de la filiación romántica del autor; son poesías lírico-amorosas en las que la mujer y el amor son los dos motivos en que se inspira y cuyos títulos ya nos hablan por sí solos de su contenido: Ausente de ella, Sufrir, Amor tímido, Su amor o la muerte, Sus cabellos, etc.

Ireneo Paz edita él mismo en su imprenta una serie de obras que

titula Leyendas Históricas, pero más que leyendas son novelas en las que lo histórico está por encima de lo novelesco; tal fué en efecto el propósito del autor: "Cuando determinamos escribir —dice— la serie de seis leyendas que comenzaron con la que lleva por título El Licenciado Verdad y termina con la denominada Guerrero, nos propusimos hacer una narración clara y sencilla de los sucesos principales que se desarrollaron en los años primeros de este siglo hasta realizarse la Independencia de México, ajustándonos RIGUROSAMENTE a la historia, pero introduciendo a la vez algunos incidentes novelescos que dieran amenidad a la lectura".⁷ Esto en cuanto al contenido; en cuanto a la finalidad que lo llevó a escribirlas, nos dice que fué con el fin de "...vulgarizar, concédasenos el uso de esta palabra, el de vulgarizar en forma novelesca nuestros más brillantes episodios históricos, empeñándonos hasta donde nos alcancen nuestras fuerzas, en hacer la lectura atractiva".⁸

El caso de este autor es similar al de González Obregón, pero con la salvedad de que la obra de éste se inclina más hacia lo literario, no obstante su contenido histórico, que hacia la historia misma; sus temas en ocasiones reproducen sucesos históricos, pero aún en estos casos los rodea con una serie de detalles, de descripciones, de ambientación, en fin una serie de recursos literarios, que le restan a la narración la severidad del relato histórico. Si esto hubiera hecho don Ireneo Paz, su obra hubiera tenido mayor valor literario, pero a pesar de sus buenas intenciones de amenizar el relato con episodios novelescos, no consigue gran cosa.

En sus leyendas *Hidalgo* y *Morelos* introduce una parte novelesca: la historia de dos jóvenes, Margarita protegida y ahijada del cura de Dolores, y Rafael Fuentes, un joven insurgente; desde luego que la parte medular de la narración gira en torno de los dos caudillos de la Independencia, ya que los demás personajes que se han mencionado, como secundarios que son, se les concede menor importancia, pero tan escasa, que se pierden en el desarrollo de la novela que es bastante extensa; cada una de las leyendas de Paz no abarca menos de unas cuatrocientas páginas, algo que tampoco es característico de las leyendas, las cuales en general son narraciones más o menos cortas.

El autor ha tenido buena documentación al escribir sus obras; posee una serie de datos que para el investigador de la historia ha de ser muy apreciable, tales como el texto de los edictos, manifiestos, decretos de excomunión, cartas cruzadas entre los jefes militares, listas de prisioneros, número de soldados, armas y caballería de que se disponía para los ataques, discusiones entre los caudillos sobre la estrategia a seguir, en fin, una serie de datos de gran valor histórico, que cumplen con el propósito del autor de dar a conocer mejor la historia de México y despertar admiración por sus grandes figuras; pero insistimos en que

⁷ Paz, Ireneo.—Antonio Rojas, *Leyendas Históricas*. 2a. Serie. 2a. Ed. 1895.

⁸ Ídem.

debido a la forma como está realizada la obra, sale de los límites de nuestro trabajo.

Decimos la forma como está llevada, porque no es precisamente la base histórica lo que hace que se excluyan del trabajo las leyendas de este autor, sino el hecho de que éste se dé por entero a la labor de historiador olvidando la creación literaria. Esto no es sino una consecuencia de cultivar un género mixto, como lo es la novela histórica, con la cual se corren ciertos riesgos. En efecto, cuando el autor se inclina demasiado a la historia, como en el presente caso, deja de ser novela para ser historia, historia novelada como ha dicho el maestro Rojas Garcidueñas; la historia novelada existe cuando se trata fundamentalmente —como lo hace Ireneo Paz— de enseñar la historia utilizando la novela para hacerla más accesible; entonces ya no es un género literario, sino un caso de literatura ancilar, es decir, al servicio de algo, en este caso, de la historia. Algunas veces es difícil distinguir entre novela histórica e historia novelada, pero sí podemos decir que en el autor mencionado se trata de historia novelada y por tanto, importante desde el punto de vista histórico. Esto que venimos diciendo de la novela histórica no es porque en sí sea menospreciable, sino únicamente ^{queremos} mencionar los riesgos que se corren con ella cuando no se armoniza con habilidad lo histórico y lo ficticio.

Ireneo Paz escribió además de las leyendas referentes a la Independencia, otras que reproducen la época de la Intervención Francesa (Antonio Rojas) y de la Reforma hasta principios del siglo XX (Juárez, Porfirio Díaz, Madero).

Peón Contreras, José.—(Mérida 1843 - México 1907).

Está considerado este autor dentro del romanticismo y los críticos ven en él influencia de Zorrilla y de Bécquer. Antes que considerarlo como poeta se le debe tener en cuenta como autor teatral, y hay que decir que fecundo; escribió gran cantidad de piezas teatrales, de ambiente colonial algunas; como poeta tiene dos o tres colecciones de romances históricos que evocan el pasado indígena de México o bien la época de la Colonia; aun en esta obra se manifiesta el autor teatral, pues ya desde el título echamos de ver esta influencia: *Romances dramáticos*.

Los romances de Peón Contreras, que alguna ocasión leímos que estaban formados por "catorce leyendas" fué lo que nos indujo a estudiar a este autor, pero hemos comprobado que son estrictamente romances y no leyendas, por lo que queda fuera de los límites de nuestro estudio.

Peza, Juan de Dios.—(México 1852 - México 1910).

Se encuentra colocado este escritor dentro del movimiento llamado post-romántico que no es sino una prolongación del romanticismo, toda vez que seguían siendo admirados e imitados Bécquer y Zorrilla, cuanto más por Peza, cuya formación literaria era netamente española; a acrecentar no poco está admiración por la Madre Patria, contribuyó el viaje que Peza hiciera a España en donde alterna con los escritores de la época; este viaje lo lleva a cabo por los años de 1878.

A Peza se le ha considerado como el cantor del hogar porque supo hallar poesía en las pequeñas y diarias satisfacciones de la vida familiar, lo mismo que cantar sus penas; su obra legendaria no está exenta de ese sello familiar de otras de sus poesías y vemos así que sus narraciones tradicionales las pone en ocasiones en labios de la evocadora abuelita o de una niñera para hacer dormir a los pequeños o bien relatadas por un viejo sirviente.

En 1898 publica sus *Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de la ciudad de México*; más tarde en 1900 publica un nuevo tomo *Tradiciones y leyendas mexicanas*, escritas en colaboración con don Vicente Riva Palacio.

Sus leyendas son un ejemplo de lo que debe ser la literatura cuando se relaciona con la historia; en el prólogo a su obra de 1898, González Obregón hace resaltar de manera acertada la forma en que Peza ha realizado su obra: "El poeta faltaría a los más vulgares preceptos si rimara sólo la historia. Juan de Dios Peza lo mismo ha consultado polvorientos manuscritos, picados pergaminos que tradiciones y consejas conservadas por el pueblo. Ha visitado archivos y bibliotecas y ha conversado con ancianos y testigos presenciales de muchos sucesos..." y lo que es más importante para las leyendas como creaciones literarias: "...Ha vaciado la verdad en los moldes poéticos para presentarla embellecida; ha dejado que su Musa, libre de cadenas eruditas, vuele en alas de de la imaginación, guiada por la fantasía a regiones ignoradas..."⁹

Riva Palacio, Vicente.—(México 1832 - Madrid 1896).

Un autor de carácter costumbrista, como lo fueron la mayoría de los escritores de su siglo; esto no es sólo explicable sino natural. Un siglo en que se había logrado la Independencia del país, en que se había creado una nación libre y soberana, un siglo en que había luchas civiles, partidarismos, invasiones de países extranjeros, no podía menos de tener la atención de los escritores fija en la patria, recordando su grandeza, sus sufrimientos, reelevando el carácter de sus hombres, valientes y generosos, el encanto de sus costumbres y sus tradiciones, todo lo cual derivará en el cultivo de la literatura costumbrista, que alcanzará un auge no imaginado en pasados tiempos.

A Riva Palacio se le considera más como novelista histórico costumbrista que como poeta. Se ha dicho del novelista que lo que menos le preocupaba era la literatura: "...quería ante todo entretener, divertir, interesar con lances y aventuras extraordinarios, dramáticos y a las veces espeluznantes".¹⁰ Tal intención se extiende a sus leyendas, pues en las que escribió en colaboración con Peza encontramos tales características, a más de que su estilo no es de lo más elegante.

⁹ González Obregón, Luis.—Prólogo a *Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de la ciudad de México*, escrita por Juan de Dios Peza. Garnier Hermanos. París, pág. 15.

¹⁰ González Peña, Carlos.—Opus. cit., pág. 336..

A este autor aparentemente le gustaba escribir en colaboración con otros autores; así, escribe *México a través de los siglos* en unión con varios historiadores, y con Juan de Dios Peza las *Tradiciones y Leyendas Mexicanas* en 1900.

Como es un tanto difícil distinguir en esta clase de obras en colaboración, qué es lo que pertenece a cada autor, consideraremos esta serie de leyendas de Peza y Riva Palacio, como escritas por este último, toda vez que para estudiar al primero de ellos, disponemos de otra colección de esta clase de narraciones, ya mencionada.

Roa Bárcena, José María.—(Jalapa 1827 - México 1908).

La personalidad de Roa Bárcena es la de un hombre de la época: inquieto, combativo, de ideas políticas firmes; militó en el bando conservador; como hombre de letras fué crítico, historiador y cultivó la novela, la poesía y el cuento.

Sus leyendas datan de 1862; la edición en que las hemos estudiado lleva el título siguiente: *Leyendas mexicanas, cuentos y baladas del norte de Europa*; en estas leyendas tenemos una diferencia, por lo que a tema se refiere, con el resto de los autores estudiados; Roa Bárcena toma como motivo de inspiración el pasado, pero no ya exclusivamente el pasado colonial que tantas veces veremos reproducido, sino el pasado pre-hispánico, el pasado indígena con todo su exótico encanto.

En sus narraciones combina armoniosamente los elementos que le llevan a crear leyendas interesantes, amenas e importantes; combina los episodios históricos con sucesos particulares que pueden o no ser verdaderos y que le restan al relato la severidad de la crónica histórica, añadiéndose a esto que están escritas en un estilo inspirado y poético. Aunque sus leyendas son pocas, cinco o seis, tienen gran diversidad de temas, predominando en ellas el indígena y después el españolizante de la Colonia.

Hemos querido incluir en nuestro estudio a algunos escritores que quizá no tengan un lugar prominente dentro de las letras mexicanas, pues en las obras de la historia de la literatura no se les menciona o sólo se hace de una manera muy somera; son escritores de importancia local, más que nacional, cantores de las tradiciones de su patria chica, de la sencillez de la provincia, cuya obra tiene mérito precisamente por dar a conocer el espíritu de sus gentes que formará parte del gran espíritu nacional. Sería tema interesante el estudio separado de las leyendas de cada provincia, en donde más celosamente es guardada la tradición y en consecuencia mayor riqueza de material podría aprovecharse; algo se ha hecho ya sobre las leyendas de Yucatán, pero en el resto de los Estados, queda un material considerable que requiere estudio.

Los autores a que nos venimos refiriendo son: Valentín Frías, el rústico cantor de Querétaro; Agustín Lanuza, quien en narraciones un tanto más inspiradas y de mayor mérito literario, reúne sugestivas leyendas de Guanajuato; por último, Eduardo Ruiz, más historiador que

hombre de letras, que nos habla de las costumbres de la antigua nación de los tarascos en leyendas que mucho tienen de historia. Frías, a Valentín.—(Querétaro 1862 -).

Era un modesto campesino de Querétaro que no tuvo una esmerada preparación intelectual, pero a quien el amor hacia su tierra natal, lo llevó a relatar los hechos sobresalientes de la historia de su provincia. El mismo en la advertencia a su obra *Leyendas y tradiciones queretanas* nos habla con respecto a su escasa cultura: "Sábeté también, que ha casi cinco lustros que el destino me llevó a tomar el arado y sacar de la madre tierra, el sustento que mi inexperiencia evadió sacar de las aulas, a donde tal vez fuera llamado, como tantos otros afortunados". Ante tan sincera confesión no podemos menos de tomarla en cuenta al juzgar su obra y sobre todo en lo que se refiere al estilo; no obstante, hay que reconocer que al escribir ésta, procedió con cierta prudencia, pues no lo hizo sin bases históricas algunas, antes bien, echó mano de obras valiosas, como la Crónica de la Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán de Larrea, de las Glorias de Querétaro de Sigüenza y Góngora y otras más.

La obra de Frías a que venimos haciendo referencia se publicó primeramente a manera de artículos periodísticos en *El Tiempo Ilustrado*, de México, del 9 de febrero de 1896 al 28 de agosto de 1898; después, y ya como una sola obra se editó en Querétaro el año de 1900; según el propio autor lo declara, tardó seis años en escribirla.

La obra de Frías en general no tiene grandes alcances; sus leyendas no tienen el valor universal o cuando menos nacional que requieren esta clase de narraciones, según hemos visto en alguna definición; en la mayoría de sus leyendas existe solamente un interés local; tal sucede cuando, saliéndose por completo del molde de estas narraciones, nos deja una serie de semblanzas, de retratos de personas preeminentes de Querétaro que se distinguieron por sus virtudes y sus buenas obras; luego tenemos que por separado publica una serie de biografías sobre personajes que trata en dichas leyendas, tales como la del General Tomás Mejía, Nana Cruz, el Compadre Atilano, Fray Antonio Margil de Jesús y otras, las cuales biografías nos hacen pensar que lo que él llama leyendas, no son sino una parte de esas biografías.

Algunas veces Valentín Frías usó el seudónimo "Alter"; escribió una *Historia de Querétaro*, una *Bibliografía Queretana* que se publicó en *El Tiempo* de 1898 a 1900. Del análisis de las leyendas y tradiciones queretanas, sacamos un buen material costumbrista, así como una idea de la situación social y moral de su época. Lanuza, Agustín.—(Guanajuato 1870-1936).

Un autor que podríamos incluir en el grupo de los contemporáneos, pues la fecha de su muerte, 1936, lo coloca en el grupo de los autores de los últimos cincuenta años, fuera ya de las corrientes románticas.

Hemos consultado dos ediciones de la obra de leyendas de este autor: *Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses* la primera de ellas fechada en 1910, la segunda, una edición póstuma, en la que ade-

más de editarse las leyendas de la primera publicación, se incluyen otras que el autor había dejado inéditas; esta segunda edición data de 1941.

Lanuzza en su obra mencionada, entra más en el terreno de lo literario, de la ficción, de la expresión estilizada y poética; su obra no es estrictamente histórica, sino que posee también su parte fantástica; por ella desfilan personajes históricos, —El Pípila, el Conde de la Cadena, etc.— al lado de tipos populares de la provincia y de seres fantásticos. Tiene, como toda obra de carácter legendario, un gran valor costumbrista.

Ruiz, Eduardo.—(Paracho, Mich. 1839 - Uruapan, Mich. 1902).

Historiador dedicado muy particularmente al estudio de su provincia natal; publica dos obras que tienen el mismo título y no obstante, su contenido no es el mismo; esto se presta a confusiones, pues tal parece que son dos ediciones diferentes de una misma obra. En efecto, hay una edición del año de 1891 de su obra *Michoacán, paisajes tradiciones y leyendas*, que trata exclusivamente de leyendas anteriores a la conquista, referentes siempre a la antigua provincia de Michoacán; en 1935 aparece otro libro con el mismo título que el anterior pero cuyo contenido encierra leyendas posteriores a la conquista de México.

La obra de Eduardo Ruiz no está hecha con un fin exclusivamente literario, sino con el deseo de dar a conocer en forma un tanto más amena, una parte de la historia de México; el mismo autor confiesa en el prólogo su propósito de escribir una obra histórica, pero ante la insuficiencia de los datos, decide darle un matiz legendario, es decir literario en el sentido de la ficción.

CAPITULO IV

CONTENIDO Y TEMA

Resulta un poco difícil sintetizar los temas de las leyendas, toda vez que un resumen de ellos resultaría incompleto; no se ha dado el caso de que alguien haya hecho la síntesis de los temas de la novela, ya que ésta, de la que se ha dicho que es una copia de la vida, puede tratar una diversidad de temas muy amplia; lo propio sucede con las leyendas, a las que considerándolas como derivaciones de la novela, y en particular de la novela histórica como la consideran algunos autores, están en el mismo caso de ésta. Con respecto a la procedencia de la leyenda, don Marcelino Menéndez y Pelayo ha dicho: "Verdaderas leyendas o *novelas en verso* se componían en el siglo XVI...";¹ en otros autores podemos leer "...El romanticismo trajo algunas formas literarias especiales, v. gr. la novela histórica moderna que empieza por versiones del francés y del inglés; la leyenda, en prosa o verso (*variedad de la novela histórica*) que es cultivada por Espronceda, Zorilla, del Duque de Rivas, etc."²

Pero si no podemos dar en términos generales la temática de la leyenda, si afirmaremos que sus temas presentan casi siempre una característica romántica; el romanticismo en las leyendas es algo sobresaliente y hemos de hacer el estudio de su contenido—de una parte de su contenido—partiendo de la temática del romanticismo; para ello habremos de valernos del erudito estudio que Díaz Plaja ha hecho sobre el romanticismo español.³

a).—LO RELIGIOSO CRISTIANO EN LAS LEYENDAS.

(Durante la época neoclásica el mundo greco-romano estuvo en auge; las producciones literarias fueron en gran parte traducciones de obras de los grandes escritores antiguos o imitaciones de las mismas; la poesía era rebuscada, era una poesía fría y razonadora, artificial en muchos casos; era la literatura de la razón en contraposición a la que vendría después, sentimental, la que en la exageración llegaría a lo cursi.)

Durante gran parte del siglo XVIII sobresalen figuras de carácter científico, astrólogos, geólogos, matemáticos, físicos, que escribían obras

¹ Menéndez Pelayo, Marcelino.—Orígenes de la Novela. Tomo I, capítulo VII, pág. 398.

² Hurtado y Palencia.—Historia de la literatura española.

³ Díaz Plaja, Guillermo.—Int. al estudio del romanticismo español.

de carácter científico, desde luego; la explicación del mundo por la razón les absorbía, sin llegar por ello al materialismo, pues paralelamente a estos escritores, y aún en la persona de uno mismo, era frecuente encontrar a grandes teólogos, y muchos de los escritores eran sacerdotes; pero aún en los teólogos sigue predominando el carácter racional dentro de lo religioso, puesto que la Teología no es sino la interpretación racional de la religión, el conocimiento de Dios por medio de la razón; (será más tarde cuando aparezcan nuevas corrientes literarias, que se interpretará la religión por el sentimiento, por la fe; esto se lleva a cabo en la época del romanticismo, durante la cual el mundo greco-romano desaparece casi por completo para dejar lugar al mundo cristiano.) No queremos decir con esto que hasta la aparición del romanticismo el hombre haya acrecentado su fe y su piedad; ciertamente que antes existieron épocas más piadosas y creyentes, por ejemplo la de los primeros mártires en la antigua Roma y la de las Cruzadas en la Edad Media. Lo que intentamos es hacer ver el lugar importantísimo que *en las letras* ocupara el cristianismo, el cual desterró a los falsos dioses paganos. Hubo épocas desde luego más fervorosas que la época romántica (el romántico es en muchos casos, un liberal, un rebelde, descreído; por tanto la época romántica no se caracterizará nunca por su piedad, pero en el aspecto literario sí está presente el sentimiento religioso, por lo menos en lo que concierne a las leyendas. Como el romántico no encuentra en su época la fe y la religiosidad necesarias para ambientar sus leyendas, se traslada (cumpliendo con un imperativo romántico) a la Edad Media, austera y conservadora, de la que se ha dicho: ha dicho:)

“Entonces se creía
 La religión severa
 Objeto de sarcasmo
 Jamás al necio fué,
 Ni la mentida ciencia
 Se la atrevió altanera
 De sus razones santas
 A demandar ¿por qué?”⁴

(De igual modo que los autores españoles volvían a la Edad Media, los mexicanos se trasladaban a la época colonial que en muchos aspectos —indudablemente el religioso uno de ellos— concuerda con la Edad Media.)

“No nos cansemos; faltaba a los antiguos una religión como la nuestra (leemos en Ramón López Soler citado por Díaz Plaja) que desarrollase los delicados sentimientos del alma y la diese por este medio más extensión. ¿Qué son sus náyades, sus sátiros, sus ninfas, sus temerarios guerreros en comparación del silencio del claustro, de la virgen

⁴ Zorilla, José.—La Azucena Silvestre, en Obras completas. Tomo I, pág. 459.

cristiana encerrada en él, de los lóbregos castillos, del pundonor, de la religiosa piedad y valentía de los aventureros?"⁵ Es decir que lo que antes había sido fuente de inspiración se tornaba falso y poco trascendente en la nueva tendencia literaria. (Este cristianismo fomentado por los románticos, lo veremos presente en muchas leyendas; casi todos los autores estudiados tratan el tema religioso cristiano en narraciones que hablan de milagros que en ocasiones van mezclados con historias amorosas, imprescindibles del romanticismo.) /t

Comenzaremos por citar a Lanuza en su leyenda denominada *Nuestra Señora de Guanajuato*; en esta narración el tema religioso está representado por un hecho que se considera milagroso. Perafán Rivera por mandato y merced real de Felipe II lleva a Guanajuato una imagen de la Virgen María; en el camino a la provincia se pierden los emisarios y es entonces cuando ocurre lo prodigioso:

“Que los extraviados vieron
Cruzar dos blancas palomas
Por el claro azul del cielo;
y tomándolas por guía

Llegar a Guanajuato
A la postre consiguieron”.⁶

Este es el caso en que la divinidad interviene en los actos de los hombres, ayudándolos; cuando menos los extraviados así lo creyeron; en esta leyenda se da apariencia de milagro a un hecho común.

Otro ejemplo de leyenda en que se hace intervenir a los Seres Superiores en ayuda de los hombres, es en *El Señor de Villaseca*; ésta tiene una posible y lejana influencia de *Margarita la Tornera* de Zorrilla; como es sabido, esta novicia escapa del convento con don Juan, y la Virgen toma su lugar para que nadie se dé cuenta de la ausencia:

“Te acogiste al huir bajo mi amparo
Y no te abandoné; ve todavía
Ante mi altar ardiendo tu bujía
Yo ocupé tu lugar, piensa tú en mi . . .”⁷

De esta manera la Virgen salva a Margarita que había cometido una mala acción; igual sucede con Marta, la protagonista del *Señor de Villaseca*: era casada e iba a visitar a su amante llevándole al efecto una cesta con alimentos; pero así como Marta tenía devoción por el Cristo de Villaseca, al que le llevaba todas las mañanas un ramo de flores, Margarita era devota de la Virgen; tanto en Lanuza —que es el autor

⁵ López Soler, Ramón, en *El Europeo*, citado por Díaz Plaja. Opus. cit.

⁶ Lanuza, Agustín.—*Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*. México, 1910. Pág. 187.

⁷ Zorrilla, José.—*Cantos del Trovador*. 2a. Ed. 1851, pág. 179.

de la leyenda de que se habla— como en la leyenda de Zorrilla, se percibe una influencia de los Milagros de Berceo, en los cuales los personajes, por pecadores que fuesen, los salvaba la sincera devoción y el amor que por la Virgen tenían; en la leyenda de Lanuza, Marta es sorprendida por el esposo cuando se dispone a ir a ver a su amante; el esposo le pregunta por el contenido del cesto y ella ni tarda ni perezosa responde:

“Voy a llevarle estas flores
Al Señor de Villaseca.
Con la punta de la daga
alzó León la servilleta,
Contemplando con asombro
Que rebosaba la cesta
Cuajada de lindas flores,
Blancas, perfumadas, frescas.
Ante tan raro prodigio
Según dice la leyenda,
Hizo Marta juramento
Que mientras ella viviera,
Flores nunca faltarían
AL SEÑOR DE VILLASECA”.⁸

En la leyenda del Padre Serenito de Lanuza, se trata un tema de carácter religioso aunque ya no es ni la Virgen ni el Ser Supremo los que intervienen, pero sí un sacerdote; es curioso hacer notar cómo en las dos leyendas antes mencionadas y en la presente, se favorece siempre a una persona que no se ha conducido precisamente como un modelo a seguir y que sin embargo ha sido ayudada; es algo así como devolver bien por mal, como predica el Cristianismo y en las que se pone de manifiesto la misericordia divina. En la narración del Padre Serenito, un minero que en una ocasión había hecho mofa del sacerdote, queda preso en una mina por un derrumbe habido; nadie puede auxiliarlo durante varios días porque es imposible llegar hasta él; cuando por fin consiguen hacerlo, se encuentran con que está sano y salvo el que creían encontrar moribundo:

“Que por milagro inaudito
Nunca pudo perecer
Pues de comer y beber
Le dió el Padre Serenito”.⁹

El hecho extraordinario está en que el Padre pudo auxiliar al minero, a pesar de saber el poco respeto que le inspiraba, cuando éste estaba atrapado en la mina y sin modo de comunicarse con los de afuera.

En la obra de Valentín Frías, tenemos leyendas de carácter religio-

⁸. Lanuza, Agustín.—Opus cit., .pág. 243.

⁹ Idem., pág. 106.

so también; en la titulada *La Cruz de los Milagros*, se habla de un hecho prodigioso. Después de la milagrosa aparición del apóstol Santiago, los indígenas labraron una cruz de cantera a la que veneraban; esta cruz, según la leyenda, se movía obedeciendo a causas sobrenaturales: "En ese mismo año hubo día que tembló treinta y tres veces. Coincidió con este suceso, que en ese año quitaran los indios de Nuevo México, la vida a treinta y un religiosos seráficos por odio a nuestra Santa Fe".¹⁰ Además se dice de esta prodigiosa cruz que midiendo originalmente cinco varas "creció hasta alcanzar siete varas de alto".

Valentín Frías es un autor demasiado sobrio; sus narraciones, que él llama leyendas, no tienen el atractivo que poseen las de otros autores, y eso que dispuso de un material suficiente para crear narraciones más llenas de vida, más sugestivas; consigna en algunas de ellas, hechos que encierran en su contenido visos de prodigio, pero casi pasan desapercibidos por la forma fría de narrarlos; en la leyenda del Portal de Dolores todo lo prodigioso de la narración se resume a lo siguiente: habían llegado a Querétaro unos misioneros y naturalmente predicaban contra el pecado; "...más he aquí que cuando estaba más enardecido en profetizar el castigo del cielo para los que hacían burla de la religión oyóse un ruido extraordinario en las entrañas de la tierra, haciendo temblar hasta los edificios, en vista de lo cual el auditorio lloraba y dándose golpes de pecho, postrados en la tierra, pedían a grandes voces misericordia..."¹¹

Una leyenda más en que la devoción mariana logra milagros, la tenemos en la titulada *La Patrona de Querétaro* narrada de una manera objetiva y de crónica; la patrona de Querétaro es conocida como Nuestra Señora del Pueblito y de ella se cuenta que "...esta Soberana Imagen lloró en diferentes ocasiones y que sudó veintidós veces siendo testigo en algunas de éstas el citado Cura Zamora..."¹² pero lo maravilloso está en el siguiente milagro atribuido a la Imagen y, sin querer pecar de incrédulos, creemos ver demasiada exageración en los hechos, aunque se citan testigos: "...estando el R. P. Provincial del convento grande de San Francisco de esta ciudad, Fray Andrés Picazo, rezando el oficio divino en la sacristía, la tarde del 11 de febrero de 1769, fué acometido por el relojero Manuel de la Carrera, quien le disparó *quince tiros descargando* sobre él *cuatro pistolas* que traía así como varios golpes con las pistolas y algunas puñaladas con un puñal que al intento llevaba; y sin embargo de esto, escapó de la muerte mediante la invocación de esta milagrosa imagen que en el lienzo allí estaba en el muro".¹³

Un soldado no iría mejor armado a un combate que este relojero; insistimos en que tal hecho pudo haber ocurrido pero no en la forma

10 Frías, Valentín.—Leyendas y tradiciones queretanas. Querétaro 1900, pág. 13.

11 Idem., pág. 122.

12 Frías, Valentín.—Opus. cit., pág. 172.

13 Idem., pág. 174.

en que lo cuenta el autor, pues "quince tiros" son muchos para que una persona escape con vida.

En la leyenda *El Señor de la Portada* tenemos un tipo de narraciones muy frecuente; aquél en que el Todopoderoso por medios prodigiosos da a conocer su voluntad de que se le rinda homenaje en determinado lugar; en la presente leyenda consignada por Frías, se cuenta que un religioso veía todas las noches frente a una imagen de Cristo una misteriosa luz:

"Refiriendo que a deshora
Poco después de la queda,
Una antorcha luminosa
Observaba de su celda
.....
Centelleando noche a noche
Junto a la imagen aquella
.....
E inspirado por aquello
Proveyendo al día siguiente
Puso al lado de la imagen
Un farol de luz ardiente,
Que desde entonces ahora
Se observa constantemente.
.....
De esta manera esta imagen
Dió a conocer a este pueblo
Su voluntad a que luego
Así culto se le diese".¹⁴

Altamirano y Eduardo Ruíz, refieren una leyenda del mismo tipo que la anterior en la que se revela la voluntad divina; la leyenda de ambos autores es más o menos la misma con algunas variantes; es el caso en que un animal de carga llevaba entre otras cosas, una imagen divina (de Cristo en la leyenda de Altamirano, de la Virgen en la de Ruíz) y llegando a determinado lugar no quiso el animal avanzar un paso más, tomándose como un hecho que ponía de manifiesto el mandato superior de que en ese sitio se le diese culto a la imagen mencionada; en la narración de Altamirano se sitúan los hechos en un lugar cercano a Amecameca y la leyenda se conoce con el nombre de *El Señor del Sacro Monte*; en la versión de don Eduardo Ruíz los acontecimientos se desarrollan en el pueblo de Zitácuaro.

En la obra de Roa Bárcena, tenemos una leyenda de tema religioso pero tratado con bastante fantasía; se trata de la leyenda *La Princesa Papatzin*; en ella el tema religioso no nos ofrece la realización de un milagro, o la salvación de alguien por intervención sobrenatural

14 Frías, Valentín.—Opus. cit., págs. 283-284.

o bien la demostración de la voluntad divina para que se le prodigue culto; es algo completamente distinto y fantástico. La princesa Papantzin muere pero vuelve del sepulcro para dar a conocer a los suyos una visión que tuvo durante su supuesta muerte y en la que se le revela la próxima llegada de los conquistadores, pero sobre todo, el anuncio de una nueva religión a la que debería someterse; la visión de la princesa es de lo más fantástico que se pueda imaginar; un ser, para ella misterioso, la conduce a través de su extraño viaje:

“Bella la faz y grande la estatura,
cual la nieve que manchas no consiente
era blanca su larga vestidura
y como el claro sol resplandeciente.
Dos alas y ceñida a la cintura
lleva, y esta señal le ví en la frente:
(diciendo así con arte peregrino
su diesta de la Cruz formaba el sino.

.....
“Dios la existencia prolongarte quiere,
dice el joven tornando a hablar conmigo,
porque de la mudanza que se opere
en tu infeliz nación seas testigo.

.....
Los que allí ves llegar rubios varones
de noble faz en ademán guerrero,
tras recio batallar, esas regiones
conquistarán al filo del acero

.....
Terminada la lid, baño sagrado
que las impuras almas regenera
se ofrecerá al gentil de Dios llamado
y habrás de recibirlo la primera”.¹⁵

Algo que se pide al género legendario es que los hechos que se narren, así sean fantásticos no rebasen los límites de lo verosímil; aquí se narra un hecho:—la resurrección de la princesa— que realmente está fuera de ese límite; puede muy bien aceptarse que la princesa haya intuído la existencia del Dios único que no conocía, como sucedió a pensadores de la antigüedad, de un Dios que no era ciertamente ninguno de los que veneraban sus hermanos de raza, pero esta revelación la pudo tener en sueños o cuando más en un éxtasis; lo que se hace difícil de creer es que haya estado muerta y después regresara a la vida; lo más probable es que los curanderos de la corte le suministraran un brebaje que la tuviera inconsciente por algún tiempo. Por todo esto

¹⁵ Roa Bárcena, José María.—Leyendas mexicanas, cuentos y baladas del norte de Europa y algunos otros ensayos poéticos. México 1862, pág. 165-166.

pudo colocarse la presente leyenda en el capítulo que habla de lo maravilloso pero por participar en ella un personaje del mundo cristiano, —como lo es el ángel— creímos conveniente incluirla dentro de lo religioso cristiano.

En Peza el elemento religioso cristiano es más frecuente y en ocasiones está mezclado —como en la leyenda de Margarita la Tornera— con lo sentimental amoroso. En la leyenda *El Callejón del Ave María*, Isabel es una doncella devota que ama a un hombre que es ateo; éste la quiere obligar a huír y es entonces cuando interviene el poder divino al que la joven ha invocado:

“Te desconoce; es ateo,
no va de tu cruz en pos;
nos separan a los dos
de un abismo los horrores;
lo adoro y de sus amores
sálvame tú que eres Dios”.

Al negarse Isabel a huír con su enamorado, éste:

“Saca Marcilla un puñal
y cuando herirla imagina
ve que todo se ilumina
con una luz celestial.
Una mujer sin igual
que describir no osaría,
surge en la estancia sombría,
se interpone entre los dos
y grita Isabel: “¡Por Dios
Ampárame!, Ave María”.¹⁶

En este caso se trata de la aparición sobrenatural de un ser superior. En el mismo autor tenemos una leyenda más de carácter religioso, la titulada *El Señor del Rebozo*, sugestiva y poética; se cuenta en ella de una monja muy piadosa y penitente que por las noches acostumbraba llevar rosas a una imagen de Jesús Nazareno; la monja enferma, y no le preocupan tanto sus males como no cumplir con su devoción hacia la imagen; entonces se realiza el prodigio:

“Vió después abrirse un muro
y aparecer en la celda
la imagen que veneraba
noche por noche en la iglesia.
Acércose el Nazareno
y con voz dulce y serena:
“He venido a verte —dijo

¹⁶ Peza, Juan de Dios.—Leyendas históricas tradicionales y fantásticas de la Ciudad de México. París-México, pág. 47.

porque estás sola y enferma,
aún en mi altar se mantienen
ardiendo las mismas ceras
que tú encendiste, y las rosas
que me llevaste están frescas”.

“Señor no salgas —le dijo
con voz lacrimosa y tierna—
¿Cómo ha de mojar la lluvia
tu sacrosanta cabeza?
Nada tengo que ofrecerte,
mira cuán pobre es tu sierva,
pero toma este rebozo
de mi santo amor en prenda”.¹⁷

A la mañana siguiente la monja amaneció muerta y vieron los del convento:

“Al Nazareno, mostrando
del raro prodigio en prenda,
sobre su cuerpo el rebozo
que usaba la monja aquella”.¹⁸

Tal suceso aconteció según el autor en la iglesia de Santa Catalina de Sena; González Obregón también consigna la leyenda anterior, pero en su carácter de historiador amante de la verdad, deshace lo que de milagroso tiene, para darnos la verdad de los hechos; este autor acepta como más verosímil la versión de un José Antonio Rojas que “... encarándose con las personas crédulas, les dice: ustedes conservan en Santa Catalina de Sena un Jesús de talla, que iba por las noches a visitar una niña a la Enseñanza y guardan el paño del rebozo que la inocente le tapaba para que no le diera el sereno”.¹⁹ Es decir, que no hubo tal milagro, sino que fué una niña la que cierta vez cubrió la imagen de Jesús con un rebozo, puesto que las monjas no usaban tal prenda, en cambio sí la llevaban “las niñas que servían a las monjas”. De cualquier manera que haya sido, la leyenda es una de las mejores de Peza, por su delicadeza y exquisita poesía.

A grandes rasgos consignaremos otra leyenda de Peza de tipo religioso, como lo es la *Virgen de la Piedad*, acaecida en la segunda mitad del siglo XVII; un fraile es enviado a Roma para encargar a uno de los mejores pintores un cuadro de la Virgen de la Piedad; el tiempo pasa y el fraile debe regresar, sin que el pintor haya terminado la obra; durante la travesía el cuadro se “pinta solo”.

¹⁷ Idem., págs. 55-56.

¹⁸ Idem.

¹⁹ González Obregón, Luis.—Las calles de México. Tomo II, pág. 126.

En la obra de don Juan Mateos, tenemos un ejemplo más de la influencia de Zorrilla en lo que a temática se refiere; en efecto, Zorrilla en su leyenda *El desafío del diablo* trata el tema de la religiosa que enamorada trata de fugarse del convento con el hombre que ama; antes de salir se encomienda a Dios e implora su ayuda, con lo cual obtiene ser salvada de la falta que iba a cometer:

“Y antigua costumbre justa
la hicieron arrodillarse
ante la santa escultura
del Divino Redentor.
Mas ¡cielos!, cual fué su angustia
cuando al querer levantarse
sintió que una mano enjuta
la asía por los cabellos.
Y una voz más ruda,
más poderosa que el eco
que con el trueno retumba,
que la dijo “¿Dónde vas?”
enojada e iracunda”.²⁰

Y en Mateos leemos:

“Trémula, perdida, loca
el ara llorando deja,
tierna compasión provoca
rotos el manto y la toca
forzando airada la reja
quiere salir, sus querellas
le han trastornado, ¡oh que a visto
que vuelven en pos sus huellas
CRUZADOS EN LAS ARMELLAS
LOS BRAZOS DEL SANTO CRISTO...”²¹

Insistimos en que la influencia del autor español es sólo temática; las protagonistas de una y otra leyenda tienen semejanzas pero también diferencias; ambas tienen en común el entrar al convento obligadas por la voluntad de su padre o su hermano; en la leyenda de Zorrilla, Beatriz es la que le da ánimo a su enamorado para la fuga; es decidida y valiente, en cambio en la leyenda mexicana la novicia es una doncella dócil y tímida que sólo intenta huir presa de la desesperación de ver a su amante en el momento en que comete un crimen; esta diferencia es natural y procede del diferente carácter de la mujer española y de la mexicana: aquélla es pasional, impulsiva, ésta es más

²⁰ Zorrilla, José.—Obras completas. Tomo I. *El desafío del diablo*. Pág. 511.

²¹ Mateos, Juan.—Romances y leyendas. *El Cristo de las Armellas*. México 1875. Págs. 234-235.

tímida. Así mismo el final de las dos leyendas es diferente; en la de Zorrilla el seductor se arrepiente y entra en un monasterio, como lo hacen muy frecuentemente sus personajes; por el contrario el personaje de Mateos es ejecutado; de las novicias, la del español se queda en el convento, la del mexicano pierde la razón; vemos como es ligera la influencia de Zorrilla y como la leyenda mexicana es más trágica; es la única de carácter religioso de las de Mateos.

El llano del diablo, leyenda de Riva Palacio, es una de las más atrevidas por su fantasía; no la citaremos toda porque su contenido se estudiará dentro de lo maravilloso; hablaremos solamente de un episodio para demostrar que el sentido religioso-cristiano que se traduce en la patente intervención de seres superiores, tiene lugar también dentro de las leyendas de este autor. El episodio que citaremos nos habla de un viejo dado un tanto a las hechicerías que decide casar a su hija, no con un apuesto y rico noble, sino nada menos que con el diablo; va a celebrarse la boda y para el efecto se reúne lo más escogido de la corte infernal; la joven implora la ayuda del cielo y se salva de tan terrible enlace:

“Y al mirarse en esa hora
entre la turba precita
besando la cruz bendita
el nombre/Dios implora. /de
Al oír el nombre santo
que de aquellos labios brota
la legión que se alborota
retrocede con espanto”.²²

La truculenta turba persigue a la joven y:

“Y cuando ya sin consuelo
medita que le da alcance,
y no tiene en aquel trance
más esperanza que el cielo,
un corcél rápido llega
que ante sus plantas se humilla,
salta la dama a la silla
y en manos de Dios se entrega”.²³

Está tratado el tema con una fantasía un poco fuera de lo religioso; esta leyenda más que hacer resaltar lo milagroso de la salvación de la joven, nos hace fijarnos más en el aspecto “diabólico” de la narración, pues se insiste mucho en él; baste fijarse en los siguientes versos:

²² Riva Palacio, Vicente.—Tradiciones y leyendas mexicanas. El llano del diablo. México 1922, pág. 117.

²³ Riva Palacio, Vicente. Opus. cit., pág. 118.

“Alzan grita los nahuales
al ver que duendes y brujas
retozan en las agujas
que limitan los corrales.
Y con asquerosas alas
de murciélagos gigantes
los dragones repugnantes
lucen sus feroces galas...”²⁴

En otra narración el autor relata también un suceso milagroso en una leyenda más poética, que respira fe sincera y sublime; nos referimos a *La cuna de nieve*. A la protagonista le es robado su hijo por una vieja hechicera, la cual intenta matarlo; la madre angustiada invoca la ayuda de la Virgen y obtiene de ella un milagro:

“Levanta el rostro entonces
y con sorpresa admira
una mujer reflejo
de la virtud y el bien
su pecho se dilata,
con expansión suspira,
levántase repuesta;
y la mujer la mira
y —Ten valor, la dice,
que yo te amparo, ven”.²⁵

Después de que el pequeño es salvado, vuelve la madre a tener una nueva visión:

“Es perfumado y tibio
el vagoroso ambiente
hay flores delicadas
del niño en derredor,
y al fondo de la gruta
se mira refulgente
la imagen de la dama
que la amparó clemente,
la Madre de las madres,
la Madre del Señor”.²⁶

Esta leyenda puede ser una creación personal del autor, pues en ningún momento dice haberla tomado de la tradición popular; además, es bastante fantástica y en lo referente a los milagros siempre se ha guardado cierta reserva, diríamos más bien cierta cautela; en esto la misma Iglesia es bastante escrupulosa. Por otra parte, si hubiera sido

²⁴ Idem.

²⁵ Idem., pág. 243.

²⁶ Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit., pág. 252.

un milagro que realmente hubiese ocurrido, se darían datos exactos como lugar, fecha, nombres de los personajes, etc., y al no darse, queda como leyenda de inventiva personal.

Hasta aquí, si bien los sucesos que se han narrado son demasiado extraordinarios, conservan como carácter principal el de la religiosidad por encima del fantástico; son sucesos extraordinarios pero siempre se trata de poner de manifiesto la omnipotencia Divina; ahora tenemos una leyenda referida por don Eduardo Ruíz en la que el carácter religioso subsiste, pero está por debajo del fantástico, tal como sucede en *El llamo del diablo* de otro autor ya mencionado.

En su obra, *Michoacán Paisajes y Leyendas* referente a la época de la conquista, narra don Eduardo Ruíz, una leyenda sobre la persona de Fray Juan de San Miguel, un franciscano virtuoso, caritativo y, según la leyenda, autor de varios milagros, entre otros el de volver a la vida a una joven y el de hacer que volviera a correr un río que se había secado; en éste último es en el que cremos ver que se da preferencia a lo fantástico sobre lo religioso. Sufría la provincia de Michoacán una fuerte sequía y los habitantes indígenas pensaban "...que celeso Satanás de los triunfos de la nueva religión, se vengaba cegando las fuentes que apagaban la sed de millares de cristianos y que servían para las piscinas del bautismo".²⁷ Fray Juan de San Miguel organiza una procesión con la imagen de la Virgen para rogar porque un milagro hiciera correr de nuevo las aguas en el río: "Sumerge en el agua bendita el hisopo y lleno de fe y de unción esparce una lluvia de rocío sobre la calcinada roca..." luego viene lo fantástico: "Una espantosa detonación sacude las ondas sonoras del aire, y el eco la repercute terrible y prolongada en las sinuosidades del enjuto cauce. Se oye en la roca algo como la caída de un cuerpo colosal de un ser invisible impregna el ambiente un nauseabundo olor, como las emanaciones sulfurosas de un volcán (olor característico del diablo). Y es fama que de la negra sima se desprendió una forma horrible, como la piel de un pulpo gigantesco, y que al pasar frente a la efigie de la Virgen, tropezó en las rocas y una honda huella quedó grabada en el peñasco duro y frío, la huella de una rodilla, la rodilla del diablo".²⁸ El río volvió a correr; pero como se podrá observar, se ha prestado mayor atención a la parte fantástica, a la aparición impresionante y terrible de Satanás bajo la figura de un pulpo gigantesco que destilaba un olor infernal, que al milagro mismo.

Respecto a la figura de Fr. Juan de San Miguel se cuenta otro milagro: que hizo brotar agua de una roca; la explicación de estos milagros nos la da el mismo autor citado al opinar sobre los de otros misioneros, pero tal opinión podemos relacionarla perfectamente con la figura de este fraile; al ver los indígenas la vida de sacrificio y de ver-

²⁷ Ruíz, Eduardo.—Michoacán, Paisajes, tradiciones y leyendas. México, 1935, pág. 203.

²⁸ Idem., pág. 205.

dadera caridad cristiana que llevaban estos misioneros, no es extraño "...que haya despertado en el corazón de los sencillos aborígenes un amor infinito hacia sus bienhechores, que la memoria de estos haya venido trasmitiéndose de generación en generación y que se les ATRIBUYESEN milagros que indican la fe y la veneración que entré los indios disfrutaban..."²⁹

Un ejemplo más claro de esta veneración de los indios hacia los misioneros, que les hacía verlos como seres superiores, la tenemos en la leyenda que se refiere a Fr. Jacobo Daciano; iba este religioso a confesar a un indio principal de Zacapu en una noche tormentosa y al llegar junto al moribundo...: "...los indios quisieron recogerle la capa que la lluvia había empapado enteramente; pero el padre Jacobo se apresuró a quitársela él mismo y la tendió en un rayo de sol (no obstante que era de noche y llovía) que en aquellos momentos rompía las nubes, ardiente y esplendoroso".³⁰

El autor personalmente no concede mucha veracidad a todos los actos prodigiosos que de los misioneros se narran: "Todos los cronistas refieren los frecuentes éxtasis de los misioneros y su elevación sobre el suelo. Es digna de disculpa esta piadosa credulidad".

(Lo religioso cristiano en los autores mexicanos y en los españoles está tratado de diferente modo; en los primeros los temas religiosos se traducen en la mayoría de los casos en milagros, en apariciones sobrenaturales, hechos extraordinarios, como hemos visto: frailes haciendo brotar agua de las rocas, monjas que son salvadas de su perdición por la participación directa de la Virgen o del Todopoderoso. En los autores españoles, estos actos prodigiosos también están presentes, pero al lado de ellos se trasluce un sentimiento religioso profundo y bien arraigado.) Zorrilla es el que más hechos extraordinarios narra, pero tienen al mismo tiempo una religiosidad menos ostentosa y más delicada; hemos mencionado ya *Margarita la Tornera* pero además de ésta, tiene otras muchas narraciones de este tipo en las que lo religioso se traduce en hechos sobrenaturales, como la muy conocida *A buen juez mejor testigo* en la que el Cristo de Toledo habla en favor de Inés de Vargas al apelar ésta a la imagen como testigo del juramento que le hiciera Diego Martínez de casarse con ella; en *El desafío del diablo*, una imagen de Cristo impide a una monja abandonar el convento; en la leyenda *El testigo de bronce*, que es una variante de *A buen juez mejor testigo*, vemos como una imagen en bronce de Jesucristo se presenta a declarar la culpabilidad de don Juan que ha dado muerte a traición a Germán de Osorio por viejas rencillas familiares; es impresionante la aparición: ante la sepultura de Germán está la justicia y el acusado, el cual niega haber cometido el crimen; se le amonesta a jurar sobre los Evangelios su inocencia:

²⁹ Ruiz, Eduardo.—Opus. cit., págs. 237-238.

³⁰ Idem.

“Cuando recias, secas, cóncavas
dos aldabadas se oyeron . . .

“Jamás se invoca en vano
el favor de los cielos soberano:
en una calle a mi mansión contigua
murió Germán; testigo del villano
crimen fui yo; mas véngale mi mano;
Yo soy el Crucifijo de la Antigua”.³¹

Por lo anterior se verá que Zorrilla tiende también a hablar de sucesos fantásticos y extraordinarios y que al reproducirlos logra crear un ambiente que impresiona y sobrecoge; pero al lado de estos sucesos, aparatosos, diríamos, podemos observar un sentimiento religioso, delicado y profundo, que se manifiesta en versos sinceros e inspirados:

“Señor, yo te conozco, la noche azul serena
me dice desde lejos: Tu Dios se esconde allí
pero la noche oscura, la de nublados llena,
me dice más pujante: Tu Dios se acerca a ti”.

“Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo
prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor
prestadme amenos bosques, vuestro feliz murmullo
y cantaré a par vuestro la gloria del Señor”.³²

Y no es sólo el sentimiento religioso lo que se manifiesta, sino también la fe y la convicción firme; no transcribiremos otro ejemplo, pero sí podemos decir que este aspecto de creencia bien arraigada lo encontraremos en una leyenda del mismo autor titulada *El Talismán*.

En Bécquer se manifiesta lo religioso también por medio de milagros, o más que eso, por hechos fuera de lo común; por ejemplo en *El Cristo de la calavera*, dos nobles se batían en un duelo delante de un nicho que guarda una imagen de Cristo en una calle de Toledo; este escenario es típico de las leyendas españolas y lo veremos en varias de las de Zorrilla (*Para verdades el tiempo para justicias Dios* y *El Testigo de Bronce*); los dos caballeros se batían ante el Cristo y “... apenas se habían tocado los aceros y antes que ninguno de los dos combatientes hubiese podido dar un solo paso o intentar un golpe, la luz se apagó de repente . . .” cuantas veces se iniciaba la lucha, la luz se apagaba, y se encendía nuevamente cuando la suspendían, por lo que los nobles

³¹ Zorrilla, José.—Opus. cit. Un estigo de bronce, pág. 533.

³² Idem.—Cantos del Trovador. 2a. Ed. Madrid 1851. Las píldoras de Salomón, pág. 322.

lo tomaron como aviso del cielo que no quería "...permitir este combate, porque es una lucha fratricida".³³

Los dos personajes de la leyenda de Bécquer al abandonar ese duelo y al darle a un hecho común y corriente (toda vez que como en la misma narración se dice, la causa de que la luz se extinguiese podía ser "...alguna ráfaga de aire que ha abatido la llama al pasar) al dar, decimos, a ese hecho visos de sobrenaturalidad, y al suspender el duelo, no demuestran ser poco valientes o supersticiosos, sino simplemente ser personajes de la época —Edad Media— temerosos de Dios y atentos a obedecer cualquier aviso sobrenatural o que a ellos les pareciese sobrenatural.

La Edad Media fué una época turbulenta por las continuas guerras que tenían lugar en toda Europa, lo cual hubiera podido originar una depravación de las costumbres y un materialismo perfectamente explicables y consecuentes de la situación, si no hubiese existido esa profunda fe religiosa, esa ardiente caridad cristiana que salvó a los espíritus. En la Edad Media los sucesos, como el narrado por Bécquer, deben haber sido frecuentes y relatados como absolutamente ciertos; sólo en esa época pudieron originarse y sobrevivir después como leyendas. Goethe ha dicho "El milagro es el hijo más amado de la fe"³⁴ y en una época en que la fe era fuerte y poderosa muchos debieron ser los sucesos que se tuvieran por milagrosos; en Europa la época de la fe lo fué la Edad Media, en América lo fué la época colonial que no es sino la correspondiente —no cronológicamente sino sustancialmente— de la Edad Media europea. En la actualidad, estas narraciones que dan momentos de solaz y hacen pensar al mismo tiempo en la omnipotencia y misericordia Divinas, no serían acogidas desgraciadamente con igual éxito que en épocas pasadas debido a las corrientes positivistas por las que ha pasado la humanidad desde la época medieval hasta los tiempos actuales.

El cristianismo de que venimos hablando lo hemos presentado como una característica romántica y por lo tanto literaria; pero en las leyendas mexicanas a más de este elemento literario, observamos una característica peculiar y perfectamente explicable en lo que se refiere a la forma como el pueblo toma la religión católica. En sus fiestas, en sus actos piadosos, a los que inspira una devoción sincera y verdadera no está ausente la nota pagana; esto no es sino una supervivencia de viejas y antiguas costumbres y más que costumbres, aspectos del carácter del pueblo que no pueden borrarse y desaparecer de un día para otro; es por ello que vemos junto a prácticas religiosas la supervivencia de creencias supersticiosas. Juan de Dios Peza en una de sus leyendas pone de manifiesto este hecho:

³³ Bécquer, Gustavo Adolfo.—Obras completas. Tomo I. Madrid. El Cristo de la Calavera, pág. 230.

³⁴ Citado por Altamirano, Alberto.—Lo maravilloso en el cuento y la novela. México 1937, pág. 12.

“Lo mismo acuden a misa
al rayar la luz del alba
y se arrodillan fervientes
ante la Virgen sin mancha
como acuden con espanto
a la oscura encrucijada
donde les dicen que cruzan
de noche negros fantasmas.
Lo mismo guardan piadosos
una reliquia romana,
o la medida del cuello
del Santo Señor de Chalma,
que esconden en los pliegues
del ceñidor o la enagua
algún chupamirto muerto,
el colmillo de una iguana,
la semilla de algún fruto,
o toscas piedras labradas
que fingen sapos, serpientes
y otras muchas alimañas”.³⁵

(Este aspecto supersticioso del pueblo mexicano que todavía nos es posible observar en nuestros días, debe haber sido mucho más considerable a raíz de la conquista, cuando se aceptaba la religión católica no por convicción sino muchas veces por conveniencia y dejando a un lado creencias que habían profesado por siglos enteros.) Sobre la forma poco sincera de aceptar la religión nos dice don Eduardo Ruíz: “A millares acudían los indios a recibir el santo bautismo, ora porque creyesen que el cambio de religión los libertaría de las crueldades de los conquistadores, ora porque los sedujeran las virtudes de los religiosos y el amor que ellos les manifestaron”.³⁶ Ese cambio poco sincero y repentino que no podía arrancar de raíz antiguas creencias, ocasionaba que los indígenas frecuentemente mezclaran los dos cultos, el pagano y el católico, ya abiertamente como cuando en las fiestas religiosas ejecutaban danzas tradicionales de sus ritos, o ya subrepticamente, como se nos cuenta en la leyenda llamada *La Diabla*: “En la primera de las expresadas haciendas (la del Jorullo) se veneraba la imagen del Arcángel San Miguel, hecha por un escultor de Pátzcuaro a principios de la conquista, con la peregrina idea de que en vez de tener a sus pies el trasunto de Satanás, de orden de los franciscanos había colocado el artista la horrible escultura de Curita Queri, ídolo que representaba el lucero, adorado por los indios tarascos. Con esto quisieron patentizar los misioneros a los indios que sus llamados dioses no eran más que el mismo demonio. Empero sucedió que los neófitos siguieron

³⁵ Peza, Juan de Dios.—Opus. cit. El callejón de la danza, pág. 132.

³⁶ Ruíz, Eduardo.—Opus. cit. 1935, pág. 360.

practicando su antigua religión... y con el pretexto de adorar a San Miguel, a quien en realidad tributaban culto era a la efigie del lucero, al que llamaban el Gran Potente".³⁷

Creemos que lo religioso-cristiano que resucitó el romanticismo lo hemos puesto de manifiesto como tema casi general e importantísimo de las leyendas y ya hemos visto cómo está expresado éste por hechos prodigiosos y fantásticos, como ciertamente no lo hubieran tratado los neoclásicos, toda vez que estos hechos rompen con las leyes naturales; sólo en el romanticismo pudieron relatarse esos sucesos; ya se ha dicho de esta corriente literaria que lo que buscaba era "Entreteñer la imaginación, SORPRENDERLA y conmover profundamente el corazón por otro medio que los hasta ahora empleados".

b).—LO SENTIMENTAL-AMOROSO.

En el romanticismo se llega a la exaltación del sentimiento como en la época inmediatamente anterior se había llegado al culto de la razón; para el romántico la guía de su vida y de su conducta serán sus sentimientos, como antes lo había sido para otros la razón. No en todos los autores se expresa del mismo modo este sentimentalismo; en unos produce melancolía y tristeza (Bécquer) en otros locura que se manifiesta en actos violentos: suicidio, crimen, sacrilegio, todo causado por el sentimiento, por mejor decir, por la pasión amorosa.

Por otra parte el amor, como naturalmente puede pensarse, no ha sido tema exclusivo del romanticismo, pero sí en esta época fué una especie de dios, el fin único de la vida:

"Es a la vida el amor
lo que al rostro la sonrisa,
lo que a las playas la brisa,
lo que el aroma a la flor.
Escudo contra el dolor
bálsamo para el pesar;
tanto alcanza a dominar
el corazón donde anida,
que sin el amor no hay vida
pues se nace para amar".³⁸

⟨ A través de todas las leyendas vamos viendo como tema central el del amor, no un amor calmado y sin penas; sino el amor que provoca celos y muerte, el amor que conduce al crimen.

El amor en los mexicanos casi siempre va unido a los celos y como consecuencia de este sentimiento se llega al sacrificio o al crimen, como en varias leyendas sucede; como ejemplo de amor y celos que conducen al sacrificio, tenemos la leyenda *La Quemada*, consignada

³⁷ Ruiz, Eduardo.—Opus. cit. 1935. *La Diabla*, págs. 415-416.

³⁸ Peza, Juan de Dios.—Opus. cit. *El callejón del Ave María*, pág. 40.

por Riva Palacio; en ella la pasión amorosa y la de los celos llevan el papel principal de la trama que se desarrolla con sólo el concurso de dos personajes: él, un amante apasionado que sufre a causa de la admiración y de las pasiones que despierta la belleza de su amada; ella, la mujer que para poner fin al sufrimiento de su enamorado, acaba con su belleza para terminar así con sus celos. He aquí el momento en que la protagonista lleva a cabo su sacrificio:

“En rico anafre de plata
sobre el ascua abrasadora
hunde el rostro y desbarata
el armiño y la escarlata
de su faz encantadora”.³⁹

Los celos que llevan al crimen, es la pasión sobresaliente en la leyenda de *La plazuela de los Carcamanes* de don Agustín Lanuza, en la que una mujer entrega su amor a dos hombres, ocasionando que uno de ellos le de muerte y después se suicide; es aquí el caso de la pasión amorosa que conduce al crimen.)

En la muy conocida leyenda de Don Juan Manuel, tratada por varios autores (Riva Palacio, Paz y González Obregón) son los celos los que también conducen al protagonista a asesinar a una persona todas las noches hasta dar con el traidor que le había robado su honor, según el pacto que había hecho con el diablo:

“Pero una vez, no sé como,
pues mi conciencia lo ignora,
el aguijón de los celos
mi corazón emponzoña
.....
ciego entonces, delirando,
.....
Padre, perdón, mi alma impura
al rey del infierno evoca...”⁴⁰

En la versión de González Obregón se nos dice que don Juan Manuel tenía celos de un sobrino suyo: “...celos terribles, tan terribles que una noche invocó al diablo y le prometió entregarle su alma, si le proporcionaba el medio de descubrir al que creía que lo estaba deshonorando”.⁴¹

Los celos eran el motivo que impulsaba a don Juan Manuel a cometer sus crímenes y lo hacía con una crueldad y una sangre fría que sobrecogen: “...Noche con noche salía de su casa; ...se recargaba en el muro, y envuelto en su ancha capa, esperaba tranquilo a la víctima... Brillaba el puñal en las tinieblas, se escuchaba un grito sofo-

³⁹ Riva Palacio, Vicente. Opus. cit. *La Quemada*, pág. 325.

⁴⁰ Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit., pág. 19.

⁴¹ González Obregón, Luis.—*Las calles de México*. Tomo I, pág. 50.

cado, el golpe de un cuerpo que caía, y el asesino, mudo, impassible, volvía a abrir el postigo, . . .subía las escaleras y se recogía en su habitación".⁴²

En la leyenda del *Callejón de la Puñalada* de Juan de Dios Peza, nuevamente se nos presenta el conflicto amoroso de dos hombres, hermanos, que aman a la misma mujer y resuelven tal conflicto con el crimen:

“ . . .que ciegos, locos, celosos,
llegan por fin a las manos
y Mendo que allí tenía
agudo puñal guardado,
lo coge y en un momento
de inmensa rabia, temblando
lo clava de un fiero golpe
en el pecho de su hermano”.⁴³

En las leyendas de los autores españoles los protagonistas al verse engañados por la mujer a quien aman, no siempre actúan del mismo modo; tenemos que algunas veces dan muerte a la infiel y al rival, como lo hemos visto en las leyendas mexicanas, pero otras veces, lo resuelven en una forma más caballeresca: entablando un duelo. Como ejemplo del primer caso tenemos *La Azucena milagrosa* del Duque de Rivas y *Cómo un español se enamoró de una francesa*, de Zorrilla; del primer autor tomaremos un ejemplo en el que don Nuño sorprende a su esposa Blanca entablando una plática cariñosa con un hombre que no es otro que su hermano, pero al que don Nuño cree su rival, merced a las intrigas de su amigo Rodrigo:

“Rodrigo suelta entonces a don Nuño,
que como flecha despedida arranca
y en el seno infeliz de doña Blanca
hundió la daga hasta el dorado puño.
El mancebo de pronto en su defensa,
tarde era ya, sacrificarse quiere,
y el mismo acero lo recibe y hiere
y abre en su tierno pecho herida inmensa”.⁴⁴

Con ello vemos que no sólo el mexicano es cruel cuando es engañado. Como ejemplo del segundo caso, esto es cuando se llega solamente al duelo, tenemos la leyenda de Bécquer, titulada *El cristo de la Calavera* y muchas de Zorrilla, entre otras *Para verdades el tiempo para justicias Dios*, y *Recuerdos de Valladolid*; de esta última, la siguiente escena: don Juan y don Tello aman a doña Ana de Mendoza:

⁴² Idem.

⁴³ Peza, uJuan de Dios.—Opus. cit. El callejón de la puñalada, pág. 95.

⁴⁴ Saavedra, Angel. (Duque de Rivas).—Obras completas. Barcelona 1885. Tomo II, pág. 153.

Don Tello: "¿Y a quien buscábais?
 Don Juan: A doña Ana de Mendoza.
 Don Tello: Reñid pues, que esa es la causa.
 Don Juan: ¡Doña Ana!, ¿qué?...
 Don Tello: Esposa mía.
 Don Juan: ¿Es?
 Don Tello: Será.
 Don Juan: ¿Cuándo?
 Don Tello: Mañana.
 Don Juan: Defendéos bien, don Tello

que la razón es sobrada".⁴⁵

Cuando el hombre es rechazado recurre al suicidio cuando no al crimen; de esta segunda actitud ya se han visto ejemplos; en la leyenda del *Callejón del Beso* se nos presenta el tema del suicidio; el enamorado que no puede obtener como prenda de amor un beso, se priva de la vida:

"...sacando una daga florentina
 que lleva escondida bajo el cinto, *llevaba*
 como un tributo a la beldad divina
 que amó con un amor jamás extinto,
 altivo, fiero y de dolor deshecho,
 diciendo, "Adiós Leonor" la hundió en su pecho".⁴⁶

Este tema del suicidio es muy prodigado en las leyendas y desde luego es elemento romántico; el romántico es un amante apasionado pero al mismo tiempo es un espíritu débil que sucumbe ante el desengaño y la traición, unas veces privándose de la vida y otras perdiendo la razón, que vistos en cierta forma, suicidio y locura son una misma situación dentro de la obra literaria.

El suicidio es la evasión voluntaria del personaje cuando los hechos, la realidad que lo rodean, son superiores a sus fuerzas; cuando ya no puede o no quiere luchar contra ellos, recurre al suicidio. La locura es una forma de morir; en el suicidio muere el cuerpo, en la locura la mente sufre una especie de muerte; el suicidio es voluntario, la locura no lo es, nadie se vuelve loco sólo con desearlo; pero si el suicidio es la muerte voluntaria, la muerte que se da sí mismo el personaje, la locura es la muerte que el autor da a sus personajes. Por esto en las obras románticas los casos de enajenación mental son tan frecuentes, porque es un recurso de que se vale el autor para dar muerte a sus personajes, para deshacerse de ellos.

Ya hemos visto en la leyenda del callejón del Beso el tema del suicidio, que se repite en muchas otras leyendas:

⁴⁵ Zorrilla, José.—Obras completas. París Baudry, Tomo I, pág. 128.

⁴⁶ Peza, Juan de Dios.—Opus. cit., pág. 71.

“Así Arturo, sintiendo que le oprimen
de cruel remordimiento los excesos
ante la enormidad del doble crimen,
se levanta la tapa de los sesos”.⁴⁷

Un poco prosaico el último verso, pero lo esencial es el tema del suicidio. En *La Hermana de los Avilas*, la doncella forzada por sus hermanos se mete de monja pensando que su enamorado ha muerto; pierde el juicio y se suicida; aquí se ha recurrido a las dos formas de evasión: “En efecto, estaba loca, más loca de amor y desesperación en no poder ver ni unirse al único dueño de su vida...”⁴⁸

En las leyendas de Valentín Frías, —una de ellas que ya demostramos que es anécdota— se trata también el tema del suicidio; el título mismo es elocuente: *Elixir contra el suicidio* y en su contenido leemos:

“Mi ruina es segura y cierta

si vos con pródiga mano
no aliviáis con vuestro auxilio
a quien os pide su ayuda,
a quien devora el suicidio...”⁴⁹

Si en los autores mexicanos los dos elementos, —suicidio y locura— están presentes, también lo están en la obra de los autores españoles; en Bécquer lo locura, locura por amor, es tema de varias leyendas, y como algo extraordinario, él que fué un romántico consumado y dió fin a su vida suicidándose, no hace que sus personajes se suiciden. La locura la trata en *La ajorca de oro* y en *El rayo de luna*:

“Cuando al otro día los dependientes de la iglesia le encontraron al pie del altar, tenía aún la ajorca de oro entre sus manos, y al verlos aproximarse, exclamó con una estridente carcajada:

—¡Suya, suya.

El infeliz estaba loco”.⁵⁰

En *El rayo de luna*, Manrique es el tipo del romántico soñador, que busca un amor ideal; había nacido, como dice el autor, para soñar el amor, no para sentirlo. Manrique cree haberse enamorado de una mujer que dará realidad a sus sueños; al darse cuenta de que sólo es un rayo de luna lo que él creía una mujer, pierde la razón:

“Manrique estaba loco; por lo menos todo el mundo lo creía así”.⁵¹

En la obra de Zorrilla el tema del suicidio no es muy prodigado;

47 Lanuza, Agustín.—Opus. cit. La plazuela de los Carcamanes, pág. 157.

48 González Obregón, Luis.—Las calles de México. Tomo I, pág. 79.

49 Frías, Valentín.—Opus. cit., pág. 222.

50 Bécquer, Gustavo Adolfo.—Opus cit. La ajorca de Oro, pág. 68.

51 Idem.—El rayo de luna, pág. 140.

en cambio encontramos con mayor facilidad el de la locura; en Zorrilla los personajes, después de un crimen o de un suceso extraordinario, se arrepienten de sus culpas y entran a un convento; en la *Historia de dos Rosas y dos rosales*, Carlos el protagonista se vuelve loco al creer que Rosa su amada ha muerto; en *El Talismán*, Genaro al encontrar el cadáver de Valentina, pierde también la razón:

“El rápido y terrible
trastorno universal de sus ideas,
sólo este objeto le dejó visible,
y aquel contorno pálido y sangriento,
y aquel rostro agostado y macilento
tan sólo a sus sentidos perceptible,
es la oculta razón de su demencia”.⁵²

El amor muy frecuentemente inspira otra clase de actos violentos, sacrilegios por ejemplo, que podemos encontrar en *La ajorca de oro* de Bécquer y en *El Cristo de las Armellas* de Mateos; en la primera de estas leyendas, el amor de una mujer lleva al protagonista a robar una alhaja de la Virgen; en la segunda de ellas, el protagonista trata de robarse a una religiosa y mata al sacerdote que quiere oponerse a ello; de la segunda leyenda tomaremos el siguiente trozo:

“Ante la tumba y altar
grita osado: Vengo en pos
de Elvira, en mi hondo pesar,
Dios me la quiere robar,
y yo se la robo a Dios.

—Atrás, . . . y su duro acero
deja en el seno clavado
del sacerdote agorero . . .
de negra sangre el reguero
violó el recinto sagrado”.⁵³

Pero no todo ha de ser pasiones violentas y criminales en el amor; muchos autores tratan este sentimiento dándole un matiz más delicado y poético; tenemos tres ejemplos claros de esta variante de lo sentimental amoroso: López Portillo en *Adalinda* y *El Arpa*; Zorrilla en *La pasionaria*.

López Portillo en la leyenda —histórica por el personaje principal de la misma— *Adalinda*, expresa el amor como lo entendieron muchos de los románticos: profundo y único, que al perderse o creerse perdido, determina el fin de la existencia; es un amor tan tanto dañino pues acaba con la vida de los amantes: “Adalinda yacía en el lecho

⁵² Zorrilla, José.—Obras Completas. Tomo I. El Talismán, pág. 410.

⁵³ Mateos, Juan.—Opus. cit., pág. 232.

del dolor. La ^{ausencia} audacia, los temores que le inspiró la suerte de Carlos, acaso el mismo fuego de su amor, habían consumido sus fuerzas en el transcurso de unos cuantos meses".⁵⁴ Las muertes por amor, como sucede en esta leyenda, son muy frecuentes en el romanticismo. En ocasiones los románticos suspiran por un amor ideal que nunca llegan a encontrar y que los hace alejarse del resto de la humanidad; volverse melancólicos y soñadores; este deseo insatisfecho lo observamos en las siguientes líneas del mismo autor:

"... todos ignoraban que había en aquella diosa un corazón, y en aquel corazón el germen de una hoguera que sólo esperaba para encenderse, el contacto de otra alma simpática, el eco de una voz soñada que hiciese vibrar la fibra ardiente y deliciosa del amor".⁵⁵

En *La pasionaria* de Zorrilla, también se expresa poéticamente ese sentimiento: Aurora, una humilde campesina ama al conde Félix; la diferente posición social —más acentuada en aquella época— los separa, pero a la joven le es concedido que por medio de un prodigio se convierta en una pasionaria y pueda de esta manera vivir cerca del hombre que ama:

"He estado junto a tí toda mi vida,
y muero con mi amor cerca de tí;
velada a vuestra vista entre las hojas
de una hermosa y silvestre Pasionaria
fui huésped de esa reja solitaria,
y os ví felices y dichosa fui".⁵⁶

Una característica casi general en las historias amorosas que se narran en las leyendas, es la de tratarse de sentimientos que siempre se ven obstaculizados por determinadas circunstancias; de igual modo, los amores románticos de que se habla en las leyendas son súbitos y apasionados.

c).—LA MUERTE Y LA NOTA DE TERROR.

(El mexicano posee como una característica esencial a su personalidad, la del valor; siempre se referirán del mexicano innumerables actos que ponen de manifiesto su arrojo y su desafío al peligro; en las canciones populares se hablará siempre de hombres valientes, audaces, que no temen perder la vida luchando por algún ideal o bien perderla en defensa de un amor. El mexicano ha sido valiente desde siempre y esto es algo que no perderá por ser un elemento sustancial de su personalidad. En las leyendas que se refieren a los tiempos pre-hispánicos tenemos muestras de este valor de que se viene hablando y que demostraron en muchas ocasiones frente a los españoles.

⁵⁴ López Portillo y Rojas, José.—Novelas Cortas. Adalinda Bibl. Agüeros. Tomo 27. México. 1900, pág. 407.

⁵⁵ Idem., pág. 420.

⁵⁶ Zorrilla, José.—Cantos del Trovador. La pasionaria, pág. 289.

El mexicano es fuerte ante el dolor, heroico y sufrido; no teme morir, y este desprecio a la muerte lo lleva en muchas ocasiones —cambiando su valor en temeridad y audacia— a matar; no teme a morir ni a matar, no teme al acto mismo de morir, pero sí le obsesiona el misterio que hay después de la tumba y es por ello que siempre tendrá en su mente consejas y cuentos de aparecidos. Es ante ese misterio, ante ese mundo extraño y desconocido, que pierde todo el valor de que ha dado muestras ante los vivos y ante la muerte, pero que no puede presentar ante los muertos.)

En la leyenda *La cuesta del muerto*, narrada por Roa Bárcena, se nos pone de manifiesto este miedo que no es sólo temor de ver aparecer ante sí a un muerto, sino es también una superstición exagerada, pero espontánea y natural, que lleva a la persona a rodear a los hechos más comunes de cierto misterio; en la mencionada leyenda se nos presenta a un campesino valiente, que sin embargo con el menor indicio fantasmal y terrible, pierde todo su arrojo:

“Mas si, por ventura, oye
de boca de las comadres
historias de aparecidos
con sus pelos y señales;
si al atravesar el bosque
suenan gemidos distantes,
o estando la noche encima
y él lejos de sus hogares,
fuegos fátuos o luciérnagas
por aquí brillan o arden;
si al salir de algún recodo
con el lego mendicante
de hábito oscuro tropieza
helada siente le sangre,
se le erizan los cabellos,
la lengua se le contrae,
a su voluntad las piernas
dóciles no son cual antes;
se santigua, en sus adentros
clama a los custodios ángeles
y ofrece en solemne voto
~~clama a los custodios~~ altares”.⁵⁷
llevar cera a los

Esto que se dice del campesino de la leyenda bien pudiera aplicarse como algo muy generalizado en los hombres del pueblo, que son valientes pero pierden todo su aplomo cuando de aparecidos se trata.

Como las leyendas tienen en su contenido mucho de la idiosincrasia de los pueblos a que se refieren, necesariamente habíamos de en-

⁵⁷ Roa Bárcena.—Opus. cit. *La cuesta del muerto*, pág. 183.

contrar en ellas el tema de la muerte y la interpretación o por mejor decir, las reacciones que ante ella tiene el vulgo. Hemos visto que lo que preocupa al pueblo no es la muerte, sino la vuelta de los muertos; muy a raíz de la conquista ya circulaban leyendas sobre aparecidos; la conocidísima leyenda de *La Llorona* arranca de tiempos prehispánicos según lo veremos en la cita siguiente, en la que se destaca la nota sobrenatural y terrible:

“Las apariciones de fantasmas vienen del tiempo de los antiguos mexicanos. El Padre Sahagún dice que cuando un azteca veía de noche “unas fantasmas que no tienen pies ni cabezas las cuales andan rodando por el suelo y dando gemidos como enfermo” creía que era signo de mal agüero y que había de morir en la guerra o de alguna enfermedad, o que algún infortunio le había de venir pronto... Todas estas ilusiones eran atribuidas al dios maligno Texcatlipoca...”

La leyenda de *La Llorona* es una de las leyendas más antiguas y populares en nuestro país. Tiene infinitas versiones, e interpretando los códices del Padre Sahagún, la remonta a la tradición de la diosa Cihuacoatl, que se aparecía vestida de blanco y tocada con dos cornucopios cruzados sobre la frente, dando alaridos en el aire...”⁵⁸

Esa será en efecto la forma particular bajo la cual se aparecerá la *Llorona* y será reproducida en las narraciones de todos los autores que de ella se ocupan. Lanuza nos dice que:

... a las doce de la noche,
envuelta en un velo blanco,

y espantada ante aquel acto,
cual si de su propia sombra
fuese huyendo con espanto,
prorrumpe en un alarido
desgarrador, hondo, largo...”⁵⁹

Por su parte Valentín Frías nos dice que: “Se le veía más que correr, volar a cierta altura del suelo, cubierta con un ropaje blanco, descubierta la cabeza con su larga cabellera suelta...”⁶⁰

Juan de Dios Peza nos dirá:

“Salió cubierta en su ropaje blanco
dando al aire la suelta cabellera...”⁶¹

(Así pues, lo relativo a apariciones de fantasmas es un elemento muy arraigado en el alma popular del mexicano, ya que vemos sus ori-

⁵⁸ Campos, M. Rubén.—El Folklore literario de México. Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública. México 1929, pág. 50.

⁵⁹ Lanuza, Agustín.—Opus. cit., pág. 286.

⁶⁰ Frías, Valentín.—Opus. cit., pág. 24.

⁶¹ Peza, Juan de Dios.—Opus. cit., pág. 129.

genes arrancando de los tiempos pre-hispánicos y subsistiendo durante muchos siglos; Rubén M. Campos afirma que: "Las tradiciones y leyendas de la época colonial que se relacionan con muertos y aparecidos, puede decirse que son, en el pueblo, continuación de las de los antiguos mexicanos".⁶²

El tema de las apariciones sobrenaturales es un elemento constante en las leyendas; citaremos solamente algunas de este tipo, en la imposibilidad de citarlas todas ellas.

Lanuza en su narración titulada *El cerro del Meco* nos refiere el caso de un bandido que roba un tesoro dedicado a la Virgen; muere el dicho bandido y vuelve como alma en pena a devolver lo robado; lo interesante es la aparición espectral, la cual se lleva a cabo en un ambiente impresionante:

"...se oían ruidos de cadenas
que arrastraban por el suelo,
blasfemias contra la Virgen,
gritos de rabia y lamentos
y contemplábase alada
e inmensa legión de espectros
que en espantoso aquelarre
rondaban en corvos vuelos..."

Después de que el aparecido le entrega el tesoro a un hombre del pueblo que con él se ha encontrado, desaparece:

"Pues bien; ahora ya puedo
ir a descansar tranquilo;
vé a San Juan, lleva este cofre
y junto con este escrito
entrégalo al capellán
de la iglesia... y dió un gemido,
cual si le hubiesen clavado
un puñal agudo y frío
rompiéndole las entrañas...
y envuelto en un remolino
de chispas, descendió súbito
al fondo del precipicio".⁶³

El mismo autor en su leyenda *El coche de don Melchor* nos da otro caso semejante de apariciones; el ambiente infunde desde luego temor:

'No bien se oye de las doce
la campana/primera, *campanada*
cuando gira en el cerrojo

⁶² Campos M., Rubén.—Opus. cit., pág. 50.

⁶³ Lanuza, Agustín.—Opus. cit., pág. 54.

de aquella casa en la puerta,
pesada llave, y al punto,
larga, aguda lastimera
como el eco pavoroso
de horrible y profunda queja...”⁶⁴

Este aparecido tiene un aspecto más infernal, así como todo lo que lo rodea:

un coche que tira un tronco
de frisiones de piel negra,
por ojos y fauces y orejas
y que un acre olor de azufre
a su raudo paso dejan
y mirando dentro del coche,
entre una fosforescencia,
embozado personaje,
que recatándose muestra
bajo el ala del sombrero
dos pupilas rojas, fieras,
que con brillo inusitado
y dando terror llamean”.⁶⁵

En las narraciones de don Vicente Riva Palacio no podía estar ausente la nota fúnebre y terrible de aparecidos:

que noche con noche, el muerto,
al dar las ocho y sin falta,
viene rondando la calle
sin rumor en las pisadas
y dando tales suspiros
que al más valiente acobardan”.⁶⁶

En su versión de La Llorona, el mismo autor nos da una idea de la superstición de épocas pasadas en las que los temas de aparecidos eran pan de todos los días:

“Tiempos felices aquellos
siempre llenos de milagros
siempre en comercio directo
con alguno de los santos
siempre viendo apariciones
de ánimas que andan penando

⁶⁴ *Idem.*, págs. 131-132.

⁶⁵ Lanuza, Agustín.—Opus. cit., págs. 131-132.

⁶⁶ Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit., págs. 55-56.

**y que dan mucho dinero
de algunas misas en cambio...**⁶⁷

En algunas ocasiones se exagera mucho la nota terrible y se nos dan relatos de hechos sangrientos y de crímenes que son, sin embargo, los que siempre atraerán la mente del pueblo muy dado a retener esta clase de sucesos; en casi todos los autores la manera de tratar estos temas de apariciones de ultratumba es casi siempre la misma, es decir presentándolas en una forma impresionante; pero tenemos que don José López Portillo, si bien en alguna de sus leyendas toca este tema, lo hace sin el fin determinado de causar una impresión de terror; sus apariciones son discretas y hasta un tanto poetizadas; no son las apariciones de muertos que dejan sin aliento a todo aquél que las presencia; se diría que tales apariciones están un poco idealizadas. En la leyenda titulada *El espejo* el protagonista Miguel, la noche de sus segundas nupcias tiene una visión en la cual ve la figura de su primera esposa; la aparición no tiene nada de terrible o espeluznante, como puede verse:

“Y sus ojos espantados se encontraron con aquel espejo que tanto le amedrentaba. Estaba iluminado; de ahí salía la claridad que iluminaba la estancia. La luz era rojiza, y la derramaban cuatro blandones reproducidos en la luna. En el espacio comprendido entre ellos mirábase una cama adornada con blancas colgaduras. Sobre el lecho está Aurora tendida, vestida con su traje nupcial, y con la corona de azahares en la cabeza. Su rostro lívido e inmóvil parecía contraído por gesto de profunda aflicción; y en sus luengas pestañas, que caían sobre las marchitas mejillas, brillaban gotas de lágrimas”.⁶⁸ Nada más delicado que esta visión.

En ocasiones la nota de lo terrible está expresada por el caso muy repetido en la literatura, del personaje que asiste a sus propios funerales; esto es indudablemente influencia española que ha llegado a las letras mexicanas y que podemos encontrar también en la novela de Prosper Mérimé *Las almas del Purgatorio*, en la que don Juan de Mañara asiste a su entierro.

En la leyenda *El capitán Montoya* de don José Zorrilla tenemos esta escena: don César un tipo de calavera donjuanesco, que no es otro que el capitán Montoya, se halla en un templo y ve acercarse un grupo de gente que viene a sepultar a alguien:

“Don César con paso lento
entre la turba mezclado
dirigióse a un enlutado
que oraba en aquel momento.
—¿Quién es el muerto sabéis,
(dijo) a quien rezando están?”

⁵⁷ Idem., pág. 125.

⁶⁸ López Portillo, José.—Opus. cit., pág. 339.

Y él respondió: "El capitán
 Montoya ¿le conocéis? ">>
 Miró la visión horrenda
 una y otra y otra vez
 y nunca más que a sí mismo
 en aquel féretro ve.
 Aquel es su mismo entierro
 su mismo semblante aquél".⁶⁹

Esta misma escena aunque un poco distinta y narrada en otra leyenda la podemos encontrar en la narración de don Juan Manuel:

"Intentó cumplir; (su penitencia) pero no había aún recorrido las cuentas todas de su rosario, la primera noche, cuando percibió una voz sepulcral que imploraba en tono dolorido: —¡Un Padre Nuestro y un Ave María por el alma de don Juan Manuel".⁷⁰ El que esto escuchaba era el propio don Juan Manuel.

En la versión de Riva Palacio de esta misma leyenda tiene lugar una escena semejante:

"Haced bien por hacer bien
 y rezad un Pater-Noster
 por el alma del que llega
 al patíbulo esta noche;
 rezad por don Juan Manuel
 y en cuenta Dios se lo tenga.
 Apenas don Juan escucha
 tan tristes exhortaciones,
 se desploma sin sentido..."⁷¹

En las apariciones de almas de condenados, en algún autor encontramos influencia también de Zorrilla; Lanuza en su leyenda *El coche de don Melchor* nos habla del alma de este personaje que se presenta en la iglesia donde se celebraba una misa por su alma:

"Es en vano que roguéis
 por mi alma si no purgo
 con el eterno tormento
 los males que hice en el mundo.

 y en prueba de que en ardientes
 y terribles llamas sufro
 por mis pecados, y nunca
 en su fuego me consumo,
 tenedme la mano, oh padre...
 y el clérigo siente al punto

⁶⁹ Zorrilla, José.—Obras Completas. Tomo I, pág. 207.

⁷⁰ González Obregón, Luis.—Las calles de México. Tomo I, pág. 51.

⁷¹ Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit., págs. 27-28.

cual si le hubiesen vertido
algún líquido sulfúreo. . .”⁷²

Y en la leyenda *Apuntaciones para un sermón sobre los novísimos* de Zorrilla, leemos que el alcalde Ronquillo quien en vida había cometido innumerables ecrímenes, es sacado de su sepultura por unos espectros:

“Mirando los pecados infinitos
con que manchó su vida y su conciencia
el alma de este juez, y sus delitos
no mereciendo de su Dios clemencia
y en la balanza igual de su justicia
pesando mucho más que su inocencia
la venganza, el orgullo y la avaricia,
al cuerpo infame el Hacedor sentencia
con el alma a sufrir males eternos
por una eternidad en los infieros.”

.....
Refiere tú en el púlpito mañana
lo que has visto esta noche, —y quien osare
dudar de esta justicia soberana
que en este muro nuestro huella vea
y ante esta marca se horrorice y crea”.⁷³

Así diciendo Satanás deja la huella de fuego de su mano en el muro de la iglesia; como se ve existe entre ambas leyendas, cierta semejanza.

Sobre las leyendas que relatan casos de aparecidos y de ultratumba, diremos que es indudable que no tienen una base real y positiva; es decir que no es totalmente cierto todo lo que en ellas se narra; lo más aceptable es que sean fantasías del pueblo tejidas sobre un suceso al que han transformado por completo. Un ejemplo elocuente de estas transformaciones lo tenemos en la leyenda del *Callejón de los Misterios*. En una casa de la ciudad en los comienzos del siglo pasado, se reunían a altas horas de la noche un grupo de insurgentes que planeaba llevar adelante la causa de la independencia de México; como naturalmente obraban con cautela, el vulgo pronto comenzó a tejer las versiones más extravagantes sobre el callejón y la casa:

“Y en los labios de las viejas
corren confusas y extrañas
mil ridículas patrañas
y fabulosas consejas

⁷² Lanuza, Agustín.—Opus. cit., págs. 137-138.

⁷³ Zorrilla, José.—Cantos del Trovador, pág. 309.

y hay quien cuenta que escuchó
 un responso vago, incierto,
 y que por el patib un muerto
 a lentos pasos cruzó.
 Otros con terror decían
 que una monja andaba en pena
 y en noches de luna llena
 junto al Cristo la veían".⁷⁴

Esta superstición y esta facilidad para crear consejas fabulosas, son en ocasiones aprovechadas por personas menos crédulas; la conocida leyenda de la Llorona que durante tanto tiempo ha vivido y que es tradicional en todas las provincias, según nos dice Valentín Frías en su versión no era tal mujer que lloraba la pérdida de sus hijos o el abandono de su hogar; hubo en efecto un crimen y después se dió en que una mujer salía por las noches dando lastimeros gritos. Pero el cronista de Querétaro nos dice qué fueron en realidad estas apariciones: "...existió una mujer llamada Rosalía a quien tocó un marido de costumbres depravadas, el cual en un arranque de celos le dió muerte en unión de sus dos hijitos, y esta era la causa de su penar... Después de sembrar el pavor y espanto en todo el vecindario y siendo el tema favorito de todos los círculos y hogares, por espacio de algunos días, se descubrió por unos paseadores nocturnos que se propusieron cogerla, que era un hombre que portaba una armazón alta revestida de mujer, y la cual le llegaba a las rodillas quedando la parte baja y libre y teñida de negro, para que al correr se viera que el espectro andaba por el viento".⁷⁵

De esta manera nos enteramos que el que se aparecía todas las noches haciendo el papel de la llorona era un ingenioso bandido que "robaba muy a su sabor sin que nadie le estorbase" escudándose en la superstición popular.

Como característica romántica y dentro de este ambiente lúgubre, tenemos la reproducción de escenarios sepulcrales, que es menos impresionante y prodigada que todas las apariciones antes mencionadas. Ya en las citas anteriores cuando hablamos del personaje que existe a su entierro, vimos algo de esto, citaremos otros ejemplos. En la tantas veces mencionada leyenda de Don Juan Manuel hallaremos este escenario sepulcral:

3 en que don Lope reposa,
 2 silencioso en el sepulcro
 1 "...llega y se postra
 4 y compromiendo sollozos,
 3 con la frente el suelo toca,

⁷⁴ Peza, Juan de Dios.—Opus. cit. El callejón de los Misterios, pág. 396.

⁷⁵ Frías, Valentín.—Opus. cit. La Llorona, págs. 25 y sigs.

mientras con amargo llanto
los negros mármoles moja".⁷⁶

En la obra de don Eduardo Ruíz alguna vez vemos reproducido este escenario; un español enamorado de una indígena que ha muerto, llega cerca de su tumba: "Al pasar por la yácata que él creyó una pequeña colina, sus oídos escucharon un débil gemido... ¡Qué ven sus ojos! La joven está allí, inmóvil, lívido el semblante... Se acerca al cadáver cubierto de frescas flores, renovadas no há muchas horas. Los ojos de la doncella están ligeramente entreabiertos: su cuerpo no está rígido. La toma una mano y va a llevarla a sus labios para imprimir un beso...; aquella mano oprime la suya".⁷⁷

En un autor español no podía estar ausente la referencia a lo sepulcral; tenemos un ejemplo de una de las leyendas de Fernández y González:

"Dentro ya del bosque, blancos y solitarios sepulcros se tendían a entrambos lados de la senda; unos eran humildes, otros elevados; el laurel y el ciprés crecían en torno de las tumbas; un prestigio pavoroso llenaba aquel bosque de los muertos".⁷⁸
tal. Madrid 1858. Cap. II, pág. 22.

d) LO MARAVILLOSO.

(El elemento fantástico o maravilloso, como se prefiera llamarle, es una característica casi indispensable de las leyendas; es un recurso literario que cuando se cultiva con mesura da origen a temas interesantes; sobre la conveniencia de usar este elemento en las producciones literarias se ha dicho) "...no cabe duda que es legítimo y hermoso, con tal de apartarse de lo pueril, empalagoso y descabellado. Caben en la literatura todas las manifestaciones de la sensibilidad, de la imaginación y del pensamiento humanos, incluso las visiones y los ensueños, y aún estos de una manera capital, porque una de las funciones más naturales del espíritu es la de soñar, ya sea temiendo, ya desando o ya presintiendo potencias, maravillosa y mundos distintos de cuanto nos rodea. Así es como todas las literaturas han comenzado por la fábula, y así es también como, aun en pleno período de su florecimiento no abandonan el género maravilloso. Si se descartasen de la producción humana todos los libros imaginativos, perderíamos tal vez los mejores, desde Homero y Virgilio, hasta Dante, Shakespeare, Macpherson y Andersen".⁷⁹

En las leyendas más que en ninguna otra clase de composiciones estará presente este elemento de la fantasía, y más aún si tenemos en cuenta el carácter romántico de las mismas, pues: "El romanticismo era demasiado afecto a lo fantástico y a lo extraordinario para no dar

⁷⁶ Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit. Don Juan Manuel, pág. 17.

⁷⁷ Ruíz, Eduardo.—Opus. cit. 1891, pág. 429.

⁷⁸ Fernández y González, Manuel.—El laurel de los siete siglos, Leyenda orien-

⁷⁹ López Portillo y Rojas, José.—Opus. cit. Introducción, pág. 9.

un lugar muy importante en su novela y en su cuento a lo maravilloso.⁸⁰

(No en todas las leyendas se presenta este elemento fantástico en las mismas proporciones, ni tampoco en todas será de la misma índole; respecto a prodigar demasiado lo maravilloso se pide a los autores que no rebasen los límites de lo verosímil.) En cuanto a las diferentes manifestaciones de lo maravilloso, se ha hecho una clasificación acertada que incluiremos aquí:

"...lo maravilloso mitológico, en que se introducen divinidades del paganismo; el fantástico o quimérico en que se presentan duendes, agüeros, hechicerías, etc.; el filosófico, en que se personifican virtudes, vicios, y otras ideas abstractas, como la fama, la envidia, etc.; el cristiano que presenta seres del Cristianismo, como Dios, la Virgen, los ángeles buenos, o por el contrario, los demonios".⁸¹

Habría que añadir a lo anterior lo maravilloso fúnebre; lo maravilloso quimérico, nos parece más acertado designarlo con el nombre que le da Alberto Altamirano: maravilloso necromántico. El filosófico y el mitológico no son frecuentes en las leyendas.

Como temas maravillosos de la literatura europea podemos citar los siguientes, entre los cuales sólo dos o tres encontraremos en las leyendas mexicanas:

"...selvas misteriosas habitadas por un mundo curioso y pintoresco de hadas que bailan a la luz pálida de la luna, de duendecillos que surgen de repente entre los pies del viajante. ondinas que sueñan... damas de belleza maravillosa, perseguidas por encantadores malévolos, ... talismanes, filtros, sortilegios, apariciones, todo un aparato deslumbrante y arrebatador".⁸²

(En las leyendas españolas y mexicanas habrá una diferencia en cuento a los personajes o la índole de este elemento maravilloso; desde luego que en la literatura española, como europea que es, podremos fácilmente hallar los temas que se expresan en el párrafo anterior, no así en las leyendas mexicanas. Una posible causa de esta diferencia de lo maravilloso en una y otra literatura estribará en la diversa ascendencia étnica de uno y otro pueblo.)

Es indudable que si bien el pueblo español ya estaba más o menos definido como raza cuando llegaron los árabes a la Península, no es menos cierto que éstos ejercieron una profunda influencia en el espíritu de los iberos que a la sazón se hallaban bajo la dominación de los godos. Esos siete siglos de dominación árabe permitieron a los iberos el conocimiento de una civilización distinta a la suya, de un pueblo exótico, apasionado y ardiente; los orientales son de suyo dados a la fan-

⁸⁰ Altamirano, Alberto.—Lo maravilloso en el cuento y la novela. México 1937, pág. 85.

⁸¹ Bernaola de San Martín, Pedro.—Curso Superior de Literatura preceptiva. Madrid 1927. Tomo III, pág. 298.

⁸² Altamirano, Alberto.—Opus. cit., pág. 38.

tasía, a lo maravilloso, a la riqueza y al lujo no sólo en lo material, sino aún en la imaginación; todo este acervo inapreciable lo conocieron y dejaron penetrar los españoles. Aún hoy día es posible distinguir restos de esta influencia oriental en el pueblo español que vemos manifestados en bailes y cantos populares. Como reflejos de esta influencia oriental en lo maravilloso tenemos algunos ejemplos en la obra de Fer-

nández y González. En la leyenda *La Torre de los Siete Suelos*, se nos habla de una visión fantástica y sobrenatural que tiene como escenario un jardín de la Alhambra:

“Dícese que todas las noches, al dar el reloj las doce, sale de la torre un caballero moro, jinete en un caballo blanco sin cabeza y precedido por un enorme y lanudo perro blanco, que recorren con la rapidez del relámpago los bosques de la Alhambra, y que al esperar la última campanada de las doce, vuelven a la torre y a su último suelo, del que no vuelven a salir hasta la noche siguiente”.⁸³

Esos filtros mágicos de que nos habla Altamirano están dentro de lo maravilloso necromántico oriental, y encontraremos ejemplos de ello en las leyendas árabes de Fernández y González; en la misma leyenda citada anteriormente se nos presenta a un fogoso moro que vende su alma a Eblis (el diablo de los árabes) a cambio de una pomada hecha de “hiel de un enamorado loco que se ahorcó por una mujer que no le amaba”; este bálsamo le bastaría para acercarse a su amada:

“Cuando quisieres penetrar hasta Zairah, úntate con él las sienes, sobre el corazón, en las palmas de las manos y en las plantas de los pies y pronuncia su nombre”.⁸⁴

Un ejemplo con más contenido oriental será el siguiente:

“Y el mago encendió sus hornillos y sacó del jugo de yerbas extrañas filtros poderosos y escribió con ellos sobre pieles de serpientes signos cabalísticos formando terribles conjuros, y evocó a las hadas del quinto cielo y cuando las vió ante sí, adoró su propio poder... Cuando el mago vió en torno de sí a las hadas, repitió sus conjuros, y el palacio mágico se levantó sobre la Colina Roja, y las hadas fueron a esconderse en sus retretes, en sus jardines, en sus cúpulas y en sus estanques...”⁸⁵

Muy distinto ha de ser lo maravilloso en las leyendas mexicanas; en ellas no encontramos este ambiente oriental, pero en su lugar tenemos otro tan sugestivo y atrayente como lo es el elemento indígena, que dará lugar a temas de exotismo ancestral y de mágico encanto. Es precisamente esta diferente formación racial del español y del mexicano lo que determinará una diferente idiosincrasia y que —particularizando a lo que nos interesa— se reflejará en una distinta concepción de lo maravilloso. Dentro de lo maravilloso característico de lo mexicano encontraremos:

⁸³ Fernández y González, Manuel.—*La Alhambra, leyendas árabes*. Madrid 1856. La torre de los siete suelos, pág. 318.

⁸⁴ Idem., pág. 408.

⁸⁵ Fernández y González, Manuel.—Opus. cit. El alm ade la cisterna.

“.....
 alguna alma en pena sale
 para hacer revelaciones
 de fabulosos caudales,
 que sepultados se encuentran
 desde remotas edades.
 O bien se trata de brujos,
 viejos horribles e infames
 que secuestran a los niños
 y que les chupan la sangre”.⁸⁶

Personajes típicos de la imaginación popular mexicana son esos fantásticos seres conocidos como los “nahuales” los cuales no han desaparecido del todo en la mente del pueblo según hemos tenido ocasión de comprobar de boca de una sirvienta. Se cuenta que estos seres durante la noche celebraban sus reuniones con el objeto de cometer toda clase de crímenes, según atestigua la gente; pero dejemos que Juan de Dios Peza nos hable de estos monstruos imaginarios:

“.....
 los nahuales se juntaban,
 y que asidos de las manos
 frente a horribles luminarias,
 hechas en siniestras piras
 de osamentas hacinadas,
 al rayar la media noche
 daban comienzo a la danza,
 a los gritos de las brujas
 entre endriagos y fantasmas,

 para robarse a los niños
 y en la calleja citada
 entregarlos a las brujas
 que la sangre les chupaban,
 y los exánimes cuerpos
 daban de pasto a las llamas”.⁸⁷

(El pueblo mexicano en su paganismo y aún después de cristianizado fué muy dado a las supersticiones y creía en el terrible poder no sólo de sus falsos dioses, sino de ciertas personas, brujos y hechiceros, a quienes veían con miedo y respeto pues les reconocían un poder oculto para curar enfermedades, así como también para acarrear toda una serie de desgracias sobre aquéllos que no contaran con su simpatía. El brujo es una figura universal en la fantasía de los pueblos, pero “...el brujo en nuestro país se nacionalizó y era conocido con el nombre de Na-

⁸⁶ Lanuza, Agustín.—Opus. cit. Las velas del padre, pág. 198.

⁸⁷ Peza, Juan de Dios.—Opus. cit. El callejón de la danza, pág. 136-137.

hual. Fué el espanto de los campesinos de Nueva España, a quienes hurtaba gallinas, guajolotes o mazorcas de maíz. La imaginación popular los representaba bajo figuras espantosas y extravagantes. Ya era un indio viejo transformado a fuerza de los años en terrible animal. Ya un anciano de ojos escoriados y sin pestañas, de rostro despellejado, de dientes blanquísimos, descubiertos siempre por sonrisa diabólica, con grandes uñas en los dedos de la smanos y de los pies, y cubierto su cuerpo con plumas que la gente vulgar afirmaba les nacía a modo de cabellos".⁸⁸ Estos misteriosos hombres podían tomar la apariencia de diferentes animales; esta es la versión más generalizada y la que hemos oído en la actualidad.

Othón escribió varios cuentos de espantos entre los cuales existe uno con el título de *El Nahual*; en esta narración reproduce el autor la creencia popular del viejo que tomaba la forma de un animal con el consiguiente terror de la gente sencilla que le temía; se dedicaba este supuesto brujo a robar las gallinas, ya que como es sabido tomaba la forma de un coyote. Los campesinos atribuían a un anciano miserable el poder de convertirse en nahual: "...y dicen que se güelve coyote o cualquier otro animal ansina de esos del monte, porque izque tiene pauto con el enemigo malo..."⁸⁹ Othón autor del mencionado cuento, desbarata esta creencia supersticiosa —de igual modo que antes otro escritor había hecho lo mismo con la leyenda de la Llorona— y nos dice que no existía tal transformación del viejo, sino que éste simplemente "...explotaba la credulidad de los sencillos montañeses para hacerse temer y robar a mansalva, con la ayuda del leal y bien amaestrado coyote..."⁹⁰

Hemos mencionado el cuento de Othón porque en él vemos reproducida la arraigada creencia popular en la existencia del nahual, no como un animal cualquiera, sino como producto de la fantástica transformación de un anciano.

Los nahuales y las brujas serán figuras muy solicitadas en las leyendas mexicanas; en la titulada *El Llano del Diablo* las veremos aparecer:

"Desde la elevada sierra
negros fantasmas bajaban,
terribles otros brotaban
de los antros de la tierra.
Alzan grita los nahuales
al ver que duendes y brujas
retozan en las agujas
que limitan los corrales".⁹¹

⁸⁸ González Obregón, Luis.—México Viejo, pág. 202.

⁸⁹ Othón, Manuel José.—Obras. Tomo II. Publicaciones de la Sec. de Educación. México 1928, pág. 41.

⁹⁰ Idem., pág. 42.

⁹¹ Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit., pág. 115.

Si en las leyendas mexicanas hemos encontrado figuras tan fabulosas e irreales como lo son los nahuales, en alguna leyenda española vemos aparecer un monstruo tan impresionante como aquéllos, con la diferencia de que las figuras de estos brujos son ya tradicionales, no así la alimaña de que nos habla Zorrilla en su leyenda titulada *La azucena silvestre*; en esta narración también tiene lugar lo maravilloso, pues dicha alimaña no era sino la persona de Juan Guarino que había sufrido tal cambio por un castigo sobrenatural; he aquí al fantástico animal:

“Era del jerbo y del mono
término o compuesto acaso:
del jerbo tenía el paso,
del mono la formación.
La mirada melancólica
su interior pena esprime
y sus miembros encubría
largo y espeso vellón”.⁹²

En las narraciones fantásticas mexicanas, tradicionales y típicas, es muy frecuente que encontremos profecías reveladas por animales que hablan; esto es característico de lo mexicano y se han repetido estos ejemplos en varias leyendas; en la titulada *La peregrinación de los aztecas*, se dice que un pajarillo los guiaba:

“Un día vió el caudillo
en espinoso arbusto
posarse un pajarillo
de azul plumaje, prófugo
de su natal región;
y oyó que así decía
en los desnudos ramos
cantando: “Al mediodía
vamos aprisa, vamos”.⁹³

Entre las leyendas de los tarascos encontraremos también animales que hablan y que en este caso revelan la próxima venida de los españoles. Un joven iba de caza, “. . . cierta vez que apuntaba con su flecha a una iguana, le habló ésta y le dijo; No me fleches; mira que a tu padre lo sacrificaron y está enterrado en Xacona . . .”, el joven encuentra el cadáver de su padre el cual toma la figura de un caballo, por entonces desconocido de los indígenas: “. . . halló a éste convertido en un animal grande, como venado con una cola larga y cabellera en la cerviz, y oyó que le decía, por ahora no me volveréis a ver, llegará un día en que torne, entonces vosotros huiréis como codornices, y fuese el animal, hacia el oriente por donde vienen los extranjeros”.⁹⁴

⁹² Zorrilla, José.—Poesías Completas. Tomo I, pág. 474.

⁹³ Roa Bárcena, José María.—Opus. cit., pág. 67.

⁹⁴ Ruiz, Eduardo.—Opus. cit. 1935, pág. 32.

(Los duendes son otros personajes fantásticos no típicos de las leyendas mexicanas, pero que sin embargo figuran en algunas de ellas) en la titulada *Los duendes*, de Valentín Frijas, se nos dice sobre estos seres que:

"Nadie llegó a saber su origen, ni el por qué desaparecieron; pues sólo fueron conocidos por sus efectos". La conducta de estos duendecillos sólo conseguía poner de mal humor a sus víctimas, sin llegar a espantarlas, pues se limitaban a apagar velas, echar tierra sobre la sopa, volcar las tinajas de agua. etc. El autor en lo personal deja entrever que no juzgaba del todo imposible la existencia de tales seres: "Estamos en el siglo de las luces y sin embargo, la inteligencia no ha podido llegar a descifrar estos misterios".

Sobre el tema de talismanes y encantamientos citaremos dos leyendas, una narrada por López Portillo, otra por Juan de Dios Peza en la que se deja ver algo de influencia española, de Bécquer, para ser exactos.

En la primera llamada *Adalinda*, vemos como el rey Carlo Magno, al perder a su amante Adalinda, por varios días estuvo abrazado a su cadáver; los cortesanos comenzaron a pensar que algún hechizo desconocido obraba sobre el rey y lo hacía actuar de tal modo, por lo que aprovechando un letargo del monarca revisaron el cadáver y:

"...se vió debajo de la lengua aterida, una gran perla del oriente más hermoso".⁹⁵ Apenas quitado del cadáver el talismán, el rey vuelve a recobrar la serenidad.

En la narración de Peza, una de las mejores de su obra, se nos habla de una laguna en la que existía un hechizo; tal como acontece en la leyenda *Los ojos verdes*, de Bécquer. En la leyenda mexicana, el que se sumergía en tales aguas y tocaba sus arenas quedaba preso del encantamiento:

"Dicen que cuando alguno
se posa en sus arenas,
queda encantado y con extraña forma,
y el que a buscarlo va, jamás lo encuentra".

Cierta ocasión en que una joven princesa indígena se disponía a tomar un baño en la laguna, fué observada por un desconocido enamorado:

"Sin conceder más tiempo
de que sus formas vea,
herida en su pudor la altiva joven
se sumerge en el agua con violencia

.....
Cruzaron varios soles
por la azulada esfera,
y nadie supo el postrimer destino
de aquella humana y púdica azucena".⁹⁶

⁹⁵ López Portillo y Rojas, José.—Opus. cit. *Adalinda*, pág. 409.

⁹⁶ Peza, Juan de Dios.—Opus. cit., pág. 211.

En la leyenda del sevillano se habla también de una fuente encantada, la fuente de los Alamos, en la que vivía un espíritu del mal; Fernando el protagonista, un personaje melancólico y soñador, becqueriano, crea en su fantasía la existencia en esa fuente de una mujer ideal, el espíritu de esa fuente, la cual le promete una felicidad que encontrará en sus aguas:

“Yo no castigo al que osa turbar la fuente donde moro; antes bien le premio con mi amor, como a un mortal superior a las supersticiones del vulgo, como a un amante capaz de comprender un cariño extraño y misterioso”.⁹⁷

Lo que hay de común en una y otra leyenda, es la existencia de un hechizo misterioso, que en un caso actuaba haciendo cambiar de forma a los personajes, y en otro, prometiéndoles un mundo distinto en donde encontrarían un amor diferente, ideal netamente romántico.

Lo maravilloso fúnebre y lo cristiano es lo que más comúnmente podemos encontrar en las leyendas; del primero citaremos unos ejemplos a continuación:

“Llévome de la mano el joven luego
a visitar del río las orillas:
ví huesos calcinados por el fuego
y rotas calaveras amarillas;
oí gemidos de dolor y espanto
que inspiran compasión mueven a llanto”.⁹⁸

En la leyenda de *la Calle de Olmedo* en la que según se cuenta un sacerdote confesó a un muerto, leemos:

“Hallan un antro vacío
que miedo y pavor inspira,
donde sólo se respira
un ambiente húmedo y frío.
Hacia el rincón más sombrío,
el fraile extiende la mano.
Su juramento no es vano,
con asombro extraordinario,
miran todos un rosario
sobre un esqueleto humano”.⁹⁹

En la leyenda ya mencionada en páginas anteriores, *La cuesta del muerto*, tenemos una visión fantástica y fúnebre:

“Por el portillo y en traje
de cristiano, sale un muerto
carga pesada llevándose
a la espalda en un costal

⁹⁷ Bécquer, Gustavo Adolfo.—Opus. cit., pág. 92.

⁹⁸ Roa Bárcena, José María.—Opus. cit. *La princesa Papantzín*, pág. 109.

⁹⁹ Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit., pág. 345.

.....
Mece en infernal balance,
siempre en las espaldas puesto,
el costal para lanzarle,
y a poco desaparecen
muerto y costal y unos ayes
resuenan que con oírlos
para morir se hay bastante...”¹⁰⁰

En los autores españoles la nota fúnebre está también presente; Zorrilla en su narración *Apuntaciones para sermón sobre los novísimos*, nos pinta el siguiente cuadro:

“Por bajo de sus arcos ojivales
pasaron lentamente en dos hileras
aquellas cien fantasmas infernales,
sin que en el templo cóncavo crujiesen
sus misteriosas huellas,
sin que sus sombras proyectar se viesen
sobre los muros desprendidos de ellas”.¹⁰¹

El Duque de Rivas, por su parte en la leyenda *El Aniversario* no desprecia lo imponente de tales escenas para darle un ambiente más terrible a la narración:

“¡Esqueletos...! Envueltos en sudarios
los más; algunos con ropajes ricos
deslustrados y rotos; muchos visten
sayal de San Francisco

Abiertos de la iglesia en suelo y muros
estaban de sepulcros y lucillos
las losas, el silencio era espantoso”.¹⁰²

A lo maravilloso cristiano ya nos hemos referido en páginas anteriores cuando hablamos del sentido religioso en las leyendas; hablamos de milagros y apariciones sobrenaturales. Nos ocuparemos ahora de una figura que también está comprendida dentro de lo cristiano y que no podía faltar en las leyendas; aludimos naturalmente al *diablo*.

Casi todos los escritores representan a este personaje con una característica peculiar: su elegancia. En la narración titulada *La catedral de Colonia* se presenta a Satanás de la siguiente manera:

“Halló la figura apuesta
de un caballero, era el diablo,

¹⁰⁰ Roa Bárcena, José María.—Opus. cit., pág. 186.

¹⁰¹ Zorrilla, José.—Cantos del Trovador, pág. 308.

¹⁰² Saavedra, Angel.—(Duque de Rivas). Opus. cit., pág. 212.

iba de rojo vestido
roja la pluma y la espada,
el rostro descolorido,
el bigote retorcido,
la roja piocha aguzada".¹⁰³

Goethe había hecho antes una descripción semejante; "...un noble hidalgo, con vestido rojo ribeteado de oro, ferruelo de seda recia, la pluma de gallo en el sombrero, y una larga espada de aguda punta".¹⁰⁴ Ambos autores hacen hincapié en la pluma que porta el diablo. En la siguiente cita es en donde con mayor claridad se alude a su elegancia:

"Entró al fin el personaje;
era un hombre corpulento,
de fascinante mirada,
de barba y cabellos crespos.
Correctamente vestía,
sin llevar en el sombrero,
en el calzado y el traje
el más leve desaseo;

elegante hasta el extremo. . ."¹⁰⁵

No todos los autores presentan al diablo de la misma forma; unos, los más, lo rodean de un ambiente imponente y sobrecogedor; otros diríamos que lo toman menos en serio. En la leyenda de *La Catedral de Colonia*, la aparición de este personaje es espectacular y terrible:

"Se oyeron de la tormenta
los espantosos acordes,
con que la noche amedrenta,
y al soplo rudo que alienta
salióse el Rhin de sus bordes.
A la luz del rayo ardiente
que la mar y el cielo toca,
se vió al diablo de repente
como estatua en la pendiente
de una formidable roca".¹⁰⁶

Riva Palacio también nos habla de estas apariciones que se llevan a cabo "al retumbar del rayo" y viene el personaje "envuelto en su lumbre roja".

Por el contrario, don José López Portillo en su leyenda *Un pacto con el diablo*, toma al diablo con más familiaridad; sus personajes no se tur-

¹⁰³ Mateos, Juan.—Opus. cit., pág. 19.

¹⁰⁴ Goethe, Fausto.—Edición de la U.N.A. 1924, pág. 65.

¹⁰⁵ Lanuza, Agustín.—Opus. cit. El diablo en los ejercicios, pág. 177, 2a. Ed.

¹⁰⁶ Mateos, Juan.—Opus. vit., pág. 20.

ban ante la presencia del tentador, por el contrario departen amigablemente con él:

“Don Hipólito: —Si he de ser franco, debo deciros que no me inspiráis una confianza absoluta.

—¿Cómo! ¿Me juzgáis capaz de bajar a la condición de un miserable ratero? Lo que tenéis no pasa de ser una bicoca.

—Os creo capaz de toda especie de diabluras.

—Es claro... como que soy el diablo...”¹⁰⁷

En otro autor ningún personaje ha mostrado tal calma al hablar con el mismo Lucifer; pero la personalidad de este ser es tomada de muy diversa manera y será muy solicitada en la literatura.

El diablo en la literatura; he ahí un tema que podría dar suficiente material para un buen trabajo. El diablo actúa o se le hace actuar de muy diferente forma; unas veces es el tentador que se apodera del alma del personaje y lo lleva a cometer los actos más despreciables; otras veces es el personaje bíblico que se presenta a la hora de la muerte a reclamar a su presa, como sucede en los Milagros de Berceo; otras más es el aliado de los hombres, el que por medio de un pacto, firmado generalmente con sangre, les da riqueza y poder y los hace irresistibles a las mujeres. Esta última forma nos parece que es de las más prodigadas. El maestro Rojas Garcidueñas nos contaba haber leído en los archivos de la Inquisición un proceso en el cual se juzgaba a un fraile que se creía tenía contacto con el diablo. El dicho fraile se expresa de este personaje sin sobrecogerse, sino antes bien como de una persona cortés que no deja de tener, sin embargo, un aspecto impresionante. En este caso el diablo por medio del consabido pacto, ayudaba al fraile en sus aventuras amorosas.

Muchos serán los casos en que podríamos observar la participación del diablo; aquí solamente la hemos mencionado en forma incidental, por ser tema de las leyendas, pero comprendemos que es asunto que requiere estudio especial por su amplitud.

Solamente en uno o dos de los autores mexicanos estudiados podemos encontrar el elemento maravilloso de procedencia extranjera; en la leyenda *La Ciudad Encantada* de Lanuza, observamos esta fantasía que nos habla de una mujer de belleza incomparable y de encantamientos y hechizos:

“El vulgo cuenta en verdad
que cuando en la noche oscura,
un viandante se aventura
por aquella soledad,
aparece una deidad,
de belleza encantadora
que gime, suplica y llora

107 López Portillo y Rojas, Jos.—Opus. cit., pág. 458.

con acento lastimero,
porque la libre el viajero
de aquel sitio donde mora

.....
y ofrece desencantar
una rica población
poniendo por condición
que no torne la mirada,
aunque sufra encarnizada
y tenaz persecución".¹⁰⁸

Un pastor se aventura a ayudar a la dama encantada, pero no puede resistir las tentaciones que le salen al paso y:

"quedóse con estupor
en un peñón convertido
que entre el vulgo es conocido
con el nombre de EL PASTOR".

Es indudable que estos temas no son característicos de la fantasía del mexicano. En la obra de don Juan Mateos podemos encontrar otro caso de lo maravilloso de influencia extranjera y así tenía que ser toda vez que narra un hecho que se desarrolla en un país nórdico, Irlanda, y la fantasía tenía que ir de acuerdo con el espíritu del país. Nos habla el poeta de una hada de belleza maravillosa:

"Era una virgen de amores,
ángel del cielo divino
llevaba cabellos de oro,
dando a su semblante altivo
la majestad esplendente
de un genio..."

Esta visión la tiene el legendario poeta Ossian al cual convida el hada a ir a la tierra de la juventud:

"Llegaron a las arenas
donde choca el océano
y salió de entre las ondas
un hipógrifo; el soldado
asido a sus toscas crines
montó atrevido, y cruzando
con la dama aquellos mares
inmensos y solitarios,
de Juventud a la tierra
lentos de gozo arribaron..."¹⁰⁹

¹⁰⁸Lanuza, Agustín.—Opus. cit., pág. 41.

¹⁰⁹ Mateos, Juan.—Opus. cit. El último de los fenianos, pág. 102.

e).—LO HISTORICO.

(El elemento histórico en las leyendas es considerable, pero no de primordial importancia, puesto que no es precisamente como fuente histórica como están consideradas las leyendas, a las que siendo como son, composiciones literarias, les está permitida la ficción.

De dos modos se presenta lo histórico en las leyendas: 1) tomando como protagonistas a personajes históricos, pero narrando hechos que no son totalmente históricos; 2) en que los personajes y los hechos son históricos.

No se puede decir definitivamente que una leyenda sea estrictamente histórica; siempre habrá algo de ficción o imaginario en ella; muchas veces el autor utiliza a los personajes históricos sólo como motivo de inspiración para escribir poemas históricos, pero en este caso ya no son leyendas. En la leyenda de la *Calle de la Canoa*, Juan de Dios Peza toma la figura de Cuauhtémoc para escribir un poema histórico en el que el patriotismo y el sentido nacionalista del autor son lo principal; se mencionan sucesos históricos, pero sin mayor detalle, sin darle un desarrollo amplio a tales hechos; es una semblanza del rey azteca, que no llega a constituir una leyenda:)

“Flota cual rojiza bruma
vapor de sangre en los lagos
y no amengua los estragos
la muerte de Moctezuma”.

Aquí se ha mencionado ya un hecho histórico, como lo es la muerte del rey de Tenochtitlán, pero se ha dicho sin prestarle atención, sin dar a conocer los detalles de tal muerte; después se sigue hablando del monarca que sucedió a Moctezuma:

“Su faz baña esa luz pura
que revela a un tiempo mismo:
valor, martirio, heroísmo,
genio, bondad y amargura...”¹¹⁰

El mismo autor, en la “leyenda popular” *La sombra de Cuauhtémoc*, logra crear otro poema histórico, por lo que al personaje se refiere, pero en el que entra ya la inventiva personal del autor, pues fantasea bastante con el mismo personaje y narra intimidades de éste cuya historicidad es posible pero no rigurosamente cierta; es un poema histórico en el que se hace la semblanza de Hernán Cortés; él mismo nos abre su corazón, nos presenta los más escondidos sentimientos de su alma; el carácter narrativo esencial a la leyenda está casi totalmente sustituido por la confesión personal, no del autor, sino del personaje. Hernán Cortés, como cualquier ser humano, pudo ser acosado por los remordimientos que le ocasionaran los actos violentos por él cometidos; pero tal actitud no es

¹¹⁰ Peza, Juan de Dios.—Opus. cit. *La calle de la canoa*, pág. 152.

tema requerido por la historia, por lo que queda como fuente de inspiración para los poetas; he aquí cómo, según Juan de Dios Peza, habló el conquistador:

“Algo que jamás se pierde
en la memoria me abrumba;
la sangre de Moctezuma
ni falta, ni me remuerde.
Pero, ¿habrá quien no recuerde
a solas con su conciencia
el mal hecho a la inocencia
la infamia impune y maldita?
¿Si tan sólo Dios da o quita
a su arbitrio la existencia.
Busco por doquiera luz,
pues la oscuridad me espanta,
porque en ella se levanta
la imagen de Guatemuz.
¿No! No protege la cruz
crueldades tan sin medida;
no fui juez, fui un homicida,
y ese cadáver sangriento
lo cargo en el pensamiento
y me acibara la vida”.

Tal parece que Cortés se encontraba arrepentido no tanto por el hecho de haber matado, sino por haber dado muerte a un personaje de la talla del héroe mexicano:

“Eras de la azteca grey,
la fe, la fuerza, el escudo;
luchaste pobre y desnudo
por tu pueblo y por tu ley.
¿Cuál fué tu crimen? Ser rey
y odiar la invasión ibera;
¿Oh Guatemuz, quién me diera
volverte a la vida en calma,
pues llevo dentro del alma
tu patíbulo y tu hoguera!”¹¹¹

La figura de Cuauhtémoc constantemente es evocada en las leyendas mexicanas; en el mismo Peza en varias otras leyendas se le menciona; en *El salto de Alvarado*, narrada por Riva Palacio, también se habla de este monarca mártir.

1).—Hemos dicho anteriormente que de dos maneras se presenta el elemento histórico en las leyendas; citaremos ahora ejemplos de la pri-

¹¹¹ Peza, Juan de Dios.—Opus. cit. *La sombra de Cuauhtémoc*, págs. 196-197.

mera de estas formas, o sea aquélla en que intervienen en la acción personajes históricos, pero se narran hechos que no son totalmente históricos. En la muy conocida leyenda de *El Salto de Alvarado* el protagonista es don Pedro de Alvarado, uno de los más valientes capitanes de Cortés; de él cuenta la leyenda que dió un salto prodigioso por encima de una acequia durante la derrota que los españoles sufrieron a manos de los indígenas, siendo, se dice, uno de los últimos en retirarse; veamos como consigna Riva Palacio esta hazaña:

“Llega por fin, perdida la esperanza,
al borde de la negra cortadura;
la poderosa lanza,
sin reparar profundidad ni anchura.
clava en el fondo, y luego, vigoroso,
al asta fuerte asido,
el otro borde del revuelto foso
veloz alcanza en salto prodigioso”.¹¹²

Don Luis González Obregón consigna este hecho legendario, pero al mismo tiempo y siguiendo su costumbre, nos dice lo que de cierto hubo en tal acto; basándose en documentos históricos hace ver que Alvarado no consumó tal proeza, puesto que las acequias eran muy anchas y profundas para salvarlas de un salto, sino que habiendo encontrado “una viga atravesada en la acequia, *la pasa*, y un vez en el otro lado, monta...”¹¹³

Vemos en esta leyenda cómo han sido alterados los hechos por la imaginación popular para darles un matiz prodigioso.

En la leyenda *La Virgen del Perdón* tenemos otro caso semejante; en ella participa un personaje histórico, el pintor flamenco Simón Pereins, que en el siglo XVII viniera a la Nueva España; juzgado por el Santo Tribunal como hereje se le impone por condena pintar el retablo del altar del Perdón de la primitiva catedral, el cual incluía una imagen de Nuestra Señora de la Merced. Tales son los hechos históricos; pero la leyenda hace aparecer a Pereins pintando una imagen de la Virgen en la puerta de un calabozo de la Inquisición, la cual pintura vista por los jueces los movió a compasión y lo perdonaron, por lo que a la imagen se la llamó de la Virgen del Perdón.

Muchas otras leyendas habrá en que intervienen personajes históricos, tales como las que sobre los primeros misioneros nos narra don Eduardo Ruiz, incluídas ya en el capítulo referente a lo religioso, por lo que no las repetiremos aquí; es este también el caso de las narraciones en que intervienen personajes históricos, pero no son totalmente verídicos los hechos que allí se narran.

Existe un grupo de leyendas en las que participan personajes reales,

¹¹² Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit. *El salto de Alvarado*, pág. 179.

¹¹³ González Obregón, Luis.—*Las calles de México*. Tomo I, pág.

el torbellino tronchando la flor y arrebatándola en sus espirales".¹¹⁴

Al autor no le ha interesado por cierto la personalidad de Carlo Magno dentro de la historia; él la ha evocado con una finalidad literaria solamente.

Don Juan A. Mateos es otro de los autores que se ve atraído por la historia extranjera; tres de sus leyendas versan sobre la historia española y, como en el caso del autor anterior, tiene más importancia para él el aspecto sentimental de sus personajes que el histórico. Tres son las figuras que le inspiran sendas leyendas: Pedro el Cruel, Felipe II y Alfonso el Casto, mencionadas no cronológicamente, sino en el orden en que nos vamos a referir a estas leyendas.

En la leyenda *Don Pedro el Cruel* podemos observar que se alteran un tanto los hechos históricos; desde luego esta leyenda no es lo suficientemente extensa como para narrarnos la vida toda del feroz monarca de Castilla, pero sí lo suficientemente clara y precisa para darnos una caracterización de dicho monarca y de su tiempo; la personalidad terrible el aspecto que de este personaje reproduce el autor no es el del guerrero o del monarca poderoso, lo que al autor le interesa para su narración es el aspecto sentimental; nos lo presenta como un hombre apuesto y apasionado que ama a una sencilla campesina de nombre Adalinda y cuya muerte le impresiona profundamente; veamos como reproduce el autor a la gran figura de la Edad Media:

"...su blancura marmórea, sus grandes y expresivos ojos, su barba sedosa y rubia, y su cabellera larga y blonda, daban gracia y quitaban severidad a su conjunto..." Nos dice también que era un amante afortunado: "Pero ante Carlos, ¿quién podía resistir? Era el huracán soplando sobre débil caña; el torrente arrebatando la arena color de oro; es decir que tuvieron una existencia real, pero no alcanzaron a tener importancia histórica; tal es el caso de la leyenda de don Juan Manuel, tejida alrededor de don Juan Manuel de Solórzano, personaje de la colonia y privado del virrey Marqués de Cadereita; el caso también del Padre Segura protagonista de la leyenda *El crimen de la Profesa*, el caso de doña María de Alvarado, *La hermana de los Avilas*, personajes todos que pudieron haber existido y que de hecho existieron, pero cuya importancia histórica es relativa.

No solamente la historia patria sugiere a los escritores mexicanos temas para sus leyendas: frecuentemente acuden a la historia universal para inspirarse. López Portillo en su leyenda intitulada *Adalinda* evoca la persona de Carlo Magno y teje en torno de él una leyenda de amores; y cruel de este personaje que le valió ser conocido en la historia precisamente como "el cruel" es lo sobresaliente en esta leyenda:

"Terrible, amenazador,
la faz pálida y enhiesta,
la ronca voz descompuesta

114 López Portillo y Rojas, José.—Opus. cit. *Adalinda*, pág. 398.

por concentrado furor.
Tigre de Hircania enjaulado,
sañudo y calenturiento,
de audaz y terrible intento,
por sed de sangre acosado".¹¹⁵

Los hechos históricos en esta leyenda unas veces se presentan alterados con una finalidad poética que no tiene mayor importancia ni daña a la historicidad de los mismos; por ejemplo, según la crónica de Pedro López de Ayala sobre este monarca, éste tuvo amores con doña Aldonza Coronel, que era casada; su marido había sido preso por cuestiones políticas y ella se refugia en un monasterio en donde la conoce el rey.¹¹⁶ De esto se deduce que doña Aldonza no debía ser una "flor de quince abriles" como lo quiere el poeta, el cual la ha representado como una candorosa novicia para prestarle mayor dramaticidad al relato:

"Se exaltó su fantasía
ante las ropas monjiles
de la flor de quince abriles,
virgen de la Andalucía.
Aquella dulce hermosura
tras la reja aprisionada
fué por su mano arrancada,
¡Sacrilego! a la clausura".¹¹⁷

Otro hecho que está alterado en la leyenda se refiere al motivo que tuvo don Pedro para dar muerte al maestre de Santiago, don Fadrique, hermano suyo; aunque hay que decir que cualquier pretexto hubiera bastado para que este sanguinario monarca diera muerte a cualquier persona, como que mandó matar a más del maestre, a sus medios hermanos Juan y Pedro, y a su esposa doña Blanca. En la leyenda se asienta que don Pedro tenía celos de don Fadrique y doña Blanca, de la cual, según el autor, estaba profundamente enamorado, cuando en realidad el gran amor de don Pedro fué doña María de Padilla. Por las siguientes palabras de doña Aldonza, nos damos cuenta de los sentimientos del monarca con respecto a su esposa doña Blanca, según la interpretación del autor:

"De tu corazón se arranca
un ¡ay! de venganza fiera.
Es amor. . . ¡quién lo creyera
tú adoras a doña Blanca!
Del maestre de Santiago
la deslealtad se imagina
y tu esposa allá en Medina
del crimen sufre el estrago.

¹¹⁵ Mateos, Juan.—Opus. cit. Pedro el Cruel, pág. 99.

¹¹⁶ López de Ayala, Pedro.—Crónica de Pedro el Cruel. Rivadeneyra, 1875.

¹¹⁷ Mateos, Juan.—Opus. cit., pá. 98.

¡Incesto vil, y aun la adoras
cuando de amor por ti muero!”¹¹⁸

Esos celos son los que conducen a ordenar la muerte del maestre; pero tal vez el motivo que tuvo don Pedro para matar a don Fadrique no fué de índole sentimental, sino política; en esa época eran frecuentes las guerras civiles y los partidanismos entre los diferentes reinos, no importando el parentesco que pudiera existir entre los monarcas; don Pedro estuvo en constante lucha con la reina doña Leonor de Aragón que era su tía; la misma reina doña María, madre del rey, se enfrentaba a su hijo, entre otros motivos, para apoyar a la esposa de éste, doña Blanca de Borbón, en sus derechos de esposa y evitar así disgustos con la corona de Francia; don Fadrique apoyaba a doña María en contra de don Pedro y esto fué tal vez lo que le causó su muerte.

En la leyenda titulada *El demonio de Mediodía* se evoca la figura sombría del monarca Felipe II; sobre lo que más se insiste en esta leyenda es sobre el carácter taciturno y un tanto cruel del rey que luchó hasta el extremo por acabar con la herejía:

“Aquel cuyo duro pecho
aconsejó el sacrificio
y en fantástico despecho
siempre miró satisfecho
los autos del Santo Oficio”.

Con un poco de fantasía y rodeando a este personaje misterioso de un ambiente un tanto desagradable, nos hace el autor la siguiente descripción:

“Raquítico, despreciable
y cobijando en el lienzo
su horrible lepra incurable,
paseaba el miserable
los claustros de San Lorenzo.

.....
Por eso cuando desgaja
las nubes el vendaval,
de Dios la maldición baja
a la ya desierta caja
que aún pesa en el Escorial”.¹¹⁹

En la leyenda se alteran un poco los hechos; se dice que el rey mandó matar a su hijo Carlos y a su esposa doña Isabel, de quienes suponía el monarca relaciones sentimentales; algo hubo de la conducta de don Pedro con respecto a su hijo, pero no fué precisamente por este motivo.

En la narración de la historia de Alfonso el Casto se habla sobre los amores de la hermana de este rey, doña Jimena, y el Conde Sancho

¹¹⁸ Mateos, Juan.—Opus. cit. Don Pedro el Cruel, pág. 101.

¹¹⁹ Mateos, Juan.—Opus. cit. El demonio del Mediodía, págs. 214-215.

Saldaña, amores a los cuales se oponía el rey y que, sin embargo, culminaron en el matrimonio secreto de los amantes, que fueron los padres de Bernardo del Carpio; hay en esta leyenda historicidad por lo que a personajes se refiere, pero la narración de los hechos está llevada a cabo con cierta fantasía.

2).—Personajes y hechos históricos.

La segunda forma como se puede tratar la historia en las leyendas es presentando personajes de relieve histórico y reproduciendo hechos que realmente sucedieron como se narran.

De la historia antigua de México varios son los temas reproducidos; tenemos primeramente que Roa Bárcena nos refiere en su leyenda *Xóchitl* los amores del rey Tecpancaltzin y de Xóchitl; del hijo de ambos Topiltzin o Meconetzin que fué el último rey de los toltecas y cuyo advenimiento al trono fué acogido con disgusto por el pueblo y principalmente por la nobleza, por ser hijo natural; se hace mención también de una batalla sostenida por los toltecas contra los de Jalisco, en la que muere el rey; el rey pide un plazo para iniciar la guerra:

“Plazo pidió para medir sus armas
con aquella irritada muchedumbre,
y se le concedió, por ser costumbre
de improviso jamás acometer.
Y hacia Jalisco Quauhtli con su gente
la vuelta al punto da. ”¹²⁰

El rey y Xóchitl logran huir, pero después mueren, siendo esta escena un tanto teatral:

“Xóchitl y el rey en sus brazos
van del abismo hasta el fondo”.

La veracidad de esta leyenda la podemos comprobar en obras históricas; don Luis Pérez Verdía nos dice que en efecto hubo la batalla de que se habla y también existieron los amores de Xóchitl y Tecpancaltzin.

Otros temas históricos trata Roa Bárcena en su obra referentes también a la primitiva historia de México; nos habla, por ejemplo, de la *Emigración de los aztecas*, de su *Esclavitud y liberación* y de la *Fundación de México* en leyendas que llevan tales nombres. Estas narraciones de Roa Bárcena con toda propiedad pueden designarse como “leyendas históricas” porque en ellas se combinan con acierto lo literario y lo histórico. Leyendas pueden llamarse porque éstas son composiciones literarias y las narraciones del autor tienen características literarias innegables y que saltan a la vista; desde luego la forma en que están escritas denota que se trata de una creación literaria, pues están narradas en verso, lo cual no sucedería tratándose de una obra histórica. Otro elemento literario es

120 Roa Bárcena, José María.—Opus. cit. *Xóchitl*, pág. 40.

el consignar sucesos tradicionales que pertenecen por entero a la ficción, como lo es la figura del pajarillo que les habla a los aztecas para guiarlos en su peregrinación:

“Y el ave entre las ramas
con dulce melodía
canta y repite: “Vamos,
vamos al Mediodía...”¹²¹

No puede negarse que este es un hecho tradicional que se repetirá siempre que se aluda a la salida de los aztecas, pero no es de ninguna manera cierto. Se puede admitir que los aztecas hayan cultivado la ciencia o pseudo ciencia que consiste en la interpretación del vuelo de las aves o que creyeran poder descifrar el canto de éstas, y en el caso a que nos referimos, pensaron que un pajarillo les mandaba emigrar de Aztlán, lugar donde se encontraban, este episodio es ficticio en cuanto a que les haya hablado el pajarillo, verídico en cuanto a que los aztecas creían en tal hecho. En una palabra: es legendario para nosotros, verídico lo fué para los aztecas.

Como características históricas se narran en estas leyendas de Roa Bárcena hechos totalmente ciertos, tales como la salida de los aztecas de su lugar de origen motivado por la necesidad apremiante que tenían de buscar lugares en donde la existencia fuera menos penosa; se refieren también las luchas que sostuvieron con diferentes tribus, así como actos de suma crueldad por ellos realizados.

Sobre la conquista española hay varias leyendas históricas; don Eduardo Ruiz nos refiere episodios de la conquista de Michoacán en que se pone de manifiesto el valor de los tarascos y se entrelazan al mismo tiempo episodios de carácter amoroso; en el párrafo siguiente se nos habla del conquistador Cristóbal de Olid quien al frente de un ejército de españoles y aliados indígenas entabla una batalla con los de Michoacán, la cual no logró ganar con mucha facilidad:

“El triunfo había costado caro a Cristóbal de Olid, quien no podía menos de admirar la abnegación y heroicidad de aquel puñado de valientes, que no tenía más objeto que el deseo de que no se dijera que su patria había caído en poder de los conquistadores, sin que hubiera un solo hijo que en su defensa no sacrificase la vida”.

La rebelión del famoso Marqués del Valle, ha sido tema de varias leyendas, en las que personajes y hechos son históricos; Riva Palacio en su leyenda *El visitador Muñoz*, y Juan de Dios Peza en la titulada *Los rebeldes*, reproducen episodios eminentemente históricos, tales como la conjuración de don Martín Cortés que en unión de su hermano Luis y del bastardo Martín, y de los hermanos Avilas, así como de otros más, trataron de deshacerse de la autoridad española; se nos habla también del lujo y del poder de que hacía gala el Marqués del Valle, cosa que le oca-

121 Roa Bárcena, José María.—Opus. cit., pág. 67.

sionó más de un disgusto; el proceso de este noble en que se le acusa de traidor, en el cual pronuncia palabras que han quedado como históricas, es también consignado:

“Jamás en mi noble sangre
hubo traidores...”

Síguese hablando de la llegada del visitador Muñoz que fué motivada porque a oídos del monarca español llegaron los desórdenes cometidos en la colonia, visita que sólo ocasionó acrecentar el disgusto que ya existía, por la mano de hierro con que Muñoz creyó hacer justicia. El monarca español, al saber los abusos cometidos por el Visitador, lo destituye de su cargo; al presentarse éste ante su rey y recibir la amonestación consiguiente, enferma gravemente, muriendo al poco tiempo. En la leyenda que se habla de esos sucesos, se fantasea un poco con ellos, sobre todo con la muerte de Muñoz, pues se dice que al recibir el rey a éste con las severas palabras:

“Te envié a las Indias, le dice,
a gobernar como bueno,
no a destruir...”

Muñoz cae desplomado en una silla, y:

“... un lacayo viene
a hablarle, y al ver que quieto
sigue y sin oír, le mueve,
siente rígido aquel cuerpo
y con espanto reconoce
que ya Muñoz está muerto”.¹²²

Lo que ha variado es que en la leyenda se ha presentado la muerte de Muñoz como instantánea al oír las palabras del monarca.

Varios episodios de la historia de México han sido motivo de leyendas, pero no consignaremos todos porque resultaría demasiado largo; someramente hablaremos de algunas leyendas históricas. Don Agustín Lanuza en su narración de inspirado patriotismo titulada *Pípila* reproduce un episodio de la guerra de Independencia en la cual la figura central y legendaria es la de un joven del pueblo a quien se le daba tal nombre; a pesar de la extensión de la leyenda no ocupa este personaje la parte principal de la relación, antes bien se mencionan detalladamente sucesos que tuvieron conexión con la toma de Granaditas; se habla, por ejemplo, de los parlamentarios de Hidalgo y de Riaño para tratar la rendición del fuerte; de la conducta heroica tanto de los insurgentes como del español Riaño y, naturalmente, del valor del Pípila.

El mismo autor consigna en su leyenda *El callejón de la Cabecita* una rebelión habida en Guanajuato en tiempos del visitador Gálvez y en la que pierde la vida uno de los principales rebeldes, Juan Cipriano, cuya

¹²² Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit. El visitador Muñoz, pág. 300.

cabeza se decía que obraba prodigios, lo cual ya cae dentro del terreno de lo ficticio.

Algunos autores, como Valentín Frías y Luis González Obregón, en algunas de sus narraciones hacen labor de cronistas y de historiadores más que de literatos, tales como aquéllas en que nos dan detalles precisos de la fundación de conventos, hospitales, de los primeros teatros, o como en la narración de Frías, titulada *El General Jamás Temió* (Tomás Mejía) en la que nos da un pormenorizado resumen de los hechos militares de este personaje, año por año, mes por mes, lo cual es exclusivamente histórico, por lo que no hacemos mención de tales narraciones, por no tener ninguna de las características de las leyendas.

f).—COSTUMBRISMO.

(Este elemento es uno de los que en mayor proporción encontraremos en las leyendas; en casi todas las obras de los autores estudiados veremos la evocación de costumbres de tiempos pasados, bien se trate de fiestas religiosas o de antiguos ritos paganos o de descripciones de tipos de la sociedad. Lo que más frecuentemente encontraremos será la descripción de fiestas de tipo religioso.

Las leyendas deben su valor, entre otras cosas, a este elemento costumbrista que poseen; pero necesitan, para ser realmente leyendas, tener una trama, desarrollar una acción, como derivaciones que son de la novela; cuando los autores se olvidan de esta acción y prodigan únicamente el relato costumbrista, dejarán de ser leyendas para convertirse en artículos costumbristas. En la obra de Ignacio Altamirano se presenta el caso de que las narraciones sean exclusivamente artículos costumbristas, indudablemente de gran valor, pero que no llegan a formar una leyenda. Lo acertado es que en las leyendas, es decir, en el desarrollo de la narración, se incluyan notas costumbristas que le dan a tal narración un valor real, pero tales notas deben ir alternadas con una acción para poder formar una leyenda.

En las leyendas se reproducen costumbres de épocas pasadas, comparándolas en algunos casos con los tiempos contemporáneos al autor; algunas veces esta evocación del pasado se hace siguiendo la tradición romántica de creer que todo tiempo pasado fué mejor, creencia derivada de la inconformidad con el presente, de esa inadaptación social de los románticos; en otros casos la evocación de ese pasado no siempre se hace con un sentido de admiración, sino de crítica.)

De la primera de estas dos formas de referirse al pasado, que es la más común, tenemos lo que nos dice Roa Bárcena:

“¡Tiempos de fe y amor! ;Si fuese dado teneros en lugar de los presentes!
Contra sí, contra el cielo se han alzado
en su impiedad las orgullosas gentes.
De Dios y de su ley han blasfemado,

profanan los sepulcros, y dementés
cierran contra los templos seculares
convirtiendo en escombros los altares".¹²³

Eu autor siente nostalgia por otras épocas que fueron más creyentes y devotas y las compara con la época de fobia religiosa que le tocó vivir. Sobre este sello de religiosidad de épocas pasadas insiste Lanuza en una de sus narraciones, dejándonos ver la severidad y lo metódico de la vida familiar de su provincia, que es más o menos igual en todo el país:

".....
a la oración el rosario,
tras el rosario, la cena,
y luego que en la Parroquia
daba la "hora de la queda"
y la joven recibía
las bendiciones paternas,
cada quien como en un claustro
conventual iba a su celda..."¹²⁴

Pero no todos los autores recuerdan con igual entusiasmo la religiosidad de otros tiempos, sino que en ocasiones se rebelan no precisamente contra la fe, sino contra la intransigencia religiosa que se usaba por aquel entonces, cuando el Tribunal de la Inquisición no descansaba en perseguir la herejía. Juan de Dios Peza al referirse en alguna de sus leyendas a estos tiempos de intolerancia, no lo hace añorándolos, sino ante sbien criticándolos:

"Tiempos tristes los pasados,
el rigor era la ley,
cuando ilusos o engañados
eran los hombres quemados
de orden de Dios y del Rey.
Cuando nunca se atendía
el derecho y la razón;
y el que negaba o leía
iba a la cárcel sombría
de la Santa Inquisición".¹²⁵

Muy frecuentes eran los autos de fe celebrados por el Santo Oficio y la ejecución de los reos era llevada a cabo con una solemnidad imponente y motivo de atención de todo el pueblo:

"Que en balcones y ventanas
de las casas del trayecto,
que recorrer deberían

¹²³ Roa Bárcena, José María.—Opus. cit., pág. 204.

¹²⁴ Lanuza, Agustín.—Opus. cit., pág. 283.

¹²⁵ Peza, Juan de Dios.—Opus. cit. La calle del Calvario, pág. 32.

hasta el suplicio los reos,
se pusieran Crucifijos
con verdes ceras ardiendo;
lazos y cortinas negras,

.....
y les previno así mismo,
que aquel que por sentimiento,
por compasión o ternura
en instantes tan supremos
solicitará clemencia
o indulto para los reos,
a las terribles hogueras
fuera arrojado con éstos".¹²⁶

Terrible severidad que no permitía ni siquiera compadecer a las víctimas. Tal era la suerte que corrían los herejes, y puede deducirse cuál sería la de aquellos que predicaban en contra de la religión católica; Valentín Frías en su narración titulada *El obispo protestante* refiere que uno de estos protestantes que había llegado a Querétaro a buscar adeptos, fué obligado de una manera violenta y un tanto cómica a salir de la ciudad:

"Andaba el pobre reverendo como rata atarantada sin poder tomar rumbo determinado, porque le salía la muchedumbre al encuentro con garrotes, cuchillos y piedras".¹²⁷

Las fiestas y personajes típicos de la colonia, forman un material importante del que los escritores saben aprovecharse para ambientar su obra; las fiestas de que hablan en las leyendas casi son todas de carácter religioso-popular: procesiones con motivo de la festividad de algún santo o para implorar la gracia Divina; otras veces eran fiestas de carácter civil, por ejemplo la llegada de un nuevo virrey, el santo de la virreina o el nacimiento de un heredero de la corona real. En todos los autores hemos de encontrar la reproducción de estas fiestas religiosas y no las vamos a consignar todas porque resultaría demasiado largo.

Valentín Frías nos da una detallada descripción de la fiesta del Corpus, fiesta de sabor tradicional que se mantiene viva en la actualidad, aunque sin la solemnidad y la animación de épocas pasadas; nos refiere la majestuosa severidad de otras procesiones como las de Semana Santa, todas herencia de la conquista, las cuales han desaparecido casi por completo quedando algún ejemplo paganizado y desprovisto de ese carácter eminentemente religioso y austero que poseyeron originalmente. En algunas líneas de este autor nos podemos dar una idea de la unidad que en materia de religión se observaba en otros tiempos, pues en las manifestaciones del culto religioso participaban sin distinción todas las clases sociales:

¹²⁶ Idem. *El cacahuatal de San Pablo*, págs. 104-105.

¹²⁷ Frías, Valentín.—Opus. cit., pág. 51.

.....
Las calles en que seguía
su curso la inmensa masa
mirábanse como nunca
revestidas y adornadas:
inmensos arcos de tule
con amapolas de grana.

.....
Era el pendón conducido
desde la siniestra casa
de Cabildos hasta el templo
que a San Hipólito guarda.

.....
Quedaba el pendón expuesto
hasta la nueva mañana

128 Frías, Valentín.—Opus. cit., pág. 41.

despertaron los vecinos
entre repiques y salvas.
Celebrábase la fiesta
del Pendón denominada
en que con lujosa pompa
entre picas y oriflamas
iban oidores y alcaldes
con bastones y con mazas
detrás de altivo jinete
uniformado de gala,
que vanidoso y contento
en la diestra tremolaba
el pendón que don Hernando
Cortés trajo a Nueva España.

“Rompía la marcha la banda militar tocando dianas; seguía un piquete de tropa con arma rendida, luego la banda de caballería con un piquete de gastadores elegantísimos...; luego los gremios con sus estandartes, seguían los estudiantes con sus becas a la usanza de la época... en seguida las comunidades con sus trajes propios de la Orden; después el I. Ayuntamiento bajo de mazas lo mismo que el Cabildo eclesiástico de igual manera; y por último, las principales autoridades y el Sr. Obispo...”¹²⁸

Una fiesta que durante muchos años fué especialmente animada en la colonia, fué la llamada “fiesta del pendón”, celebrada el 13 de agosto de cada año para recordar el día en que Cortés logró vencer a la monarquía mexicana:

“Llegóse el trece de agosto
y al despuntar la mañana

en que con gran pompa
al Cabildo le tornaban. . . ”¹²⁹

La llegada a la capital de un nuevo virrey era motivo de gran regocijo para los habitantes de la Nueva España y de la animación y la alegría de estas ceremonias nos habla Juan de Dios Peza en su leyenda *La Cruz Verde*.

No solamente había de interesar a los escritores la reproducción de costumbres de la época colonial; algunos de ellos nos hablarán de las fiestas y ritos paganos de los indígenas de México; don Agustín Lanuza en la narración que nos hace sobre la legendaria laguna de Yuriria describe con detalle —y acentuando el carácter nacionalista de la misma por el empleo de voces indígenas —los ritos reglamentarios que precedían al sacrificio de una víctima:

“Una multitud creciente
llega del dios hasta el ará,
y el fiero “Tloque Nahuaque”
de la boca desmedrada,
abre sus fauces enormes
sedientas de sangre humana.
Con olorosas resinas
zahuman del dios la cara,
y como el mar agitado
rumorosas se levantan,
millares de roncadas voces
que extraños cantos exhalan.
Llevan nobles y caciques,
regias túnicas y capas
con el brillante plumaje
de los tzintzunes bordadas
sobre los cascos de cuero,
flotan las plumas gallardas
del erizado quetzali,
del cardenal escarlata,
las de los áureos faisanes
y las nieves de las garzas”.¹³⁰

Síguese después el acto mismo del sacrificio en que a la víctima le es sacado el corazón.

Sobre la reproducción de personajes típicos, habría bastante que hablar por la variedad inmensa que pasa ante nuestra vista a través de todas las leyendas: los severos oidores del Santo Tribunal, el calavera donjuanesco, el estudiante poco estudioso y más libertino, el paciente fraile, el arrogante militar, la elegante dama de la aristocracia asis-

¹²⁹ Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit. El tornito de Regina, págs. 355-356.

¹³⁰ Lanuza, Agustín.—Opus. cit. La laguna de sangre, pág. 265.

tiendo devota a sus ejercicios piadosos, el empleado público, etc., etc., tipos todos admirablemente reunidos para ambientar las narraciones de los escritores. Los tipos populares son, sin embargo —tal vez por más pintorescos—, los que más llaman la atención de los escritores y ponen mayor cuidado en su caracterización: el charro, la mujer del pueblo, al lado de los danzantes de complicada indumentaria, son algunos de los tipos descritos con mayor minuciosidad. Del primero se encargará de presentarlo don Vicente Riva Palacio:

“Bordado con oro y plata
tendido sombrero ostenta,
que cuadra a su polvorienta
y ancha blusa escarlata.
La pistola en la cintura
con la canana ceñida
la calzonera prendida
con rica botonadura.
De colores matizado
lleva el zarape vistoso
y el duro fuste lujoso
con hierro y plata incrustado”.¹³¹

Don Agustín Lanuza nos pintará a la “señora” de provincia que refleja en su vestimenta la bonanza de la época:

“No se diga la “señora”
cuánto garbo en el andar,
calzado bajo de raso,
y de encaje el delantal,
rica franela masona
que mirábase brillar,
salpicada de monedas,
“gargantilla” de coral,
“zarcillos” con piedras finas,
“cintillos” de oro además,
y rebozo “ametalado”
luciendo como casulla
o capa archiepiscopal”.¹³²

La estampa folklórica de los danzantes es también descrita por el mismo autor:

“Visten los indios sus trajes
vistosos y abigarrados
luciendo gallardas plumas
en sus enormes penachos,

¹³¹ Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit., pág. 101.

¹³² Lanuza, Agustín.—Opus. cit. La ciudad encantada, pág. 44.

con espejuelos y cuentas
y con cintas adornados.
Portan todos tunicelas
de terciopelo o de raso
que les dan a las rodillas
y cuajadas de bordados,
y usan medias de colores,
y cacles como calzado.

Bailan al son del rasgueo
de las guitarras, con paso
entre todos uniforme,
rítmico y acompasado".¹³³

Cuando uno de los autores aquí estudiados reproduce la historia de los indígenas, creemos que por momentos no parece estar totalmente concentrado en la época, las costumbres y el carácter de los pueblos a que se refiere, pues deja escapar expresiones como la siguiente, dicha por la hija de un sacerdote de los aztecas: "¡Qué hacer, Dios mío!"¹³⁴ Ciertamente que tal expresión no estaría en labios de una indígena que no poseía el conocimiento de la existencia de un solo Dios; en páginas posteriores procede el autor con más acierto, al poner en boca de los personajes expresiones que van más de acuerdo con su carácter: "¡Los dioses te conserven!"

Personajes típicos y queridos en nuestro país, que dan un sello particular y distinto, son los descritos anteriormente y que al lado de nuestras costumbres deben perdurar por ser el alma de nuestro pueblo. Acertadamente un autor ha dicho:

"Las costumbres forman leyes
que van de edad en edad,
que tienen hondas raíces,
imposibles de arrancar.
Son como el alma del pueblo,
con su sello pertinaz,
son su historia, son su vida,
y nunca se olvidarán.
Pero el día que se logre
de los pueblos arrancar
sus costumbres y su historia,
ese, por siempre jamás
pierden los pueblos su patria
y su nacionalidad".¹³⁵

¹³³ Idem. *El señor del Buen Viaje*, pág. 310.

¹³⁴ Ruiz, Eduardo.—Opus. cit. 1891, pág. 96.

¹³⁵ Lanuza, Agustín.—Opus. cit. *El Señor del Buen Viaje*, pág. 312.

CAPITULO V

FORMA DE LAS LEYENDAS

Entre las obras de los escritores que hemos tomado en cuenta para nuestro estudio, existen algunas escritas en prosa y otras en verso; en el presente capítulo estudiaremos el estilo propio de cada autor para narrar las leyendas, así como los diversos metros empleados cuando de obras poéticas se trate. Comenzaremos por las obras en prosa.

(El estilo en que están relatadas las leyendas será diferente en cada autor, puesto que constituye la parte más personal de la creación literaria; sin embargo, en todos los escritores la forma narrativa es común, ya que es la requerida por esta clase de composiciones. En las leyendas se emplean las dos formas de narración conocidas: la directa —en la que el autor va relatando los acontecimientos— y la indirecta —por medio de la cual hace actuar y hablar a los personajes— la cual le presta mayor atractivo a las leyendas, pues le da mayor movimiento a la acción)

Valentín Frías, Eduardo Ruiz, González Obregón, Altamirano, y López Portillo, son los autores que escriben sus leyendas en prosa, alcanzando algunos de ellos —Altamirano y López Portillo— gran inspiración.

La obra de don Eduardo Ruiz es de carácter eminentemente histórico por su contenido, pero por la forma en que está narrada, tiene mucho de literario; su estilo no es el de una obra histórica, esto es, demasiado sobrio y sin adornos de ninguna especie; por el contrario, este autor narra los sucesos prestando atención no sólo a los hechos mismos, sino adentrándose en el alma de sus personajes y expresándose en ocasiones con una prosa lírica, algo que por cierto no interesaría particularmente a un historiador. Algunos ejemplos ayudarán a darnos cuenta del estilo literario de este escritor:

“La flauta continúa emitiendo sus flébiles armonías, sus armonías agrestes salidas de en medio de la selva; como notas de una música celestial. La superficie del lago poco antes tersa y tranquila, se ríela en infinitas ondas al contacto de las vibraciones de la flauta, y se ven temblar en el fondo las brillantes imágenes de las estrellas. .”¹

Como ejemplo de la atención que el autor presta a la personalidad íntima de sus personajes podremos citar el siguiente trozo perteneciente a la leyenda de Fray Martín de Jesús:

“Mas en medio de sus sermones, se acordaba de aquella mujer que

¹ Ruiz, Eduardo.—Opus. cit. 1891, pág. 88.

había traducido sus pensamientos en su primera predicación en Tzintzuntzán, recordaba la mirada fulgente de la joven fija en él como una chispa sin fin que se infiltraba en su pecho. Aquel recuerdo hacía palidecer más su semblante, hacía brotar el sudor de su frente, su voz era trémula y un estremecimiento extraño corría por todos los miembros de su cuerpo. . .”² Líneas son estas propias de un novelista; un historiador se hubiera limitado a decirnos que Fray Martín sentía especial predilección por la joven, sin ahondar más en su ánimo.

Don Luis González Obregón es otro de los autores que sabe combinar en sus leyendas el fondo histórico con la forma literaria; su prosa es fluida y, como ya dijimos al hablar de este escritor en capítulos anteriores, su estilo es en ocasiones familiar, sin llegar a lo prosaico. Alguna vez, para ambientar mejor su obra, reproduce el habla de la época a que se está refiriendo, logrando con esto que el lector se sienta transportado a esa época. A este lenguaje se le ha dado el nombre de “fabla” porque es la reproducción, en muchos casos irregular, de la antigua forma de hablar, que no siempre se revive con la exactitud que exigirían autoridades en filología, pero que ayuda, sin embargo, a ambientar los hechos. Tal sucede en la leyenda *La hermana de los Avilas*:

“Tuvo María de Alvarado, que así se apellidaba la doncella. . .” “En esto interrumpióse ella misma, porque se oyeron pasos. . .” “. . .frunció enojoso las sus pobladas cejas”.³

En el diálogo entre los personajes, el autor logra dar ligereza, como cuando reproduce los corrillos callejeros:

—Refrene su impaciencia y escúcheme.

—Soy todo oídos.

—Ha de estar vmd. que los señores canónigos fueron, como es costumbre, al Real Palacio, con el santo fin de dar ceniza al Exmo. señor Virrey, pero éste ha tenido el atrevimiento. . .

—¿De resistirse a tomarla?

—¡Quía, cosa pero, les ha dado a sus reverencias a antesala. . . un plantón de padre y señor mío. . .”⁴

En Altamirano y López Portillo el caso es distinto; en ellos el elemento literario en el estilo es primordial; éste es inspirado, su estilo tiene bellas imágenes y su prosa llega a ser una prosa poética; López Portillo tiene en sus narraciones trozos poéticos bellísimos y elegantes; no sólo en el estilo se manifiesta el valor literario de la obra de ambos autores, sino aun en el contenido mismo.

En *Las palmas*, artículo costumbrista de Altamirano y de carácter descriptivo, logra este admirable paisajista comparaciones felices y vigorosas; hablando de las palmeras, el autor las ve: “. . .trepando hasta la altura para dar sombra al nido de las águilas o para colocar en la punta

² Ruíz, Eduardo.—Opus. cit. 1935, págs. 135-136.

³ González Obregón, Luis.—Las calles de México. Tomo I, pág. 72.

⁴ González Obregón, Luis.—México Viejo. Una burla al Santo Oficio, pág. 512.

calva y rojiza de un peñón de pórvido su penacho flotante, que lo hace aparecer como un guerrero petrificado. . .”⁵

López Portillo, en su estilo, deja ver mucho el aspecto romántico de su personalidad, romanticismo derivado de otro admirable prosista: Bécquer. La prosa lírica del autor mexicano puede juzgarse en el siguiente trozo de una de sus leyendas:

“Palidieron sus mejillas, como flores sin sol; amortiguóse el brillo de sus ojos, como astros velados por nube espesa; perdieron el carmín sus labios rojos como claveles marchitos, y su voz débil y trémula sonaba como un soplo”.⁶

En las descripciones de paisajes, López Portillo sabe conducirse con igual maestría:

“El hemisiclo de la costa parecía ceñir las aguas con un abrazo amoroso; levantábase a lo lejos el Vesubio, sacudiendo al viento su penacho de humo, como un inmenso incensario encendido en honor del Altísimo; risueñas islas manchaban acá y allá el limpio espejo de las aguas; y las olas de zafir, corriendo hacia la playa, semejaban rebaño de ovejas alborozadas en anchísima llanura”.⁷

En la obra de este autor, tanto el contenido como la forma de sus leyendas pertenece por entero a lo literario; es un ejemplo de leyendas como composiciones literarias sin fondo-histórico y no por ello sin valor; su valor literario es indiscutible y la lectura de estas bellísimas narraciones despierta mayor admiración por uno de los escritores de mayor relieve en las letras mexicanas.

OBRAS EN VERSO

En el estudio de las leyendas en verso habremos de encontrar otra característica romántica propia de estas composiciones y en general de todas las escritas por autores románticos: la diversidad de metros empleada no solamente a través de todas sus obras, sino aún dentro de una misma composición; en las leyendas hay una gran variedad de metros, casi todas las combinaciones métricas, de las más elegantes a las más ligeras; veremos octavas reales e italianas, silvas y cuartetos, al lado de quintillas y redondillas.

Una particularidad más del romanticismo es la restauración del romance como metro digno de figurar en las obras de gran envergadura; en diferentes épocas al romance se le consideró como un metro vulgar sólo propio para las canciones populares; pero el romanticismo supo sacar partido de este metro típicamente español y le volvió a dar un puesto importante en la versificación. : El Duque de Rivas hace un estudio de los orígenes del romance y aboga como buen romántico por el empleo de este metro menos culto que otros, pero de inestimable valor, y sobre todo

5 Altamirano, Ignacio M.—Paisajes y leyendas, pág. 40.

6 López Portillo y Rojas, José.—Opus. cit. El espejo, pág. 308.

7 López Portillo y Rojas, José.—Opus. cit. El arpa, pág. 416.

hace resaltar —siguiendo la corriente nacionalista y patriótica del romanticismo— su sabor español:

“Es ciertamente extraño que en esta época de ensanche, y acaso de regeneración (en que la poesía, rompiendo los estrechos límites de reglas arbitrarias, aunque respetadas por un siglo entero, pugna por volver a su origen, dejando a un lado la servil imitación de griegos y latinos, y buscando inspiraciones propias en épocas más en armonía con las sociedades modernas), no haya renacido con muchas ventajas el romance octosílabo castellano. Pues buscándose en los tiempos feudales y en los siglos caballerescos los asuntos y el colorido de la poesía actual, ningún otro metro podía encontrarse más a propósito, como castizo y original, como nacido en la época misma de los héroes que ahora se celebran... y como el más adecuado, en fin, por su sencillez, facilidad y soltura, a todos los tonos de la poesía y por lo tanto a los atrevidos, variados y desiguales vuelos del romanticismo”.⁸

Un prólogo valioso es éste, que nos habla entre otras cosas de la temática del romanticismo, así como del deseo de los románticos por restablecer el romance, cosa que a la postre consiguieron; en las leyendas estudiadas, el metro más prodigado es el romance.

La variedad métrica empleada por los autores mexicanos es igual a la usada por los españoles; sin embargo, en la obra de Zorrilla hay una diversidad de metros amplísima; en alguna leyenda juega, por decirlo así, con los metros y emplea en ritmo descendente, desde el verso de catorce sílabas hasta el de dos sílabas; la *Azucena Silvestre* es la narración en la que podemos observar lo anterior; el mismo autor a manera de título del capítulo, declara ser “un capricho” la forma en que está escrito, capricho sólo permitido a un autor romántico; empieza el autor con versos largos:

“¡Ay triste del viajero que pierde su camino
por el espeso bosque donde extraviado fué...!
y van disminuyendo progresivamente las sílabas hasta llegar a versos de dos sílabas o de una aguda que es lo mismo:

“Cuanto
existe
niebla
triste
puebla
ya”.⁹

Pero no queda allí todo; el autor una vez que ha llegado al mínimo posible de sílabas, sigue su “capricho” ahora en sentido inverso, esto es, partiendo del verso de dos sílabas y aumentándolas progresivamente hasta llegar al de catorce sílabas con el que había comenzado.

⁸ Saavedra, Angel. (Duque de Rivas).—Opus. cit. Prólogo.

⁹ Zorrilla, José.—Obras Completas. La azucena silvestre, págs. 468 y sigs.

En la leyenda *Un testigo de bronce* encontramos nuevamente esta versificación libre y un tanto juguetona de que ha hecho gala el autor; pero en esta segunda leyenda hay algo más importante: la preponderancia que el fondo tiene sobre la forma; las formas métricas empleadas en esta narración son utilizadas para traducir; para reproducir con mayor exactitud un estado de ánimo. Se nos habla del sueño fantástico de uno de los protagonistas y de los efectos angustiosos que le produce; los versos van disminuyendo de longitud como un reflejo fiel de la pérdida de energía que el personaje va experimentando; vamos sintiendo al par que éste, la angustia que lo va invadiendo, su desvanecimiento, su falta de aliento, al tiempo que los versos van teniendo un ritmo descendente y como de algo que se extingue; es una especie de impresionismo que más que hacernos fijar en la narración nos hace sentir materialmente las sensaciones de que se habla; pero más que todo lo que podamos decir nosotros, se verá con mayor claridad en la cita de algunos versos:

“Cual extendiendo se iban en su mente
 las truncadas palabras anudando,
 que el gallardo mancebo que soñaba
 imaginaba con su afán luchando
 que su pesada lengua pronunciaba

.....
 Ciego, desmayo:
 ya como el rayo
 rápido voy.
 Ya no siento
 cómo giro,
 ya no hay viento
 en mi redor

.....
 ni puedo
 camino
 buscar,
 ni sé
 si acaso
 podré
 mi paso
 parar.
 Sin duda
 caeré,
 lo creo,
 lo sé,
 lo veo,
 mi sino
 tal fué

caí... ”¹⁰

¹⁰ Roa-Bárcena, José María.—Opus. cit. Xóchitl, pág. 17.

Zorrilla José.—Obras Completas. pags 515-516

Ciertamente que en los escritores mexicanos no encontraremos tal movimiento en la versificación, pero sí podremos hablar de la variedad de metros por ellos empleada.

Roa Bárcena en su leyenda titulada *Xóchitl* o *La ruina de Tula* nos ilustrará sobre la libertad de que supieron hacer uso los poetas mexicanos en cuanto a la versificación dentro de una misma composición. La introducción está escrita en sextillas:

“Si en las tranquilas siestas
del abrasado estío,
llegáis en las florestas
o en el asilo umbrío
de rica o pobre alcoba,
mis cantos a leer...”

Ya en la narración de la leyenda emplea el romance, y para el diálogo la quintilla:

“—Mucho tu afán ha logrado
en lo que el regalo encierra;
mas si en fruto delicado
el precio tiene pagado
de tus sudores la tierra”.

Para expresar conceptos que deben ir revestidos de una mayor solemnidad, usa el romance heroico o endecasílabo que es más elegante y se presta mejor para vertir ideas un tanto sublimes como las predicaciones hechas por el sacerdote Huemantzin:

“Cuando haya cuatro siglos que su antigua
patria dejó el tolteca, y a la augusta
silla un joven de crespas cabellera,
no sin hallar contradicciones, suba;
la prudencia y justicia con que rija
sus pueblos al principio, índole dura
más tarde hará desaparecer, y al cabo
fuente será de iniquidad profunda”.¹¹

La octava real es otra de las formas métricas que se presentan en la obra de este autor:

“Marchitaste la más fragante rosa
de la heredad de tu mejor vasallo,
y al cortarla tu mano codiciosa
tembló el arbusto y lastimóse el tallo.
Contra ti mismo el oprimido osa
a tu alteza pedir severo fallo,
que es, aunque el cetro tuerza la malicia
superior a lo sreyes la Justicia”.¹²

¹¹ Roa Bárcena, José María.—Opus. cit., pág. 19.

¹² Idem., pág. 33.

Esta leyenda de Roa Bárcena, nos ha servido para poner de manifiesto la variedad métrica que en una misma composición puede existir; ahora hablaremos de los metros empleados a través de todas las leyendas, comenzando por los de mayor extensión.

El metro de mayor número de sílabas empleado por nuestros autores es el dodecasílabo; con esa rebeldía romántica que quiere romper con todos los modelos establecidos, se le da al dodecasílabo una apariencia distinta que no altera en nada su estructura; es solamente un alarde de la libertad conquistada por los románticos. Mateos, en una de sus leyendas, cultiva este metro en estrofas de cuatro versos pareados, pero para darle una apariencia exterior distinta, divide el tercer verso en dos partes, sin que ello altere en nada la rima; veamos:

“Sal, hermosa sultana de rostro altIVO,
sal, a oír los romances de tu cautIVO
y mis pesados hierros
con tus amORES
vuelve, niña inocente, lazos de FLORES.

Entoné mis canciones bajo tu rEJA
y la tormenta horrible que al mar semEJA
se apagó con tu acento
que en lontanANZA
iluminó los cielos de mi esperANZA”.¹³

Vienen en seguida los cuartetos endecasílabos o los serventesios, metro elegante y empleado generalmente en tonos livados, y que algunas veces son usados aquí para la narración de sucesos prosaicos y realistas:

“No oye Arturo sus ruegos ni sus preces,
ni a contenerlo la infeliz acierta;
porque la hunde la daga tantas veces
cuantas bastaron a dejarla muerta”.¹⁴

Algún otro autor emplea los cuartetos endecasílabos para pasajes ya no narrativos sino descriptivos y poéticos y en verdad que en esta modalidad logra mayor belleza el metro:

“Sacude el azahar su pura esencia
que la recoge la amorosa brisa
como un beso de amor, una sonrisa
que de su cáliz brota la inocencia.

Sólo se oyen cruzar por el vacío

¹³ Mateos, Juan.—Opus. cit. El cordón azul, pág. 84.

¹⁴ Lanuza, Agustín.—Opus. cit., pág. 156.

esos dulces y lánguidos rumores
que desprenden las hojas de las flores
al recibir las gotas del rocío".¹⁵

El romance heroico o endecasílabo aunque no tan común como el de ocho sílabas, sí se presenta empleado en diversas formas en las leyendas; don Agustín Lanuza y Juan de Dios Peza, lo utilizan para expresar conceptos elevados en tonos épicos; el primero de estos autores nos deja ver la propiedad de usar este metro para cantar temas que requieren una expresión elegante y sonora:

"Luminosos espectros del martirio,
gigantes de la historia y de la fama,
que levantáis el majestuoso vuelo
de la inmortalidad sobre las alas;

.....
Apóstoles de pronto convertidos
en gladiadores de soberbia talla
a cuyo aliento despertó pujante
del gran Cuauhtémoc la indomable raza.
¡Gloria canten los bosques de la América;
¡Gloria repita el eco en las montañas;
¡Gloria pregonen los sonoros tumbos
de los mares que azotan nuestras playas".¹⁶

Peza, en un poema de igual sentido patriótico que el del autor anterior, canta en versos endecasílabos las glorias de los héroes:

"Sombra de Cuauhtémoc, tú que miraste
sonreír a ese genio entre las llamas
cubriendo de vergüenza a sus verdugos
y de gloria a su tierra y a su raza,
dame la voz que encanta y que cautiva,
la que asombra y conmueve y avasalla,
para ensalzar a aquéllos que supieron
redimir nuestro nombre y darnos patria".¹⁷

Pero este mismo metro también se presta para el estilo narrativo y los autores hacen uso de esta forma; en *La mulata de Córdoba*, de Riva Palacio, tenemos un ejemplo:

"Por todas partes, de la pobre aldea
a la ciudad formada de palacios,
desde la granja en que el pastor habita
hasta el rico salón del cortesano;

¹⁵ Mateos, Juan.—Opus. cit. Leyenda de amores, págs. 182-183.

¹⁶ Lanuza, Agustín.—Opus. cit. Las cabezas de los héroes, pág. 191.

¹⁷ Peza, Juan de Dios.—Opus. cit. La calle de la Independencia, pág. 388.

la cábala, el horóscopo, el hechizo,
de oscura alquimia los secretos raros
.....
superticioso siempre al pueblo tienen
y siempre al Santo Oficio preocupado".¹⁸

Siguiendo con el metro de once sílabas, llegamos a las octavas en sus dos formas: reales e italianas, que si no son de lo más prodigado por los poetas no por ello escasean en su obra; Riva Palacio es el autor que con mayor frecuencia cultiva este metro y casi siempre lo utiliza para sus descripciones; en la leyenda de la calle del Angel, usa la octava real:

"Sentada en una alfombra de verdura,
y de un collado en la perdida falda,
sobre un valle que esconde su hermosura
entre movibles muros de esmeralda,
teniendo por diadema rica y pura
de seculares bosques la guirnalda,
dobla, cubierta de pavor, la frente,
la ciudad de Tenoc, triste y doliente".¹⁹

La octava italiana, de rima un poco más variada y laboriosa, la emplea el autor también para sus descripciones y logra aciertos cuando reproduce paisajes tropicales:

"Busca ya la bandada de zanates
sus nidos en el alto cocotero
y el penacho del mangle caballero
en lánguido vaivén se oye crujir.
Vuelve al panal la abeja retardada,
suena el grito del huaco en la espesura
y entre el follaje de la selva oscura
comienzan mil insectos a lucir.
.....
Las hojas de los verdes platanares
murmuran por el viento estremecidas,
y en dulcísimas notas, no aprendidas,
arrúllanse las aves por doquier.
Turbando los rumores de la selva
se oye el rugir del tigre corpulento,
y los ecos del mar, que arrastra el viento,
se van tras de los montes a perder".²⁰

De las combinaciones métricas usadas por los poetas estudiados, tenemos dos principalmente: las silvas y las liras; de ellas, las primeras

18 Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit., pág. 205.

19 Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit., pág. 36.

20 Idem., pág. 257.

son más comunes. Zorrilla cultiva con profusión las silvas dándoles diferentes empleos; las usa para la narración (en *La Pasionaria*, pág. 264) para la descripción en muchas de sus leyendas (como en *El Talismán*, pág. 407).

Este metro es elegante y se presta para narraciones de sucesos trascendentales; Riva Palacio acertadamente escogió la silva para ensalzar la gloria de un héroe y de una gesta épica, como lo fué la resistencia de los mexicanos a la invasión de los españoles:

“Como al romper con la pujante prora
velera nave los tendidos mares,
vuelven tras ella recias y agitadas
de nuevo a unirse las revueltas olas,
así tras las confusas y diezmadas
legiones españolas,
carga otra vez más fiera
la muchedumbre indómita y guerrera”.²¹

/n Juan de Dios Peza, en una de sus más inspiradas creaciones —La princesa azteca—, nos deja una modalidad diferente de silvas; sus silvas no son silvas perfectas porque no están divididas en estrofas o estancias simétricas, pero conservan siempre el mismo orden de los versos a lo largo de la narración; veremos siempre dos versos heptasílabos seguidos de dos endecasílabos; la rima es asonada en los versos pares, quedando sueltos los impares:

“Las voces de una raza
peregrina y guerrera
que va dejando con su sangre hirviente
de su incesante caminar las huellas.
Y vagan esas notas
dulcísimas y tiernas,
enseñando a los pájaros salvajes
tristes y melancólicas cadencias”.²²

Esta composición respira una delicadeza y una melancolía que logra el autor siempre que evoca la imagen de nuestra primitiva raza; más adelante tenemos otra estrofa igualmente inspirada:

“Son las notas de una arpa
de misteriosas cuerdas
en que surgen estrofas no aprendidas
cuando calla el placer y hablan las penas”.

Las liras las encontraremos en una sola leyenda: *El Pipila*, de don Agustín Lanuza; estas liras no obedecen —como ninguna obra román-

21 Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit. El salto de Alvarado, pág. 178.

22 Peza, Juan de Dios.—Opus. cit., pág. 207.

tica— el modelo clásico de estas composiciones; existe lo indispensable: la combinación de versos de siete y once sílabas, pero la rima no es la tradicional, ni la forma de distribuir los versos es la clásica. El modelo de lira, como se sabe, es el siguiente: estrofas de cinco versos, primero, tercero y cuarto heptasílabos, segundo y quinto endecasílabos, rimando primero con tercero, y segundo con cuarto y quinto; un ejemplo de Garcilaso será oportuno:

“Si de mi baja lira
tanto pudiese el son que en un momento
aplacase la ira
del animoso viento
y la furia del mar y el movimiento”.

Don Agustín Lanuza, en la leyenda mencionada, nos ofrece una forma diferente de lira: de estrofas de seis versos, comenzando por un verso endecasílabo y cambiando la forma de la rima:

“Jamás desde que en busca de riquezas
rompieron las cortezas
de estos montes, osados capitanes,
que de allende el Atlántico vinieron
y a Anáhuac sometieron
tras gigantesca lucha de titanes,
El indio de las minas, el forzado,
(.....↓.....)
hambriento y fatigado
de sus rudas faenas bajo el yugo,
jamás oyó en sus duelos sumergido,
más voz que el restallido
del látigo infamante del verdugo”.²³

Dentro de los versos de arte menor más empleados por los poetas, tenemos: la quintilla, la redondilla y, por encima de todos, aún de los de arte mayor, el romance octosílabo. El autor en que más frecuentemente vemos empleada la quintilla es en don Juan Mateos; casi no hay leyenda en que por un momento no aparezca este metro; es un metro ligero, fácil y conveniente para los diálogos que muchas veces se introducen en las leyendas.

Las leyendas son de carácter narrativo, pero, sin embargo, el diálogo es muy prodigado en ellas, dándoles una apariencia de pieza teatral, más aún si se añade que frecuentemente vemos acotaciones marginales sobre la actitud particular y momentánea de los personajes. Zorrilla, como autor teatral que es, deja ver muy a menudo este aspecto de su personalidad en varias de sus leyendas; maneja el diálogo con la habilidad del que está acostumbrado a este género de obras:

²³ Lanuza, Agustín.—Opus. cit., pág. 78.

Don Tello: " El tormento
dejó menos fuerza en mí;
a todo digo que sí,
pero en cuanto digo miento.
El Juez: ¿Le matasteis?
Don Tello: Le maté.
El Juez: ¿Por acaso, o por razón?
Don Tello: Por intento y a traición".²⁴

Juan de Dios Peza emplea el diálogo haciendo uso de las quintillas:

"—Pues te voy a decir,
y no me hagas un reproche,
pues lo puedes discutir:
no eres capaz de venir
al cadalso a media noche.

—¿Pero qué te has figurado
que soy tan vil y cobarde?
Yo subiré a ese tablado
aún estando el cuerpo helado
del que ahorcaron por la tarde".²⁵

La descripción es otro de los empleos que se le han dado a las quintillas en las leyendas y naturalmente el de la narración; como ejemplo de descripciones tenemos uno de Lanuza:

"Desde el crestón se domina
la llanura del Bajío,
y el extenso caserío
de la población vecina;
mas si la altitud fascina

y causa grande arrebató,
es el paisaje más grato,
ver entre las verdes lomas,
como nidos de palomas
las casas de Guanajuato".²⁶

La redondilla es muy usada también para las descripciones y en general para todos los empleos que se le quiera dar; terminaremos hablando del romance.

Para la mayoría de las leyendas los autores han preferido los metros cortos (romance, redondilla, quintilla, octavilla); solamente cuando el

²⁴ Zorrilla, José.—Obras Completas. Recuerdos de Valladolid, pág. 132.

²⁵ Peza, Juan de Dios.—Opus. cit. La calle del calvario, pág. 36-37.

²⁶ Lanuza, Agustín.—Opus. cit. La ciudad encantada, págs. 29-30.

tema se presta a desarrollar una mayor inspiración, emplean versos de arte mayor. Sin embargo, y como para dar al romance español un valor que se le negara antes, Juan de Dios Peza, en su leyenda *El primer mártir*, hace uso exclusivamente de este metro; en esta narración se habla del primer intento habido en la Nueva España por lograr la independencia, inspirado e intentado por el licenciado Francisco Primo Verdad; esto que hace Peza, es decir, emplear el romance para temas que requieren grandes tonos, lo realizan también otros escritores y con ello demuestran que el romance es adecuado para cantar la shazañas gloriosas de la historia, como había acontecido en sus orígenes; es decir, que logran los autores devolver al romance el valor que en un principio tuvo.

Para el diálogo es también muy empleado el romance, pues lo hace ligero y movido; cuando el poeta canta versos líricos, no desdeña tampoco este metro:

“En el jardín de la vida
la mujer es una rosa
que con el menor quebranto
se marchita o se deshoja...”²⁷

Un concepto de la mujer muy propio del romanticismo, cuando la mujer tipo era pálida, débil y estaban de moda los suspiros y los desmayos.

²⁷ Peza, Juan de Dios.—Opus. vit. La calle de la buena muerte, pág. 296.

CAPITULO VI

PUNTOS DE CONTACTO ENTRE LEYENDAS MEXICANAS Y LAS ESPAÑOLAS

Al ir desarrollando capítulos anteriores hemos tenido que hablar de algunas semejanzas existentes entre las leyendas de los autores mexicanos y las de los españoles, semejanzas que no mencionaremos en el presente capítulo.

La indudable influencia española que existe en las leyendas mexicanas no es debida exclusivamente a un caso de influencia de autor a autor, puesto que en ambos países existe una riqueza inapreciable de tradiciones de la que se valen los escritores para —tomándolas como base— crear composiciones literarias distintas, sin tener que recurrir a modelos extranjeros. En muchas ocasiones, como veremos más adelante, sí se trata de influencia personal de un autor sobre otro; pero existe, además, algo más profundo que esa sola relación literaria.

La dependencia que por siglos enteros mantuvo a México unido a la Península Ibérica, no se limitó a ser una dependencia de carácter político; lazos espirituales más fuertes unieron a los dos países; la religión y el idioma que los españoles heredaron a la raza indígena, agregados a la fusión de las dos razas, son elementos que a cada momento harán recordar las íntimas relaciones que ligaron a los dos pueblos. La vida en México durante la colonia no fué sino la vida de otra España, de una “nueva España” precisamente; era un reflejo de la vida de la metrópoli europea, los grandes acontecimientos de España eran celebrados con júbilo en la Nueva España; la muerte de un rey, producía igual consternación en ambas partes. Los españoles en todo tenían la primacía; el indio y el mestizo quedaban relegados a un segundo plano, la fuerza estaba de parte de los conquistadores. Por todo esto, cuando los escritores mexicanos eligen como escenario de sus leyendas la época colonial, el elemento españolizante saltará a la vista.

El honor, sentimiento llevado al extremo en el teatro español de los siglos de Oro, es tratado en ocasiones en las leyendas mexicanas con ese mismo carácter extremista y exaltado. En *Xóchitl*, leyenda indígena de Roa Bárcena, podemos comprobar tal afirmación: el rey Tecpancaltzin ha deshonrado a Xóchitl y el padre de ésta prefiere morir, a ver a su hija sin honor:

“Si de nuestra nación sencilla y pura
no quieres que tu nombre espanto sea,

limpia el borrón que en mancha más oscura
al ofensor que al ofendido afea.
A Xóchitl, infeliz por su hermosura,
hoy devuelve el honor, que es su presea;
y si te niegas a llamarla esposa
fin a mi vida pon que hiciste odiosa”.¹

Este sentimiento del honor está tratado a la manera española; la actitud de Papatzin al ver su honra ofendida cuadraría perfectamente con un personaje de un drama de Calderón o Lope. No queremos decir con esto que los antiguos mexicanos fueran hombres sin honra ni dignidad, sino que la actitud de este padre ultrajado, más adecuada con las costumbres y los tiempos en que se desarrolla la trama, sería la de hacerse justicia por su propia mano; esto, si el autor hubiera querido en todo caso poner este sentimiento de honor en Papatzin. Pero nos parece que los indígenas se sentían halagados cuando el monarca ponía sus ojos sobre alguna de sus hijas, y aún les hacían presentes con ellas; no por esto debemos pensar que el estado moral de los indígenas estuviera completamente corrompido, puesto que sabemos que poseían una especie de castidad en los que se velaba por la castidad de las doncellas.

Un ejemplo más de lo españolizante al tratar el honor, nos lo ofrece don Luis González Obregón en su narración referente a *La Casa de los Azulejos*; cuenta el autor que en el callejón de la Condesa, dos hidalgos que viajaban en sendos carruajes pretendían pasar el callejón en sentido contrario uno con respecto al otro y al encontrarse en mitad de la calleja, ninguno quiso retroceder: “. . . alegando que su nobleza se ajaría si cualquiera de los dos tomaba la retaguardia”.² ¿No muestra a las claras este incidente hasta qué punto se había llegado en cuestiones del honor? Incluso se hacen juegos de palabra con la honra:

“Honra que yo te desluzca,
con honra mía se lave,
que por honra vuelven honra
hidalgos que en honra nacen”.³

En *La Pasionaria*, leyenda de Zorrilla, Robleda, un campesino, impide que el hijo de su amo corteje a su hija y llega a rebelarse contra su señor:

Conde: “Voto a San Dimas. ¿Qué es esto?
¿El siervo contra el señor?”
Robleda: “No busco de tal rigor
para excusarme pretexto.
Más yo mi honor defendía

1 Roa Zárcera, José María.—Opus. cit., pág. 33.

2 González Obregón, Luis.—México Viejo, pág. 191.

3 Zorrilla, José.—Obras completas. A buen juez mejor testigo, pág. 72.

y antes de volver atrás,
poco es de él, de Satanás,
señor, le defendería”⁴

La nobleza e hidalguía de los caballeros españoles es la misma que la del os caballeros novo-hispanos; siempre los veremos envueltos en lances que lavarían la honra propia o el buen nombre de una dama, y siempre ayudando al débil:

“De lealtad y valor era un tesoro,
y nunca tuvo en su intención discreta
ni al ver el infortunio, oculto el oro,
ni en pro de la virtud, la espada quieta”.⁵

Entrando al terreno de las influencias literarias, hemos de encontrar una, considerable, tanto en las leyendas mexicanas como en las españolas: la aparición del personaje derivado directamente del tipo del don Juan.

En las leyendas de Zorrilla, como tenía que acontecer con el definidor de este tipo legendario, la figura del don Juan es frecuentemente repetida. En sus leyendas *Margarita la tornera* y *El capitán Montoya* es en las que con mayor claridad veremos esta influencia. En la primera de ellas se nos habla del personaje que asiste a la iglesia, no por un acto de devoción, sino para admirar a las mozas, y en especial a las novicias:

“Va de continuo a la iglesia
y al pie del coro se apostá,
troneras y celosías
de día y de noche ronda.
Mas ni ve, ni alcanza nada,
pues entre verjas y tocas
todas son blancas visiones
que a lo lejos se evaporan”.⁶

Don Vicente Riva Palacio en la leyenda en que hace intervenir a la figura de un don Juan, refiere también la falsa devoción de éste:

“Con hipócrita sonrisa,
bajos y humildes los ojos,
rezaba puesto de hinojos
por las mañanas la misa
.....
y tanto frente al altar
iba de renombre en pos,
que en vez de encontrar a Dios
a Beatriz llegó a encontrar”.⁷

4 Zorrilla, José.—Obras Completas, pág. 72. Tomo I.

5 Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit. La calle de la joya, pág. 305.

6 Zorrilla, José.—Cantos del Trovador, pág. 113.

7 Riva Palacio, Vicente.—Opus. cit. El puente del clédigo, pág. 190.

Por su parte, Juan de Dios Peza, también se ve atraído por esta figura y la reproduce en alguna de sus leyendas:

“Era corvo, un Juan Tenorio
trasplantado a nuestro suelo
para amedrentar maridos
con sospechas y con celos:
Era muy larga la lista
de sus riñas y sus duelos
y muchas las cicatrices
esparcidas en su cuerpo.
Mas sus ruidosos amores,
sus escándalos sin término,
jamás la fe religiosa
apagaron en su pecho”.⁸

En la leyenda *Un alma del otro mundo*, de don Juan Mateos, la figura donjuanesca se acerca mucho más al modelo español:

“Mozo gentil, de aventuras
y de disputas eternas,
perseguidor de hermosuras,
famoso por sus locuras
en garitas y tabernas.

.....
así se le ve vagar
por los sitios más desiertos
y nada le hace temblar;
los pobres le hacen llorar
y le dan risa los muertos.

.....
Con faz mustia y apocada,
aunque por dentro es la risa,
entra en la iglesia sagrada
y por ver una casada
oye devoto la misa”.⁹

En *Margarita la Tornera* y en *El capitán Montoya* existe también la circunstancia de que el protagonista enamora a una monja, que en una de estas dos leyendas —el Capitán Montoya— también se llama Inés; en esta misma leyenda, el personaje apuesta con un amigo la conquista de la monja, aventura que consideraba como la culminación de sus andanzas:

“... a don Luis de Alvarado,
que gana la apuesta infame
que hice de robar a Dios
la mejor prenda al casarme”.¹⁰

⁸ Peza, Juan de Dios.—Opus. cit. La calle de la amargura, págs. 281-282.

⁹ Mateos, Juan.—Opus. cit. Un alma del otro mundo, págs. 27-29.

¹⁰ Zorrilla, José.—Obras Completas. Tomo I, pág. 210.

En don Juan Mateos, tenemos todavía algo más: la parte del convidado de piedra, como se le ha llamado a una de las dos leyendas populares que inspiraron la primera obra sobre el don Juan; en Mateos hay una variante: no es ya a una estatua a la que el protagonista hace la invitación, sino a una dama que resulta ser, cuando se descubre, el cadáver, o mejor dicho, el esqueleto de su amante Elisa, quien al saber que había sido puesta en juego por él, se había dado muerte tiempo atrás. Lo que aproxima a esta leyenda con el tema español es la existencia de un convite con un muerto:

“Y con su mano, atrevida
le desgarró el antifaz.
¡Horror, horror, se amedrenta
en su cólera altanera,
al ver una calavera
hedionda y amarillenta,
con sus órbitas veía,
y un suspiro remedaba
el viento que murmuraba
en su ya desierta encía”.¹¹

En López Portillo podremos observar un caso más de influencia, no precisamente de tipos literarios, sino de autor. Creemos ver que las leyendas de Bécquer han influido notablemente en las de López Portillo y para reforzar nuestra afirmación citamos las siguientes comparaciones:

Desde el principio de la leyenda titulada *El espejo* notamos una marcada influencia becqueriana. La caracterización que del personaje principal se hace, nos permite ver una gran analogía con un personaje de una leyenda de Bécquer, y quizá con la índole misma de Bécquer, como prototipo del romántico; esa melancolía, esa ignorancia voluntaria del medio que lo rodea, es típica de un personaje romántico becqueriano:

“La dedicación de Miguel Villena a las letras, había despertado en su espíritu el amor a las cosas ideales; para él no era la tierra que pisaba más que el pedestal de sus ensueños. El mundo que habitaba su pensamiento apenas tenía semejanza con este sublunar donde marchaba y vivía. Débiles y confusos llegaban a sus oídos los ecos de la sociedad como vago rumor de río distante”.⁽¹⁾

En otra leyenda del mismo autor mexicano titulada *El arpa* encontramos nuevamente analogía con los personajes del sevillano. La princesa Olga, protagonista de la narración de López Portillo, es una mujer de espíritu soñador, idealista, como lo puede ser un personaje de Bécquer, por ejemplo Manrique el de *El rayo de luna*, amante, como la princesa Olga, de la soledad; en la leyenda de López Portillo leemos:

“Oculto afán angustiábala el pecho desde que llegó a la adolescencia, deseo vago de un objeto indeciso que no sabía dónde buscarle, si bien entre el bullicio del mundo y a través de los rientes esplendores de

(1) M. López Portillo y Rojas, José.—Opus. cit., pág. 303.

11.—Mateos, Juan.—Opus. cit.—pág. 50

la civilización y de la vida, o bien en la *soledad misteriosa*, donde no hay ruido que turbe el recogimiento del espíritu, y puede *desplegar las alas con mayor libertad el pensamiento*: presentimiento arcano de un suceso indefinible, que no se sabía ni adivinaba si habría de quedar en la categoría de un *ensueño*, de un delirio vano, de una *alucinación* sin substancia, o si habría de corresponder alguna vez a un hecho práctico. . .¹²

Y en Bécquer encontramos ideas que se corresponden con las de López Portillo; no es tanto la correspondencia de las ideas en uno y otro autor, sino la semejanza también de sus personajes. Manrique, el protagonista de *El rayo de luna*:

"Amaba la *soledad* porque en su seno, dando rienda *suelta a la imaginación*, forjaba un mundo fantástico, habitado por extrañas creaciones, hijas de sus delirios y *ensueños* de poeta, tanto que nunca le habían satisfecho las formas en que pudiera encerrar sus pensamientos".¹³

En los dos personajes existe esa inconformidad con todo lo que les rodea y ese deseo de alejamiento, de ensimismamiento en sus pensamientos, de evasión por la imaginación, en busca de un ideal del que muchas veces no estaban completamente seguros.

La leyenda *El arpa* es la que más influencia de Bécquer tiene; además de la semejanza con *El rayo de luna*, la tiene también con *Maese Pérez el organista*. He aquí como traduce López Portillo la música producida por el arpa:

"Escuchábanse aquellos tañidos lúgubres como si viniesen de lejos; remedaban viento de tumbas rozando las cuerdas del instrumento. Súbito, destruyendo aquella languidez, rompieron nuevamente las notas en *torrente* de júbilo, como el hosanna de un espíritu que se elevara cantando por los aires rodeado de esplendores y entonando himnos victoriosos".¹⁴

Bécquer, por su parte en *Maese Pérez el organista*, interpreta la música del órgano de la siguiente manera:

"A este primer acorde, que parecía una voz que se elevaba desde la tierra al cielo, respondió otro lejano y suave que fué creciendo, creciendo, hasta convertirse en un *torrente* de atronadora armonía.

"Era la voz del os ángeles que atravesando los espacios llegaban al mundo.

Después comenzaron a oírse como unos himnos distantes que entonaban las jerarquías de serafines. . ."¹⁵

Naturalmente que no se trata de una imitación servil, sino de cierta semejanza e influencia del poeta sevillano sobre el autor mexicano; esta analogía se observa en el afán de presentar a los instrumentos produciendo una armonía celestial y misteriosa que despierta en los oyentes arrebatos místicos, como en el caso de Bécquer, o éxtasis no de carácter religioso, sino de expansión espiritual en el caso de López Portillo.

12 López Portillo y Rojas, José.—Opus. cit. *El arpa*, pág. 417.

13 Bécquer, Gustavo Adolfo.—Opus cit. *El rayo de luna*, pág. 158.

14 López Portillo y Rojas, José.—Opus. cit. *El arpa*, pág. 425.

15 Bécquer, Gustavo Adolfo.—Opus. cit. *Maese Pérez el Organista*, pág. 71.

En alguna otra ocasión la influencia no es de determinada leyenda de Bécquer, sino de la personalidad toda del poeta; por ejemplo en el siguiente párrafo, que no tendrá correspondencia en ninguna de las leyendas de Bécquer, el sentimentalismo, la elevación de la belleza femenina a un primer plano, son temas que canta en algunas de sus rimas el poeta sevillano y que el autor mexicano también ha sabido cantar:

“El rostro de la mujer hermosa, según los griegos, tiene mucho de divino. ¿Qué cosa más encantadora puede concebirse? Ni la triunfal aurora, ni el sol poniente, ni la noche coronada de estrellas, ni el mar . . . producen en la mirada ni en el corazón la emoción profunda y el delirio dulcísimo que causan unos ojos rasgados, una boca purpurina y una risa canora. No hay en la naturaleza espectáculo más hermoso que el de un rostro bello; ni hay grandeza ni gloria en el mundo como las del amor”.¹⁶

Bécquer y después Zorrilla, son en resumen los autores que con sus leyendas ejercieron mayor influencia en los escritores mexicanos que se han ocupado en cultivar este género de composiciones literarias, y en el que han alcanzado aciertos tan considerables como los de los españoles.

¹⁶ López Portillo y Rojas, José.—Opus. cit. Adalinda, pág. 401.

CAPITULO VII

CONCLUSIONES

1.—La leyenda, desde el punto de vista literario que examina esta tesis, es una narración basada en la tradición con elementos históricos no indispensables y en la que siempre encontraremos la nota costumbrista y la fantástica.

2.—Como fecha de iniciación de las leyendas en las letras castellanas se da el siglo XVI. En México, en la literatura indígena existían desde antes de esa fecha leyendas de carácter religioso.

3.—El estudio de las leyendas en su forma oral es importante desde el punto de vista social, pues se conoce el carácter particular de cada pueblo. Cuando se las estudia en su forma escrita a más de este interés, tendrán un valor literario.

4.—Las causas de la aparición de la leyenda, pueden ser varias:

a) :—dar explicaciones a los fenómenos de la naturaleza cuando se ignoran sus causas;

b) :—establecer el origen del hombre y del mundo. Esta causa, así como la precedente, se observan en las civilizaciones primitivas;

c) :—el deseo de hacer aparecer a las cosas más bellas e idealizadas, de acuerdo con la tendencia popular de dar una interpretación

propia popular a todos los sucesos;

d) :—puede ser simplemente una creación literaria.

5.—En las leyendas de los autores españoles se deja ver más claramente la participación del poeta, que en las leyendas relatadas por los autores mexicanos. En Bécquer, especialmente, es más patente el subjetivismo.

6.—Las leyendas son narraciones de carácter objetivo, generalmente; pero este elemento depende en muchos casos del autor que las ha creado o que las consigna.

7.—Las leyendas mexicanas por su contenido, ponen de manifiesto en muchas ocasiones la inclinación del pueblo a hacer resaltar hechos poco comunes y a las veces sangrientos, tales como crímenes. El pueblo es atraído especialmente hacia esta clase de narraciones cruentas, quizá por un fenómeno atávico.

8.—Las leyendas por su contenido y por su forma son composiciones que pertenecen a lo romántico.

9.—La influencia española en las leyendas mexicanas es literaria y sobre todo espiritual.

10.—La época de formación de leyendas, como obra colectiva popular, ha pasado o cuando menos ha perdido interés esta clase de narraciones. En la actualidad no se producen leyendas con la facilidad de épocas anteriores.

11.—La parte más particular y típica de la literatura de los pueblos, la constituyen sus leyendas.

CAPITULO VIII

BIBLIOGRAFIA DIRECTA

- ALTAMIRANO M., IGNACIO.—*Paisajes y Leyendas*.—Tradiciones y costumbres de México.—Biblioteca de la Unión Constitucional.—Havana, 1893.
- BECQUER, GUSTAVO ADOLFO.—*Obras*.—Librería de Fernando Fe.—Madrid, 1885.
- FRIAS, VALENTIN.—(Alter) *Leyendas y tradiciones queretanas*.—Primera serie.—Imprenta de la Esc. de Artes y Oficios del Señor San José.—Querétaro, 1900.
- FERNANDEZ Y GONZALEZ, MANUEL.—*Un horóscopo real*.—Imprenta de Fernando Gaspar.—Madrid, 1858.—(En el mismo tomo la leyenda El laurel de los siete siglos).
- IDEM.—*La Alhambra*.—Leyendas árabes.—Madrid, 1856.
- GONZALEZ OBREGON, LUIS.—*México Viejo*.—Epoca colonial.—Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres.—Librería de la Vda. de C. Bouret.—París-México, 1900.
- IDEM.—*Las calles de México*.—Leyendas y sucesidos.—4a. Edición.—Prólogo de Carlos González Peña, Rafael López y Artemio del Valle Arizpe.—México, 1936.
- IDEM.—*México Viejo y Anecdótico*.—C. Bouret.—París-México, 1900.
- LANUZA, AGUSTIN.—*Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*.—Prólogo de Juan de Dios Peza.—Eusebio Gómez de la Fuente, editor.
- IDEM.—*Romances, tradiciones y leyendas guanajuatenses*.—2a. Edición.—Con nuevas leyendas.—A. Mijares y Hno.—México, 1941.
- LOPEZ PORTILLO Y ROJAS, JOSE.—*Obras*.—*Novelas Cortas*.—Biblioteca de Autores Mexicanos.—Tomo 27.—V. Agüeros.—1900.
- MATEOS, JUAN A.—*Romances y Leyendas*.—Imprenta de I. Cumplido.—México, 1875.
- PAZ, IRINEO.—*Leyendas históricas de la Independencia*.—*Hidalgo*.—2a. Edición.—Imp. de I. Paz.—México, 1887.
- IDEM.—*Leyendas históricas de la Independencia*.—*Morelos*.—2a. Edición.—Imp. de I. Paz.—México, 1889.
- IDEM.—El asesino, en *Cardos y Violetas*.—Colección de poesías, composiciones dramáticas y sonetos festivos.—Imp. del P. Cobos.—1875.
- PEZA, JUAN DE DIOS.—*Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de la ciudad de México*.—Con prólogo de Luis González Obregón.—París, Garnier Hermanos.
- IDEM.—La llorona, en *Poesías Completas*.—Tomo II.—Juan Valdés y Cueva y José Flores González.—México, 1886.
- RIVA PALACIO, VICENTE.—*Tradiciones y leyendas mexicanas*.—Escritas por Vicente Riva Palacio y Juan de Dios Peza.—México, 1922.

- ROA BARCENA, JOSE MARIA.—*Leyendas mexicanas, cuentos y baladas del norte de Europa y algunos otros ensayos poéticos*.—Agustin Masse, editor.—México, 1862.
- RUIZ, EDUARDO.—*Michoacán, paisajes, tradiciones y leyendas*.—Sec. de Fomento.—México, 1891.
- IDEM.—*Michoacán, paisajes, tradiciones y leyendas*.—Imp. México.—México, 1935. (Diferente en su contenido a la edición de 1891).
- SAAVEDRA, ANGEL.—(Duque de Rivas) *Obras Completas*.—Tomo I.—Montaner y Simón.—Barcelona, 1885.
- ZORRILLA, JOSE.—*Cantos del Trovador*.—Colección de leyendas y tradiciones históricas.—2a. Edición.—Imp. y Librería de Ortigosa y Reigón.—Madrid, 1851.
- IDEM.—*Obras*.—Tomo I.—París Baudry.

BIBLIOGRAFIA DE REFERENCIA

- ALTAMIRANO, I. ALBERTO.—*Lo maravilloso en el cuento y la novela*.—México, 1937.
- BERNAOLA DE SAN MARTIN, PEDRO.—*Curso Superior de Literatura Perceptiva*.—Tomo III.—Editorial Ibérica.—Madrid, 1927.
- CAMPOS, M. RUBEN.—*El folklore literario de México*.—Publicaciones de la Sec. de Educación Pública.—México, 1929.
- CEJADOR Y FRAUCA, JULIO.—*Historia de la lengua y literatura castellana*.—1917.
- DIAZ PLAJA, GUILLERMO.—*Introducción al estudio del romanticismo español*.—2a. Edición.—Madrid, 1942.
- GARCIA NARANJO, NEMESIO.—*Prólogo a México, leyendas, costumbres, trajes y danzas*.—Selección y comentarios por Luis Alvarez y Alvarez de la Cadena.—México, 1945.
- GONZALEZ PEÑA, CARLOS.—*Historia de la literatura mexicana*.—3a. Edición.—México, 1945.
- HURTADO Y DE LA SERNA, JUAN Y GONZALEZ PALENCIA, ANGEL.—*Historia de la literatura española*.—1925.
- JIMENEZ RUEDA, JULIO.—*Historia de la literatura mexicana*.—3a. Edición.—México, 1942.
- LOPEZ DE AYALA, PEDRO.—*Crónica de don Pedro el Cruel*.—Biblioteca de autores españoles.—Madrid, 1875.
- MENENI EZ Y PELAYO, MARCELINO.—*Orígenes de la novela*.—Tomo I.—Billy Baulliere e hijos.—Madrid, 1905.
- MENENI EZ PIDAL, RAMON.—*Flor Nueva de Romances Viejos*.—5a. Ed.—1944.
- OTHON, MANUEL JOSE.—*Obras*.—Tomo II (prosa).—*El nahual*.—Publicaciones de la Sec. de Educación Pública.—México, 1928.